

LA FE Y LA ECONOMÍA

Autor: Loren Cunningham

jesusyyo.com

LA FE Y LA ECONOMÍA	1
Introducción.....	3
Capítulo 1: Mimado por lo ordinario	6
Capítulo 2: ¿Has visto alguna vez un pájaro preocupado?	18
Capítulo 3: ¿Por qué vivir por fe?	30
Capítulo 4: Dios y el dinero.....	63
Capítulo 5: El rey de Wall Street	74
Capítulo 6: Cómo evitar estrellarse	94
Capítulo 7: La economía práctica de Dios	111
Capítulo 8: Apoyo a las Misiones, al estilo de Jesús	126
Capítulo 9: Vivir por fe en el mundo de 9 a 5.....	150
Capítulo 10: Como dar	174
Capítulo 11: Medios invisibles de apoyo.....	201
Capítulo 12: Cómo pedir dinero	225
Capítulo 13: La cuestión de la riqueza.....	241
Capítulo 14: Cuando simplemente no funciona.....	254
Capítulo 15: Si te caes del borde	287

INTRODUCCIÓN

Este libro es para dos lectores, dos públicos muy diferentes, con diferentes necesidades y razones para leer este libro.

En una audiencia están los misioneros, los trabajadores cristianos de tiempo completo, o los trabajadores potenciales. Ellos necesitan saber cómo dar un paso adelante, confiar y obedecer a Dios en lo que respecta a las finanzas.

En el otro lado del auditorio están las personas sentadas en los bancos, las personas que trabajan en empleos «seculares». Ellos también necesitan aprender no sólo a obedecer a Dios, sino también a confiar en Él para que haga milagros.

No se supone que se escriba un libro para dos públicos tan diferentes, pero Dios lo ha diseñado de tal manera que su obra no se puede hacer sin la colaboración de unos y otros.

Este libro contiene mucho para cada uno de estos actores clave en las misiones mundiales: el que sirve

fielmente en la congregación local, orando y dando a la obra de Dios, y el que sale como misionero.

Como cada jugador es importante en el esquema de Dios, tengo una petición inusual para ti. ¿Leerás este libro en su totalidad? Si bien el capítulo 9 está dirigido principalmente a quienes trabajan en el mundo laboral, los mismos principios serán importantes para quienes trabajan a tiempo completo en el cristianismo o en misiones.

De la misma manera, quienes se encuentran en el mundo laboral encontrarán mucho en los capítulos 11 al 14 que los ayudará a convertirse en socios de quienes están en misiones. Notarán, a lo largo del libro, de que la mayoría de nuestros ejemplos provienen de treinta y un años de confiar en Dios para proveer para la obra misionera en más de doscientos países. Sin embargo, a medida que he compartido principios financieros basados en esas experiencias en conferencias con líderes empresariales, directores ejecutivos, y líderes gubernamentales en varias naciones, he aprendido que todos enfrentamos los mismos desafíos: dar el paso adelante, atrevernos a vivir al límite para Dios. Además, todos necesitamos aprender más unos de otros para que podamos tener asociaciones efectivas en el cumplimiento de la obra de Dios en la tierra.

Nunca es fácil caminar por la cuerda floja con Dios. Ya sea que se trate de tu primera oportunidad de escuchar y obedecer, o de la milésima, siempre es emocionante. Pero una vez que hayas experimentado la emoción de la obediencia radical, nunca volverás a ser el mismo. Estoy orando para que, mientras lees este libro, estés dispuesto a dar el primer paso, o el milésimo, para seguir a nuestro valiente Comandante.

CAPÍTULO 1: MIMADO POR LO ORDINARIO

Nubes de polvo llenaban el aire, mientras avanzábamos por los caminos llenos de baches de la tierra de los ibos, en el este de Nigeria. Miré a mi anfitrión, Walter Kornelson, cuya tez rubicunda estaba ahora envuelta en sudor y suciedad. Estaría con este misionero mayor y su esposa durante cinco días, cinco días que esperaba con ansias. Era un evangelista fuerte y decidido, y aunque yo era joven y estaba empezando en las misiones, me sentía cómodo con la idea de celebrar reuniones evangelísticas con él. La perspectiva más emocionante era la de cinco noches de predicación a los ibos paganos.

«¡Loren, nos alegra mucho que hayas venido!», dijo, apartando la vista de la carretera, pero sin disminuir la velocidad. Las gallinas huyeron, graznando en señal de protesta, delante de nuestra camioneta. «Llevo cuatro meses predicando en uno de estos pueblos, todas las noches sin descanso», dijo sonriendo. «¡Será genial escuchar a otra persona para variar!».

Asentí con la cabeza, a punto de responder, cuando se oyó un repugnante ruido en el camino de tierra endurecida. El vehículo se sacudió, pero Walt sujetó el volante con fuerza y detuvo el coche. No necesitaba una explicación. Salí con él para inspeccionar los daños. Un reventón de neumático suena igual en cualquier parte del mundo.

—¡Oh, Dios! ¿Qué voy a hacer? —exclamó Walt, dirigiéndose a la parte trasera del coche en busca de la rueda de repuesto, con los hombros hundidos por un nuevo cansancio.

«¿Qué pasa? ¿No podemos comprar un neumático en Enugu?», pregunté.

«Bueno, sí, pero...» Su voz se fue apagando mientras luchaba con la llave y los tornillos.

No dijo mucho después de que volvimos a la camioneta y cojeamos por la carretera. Finalmente, dijo: «Lamento decepcionarte, Loren, y lamento mucho no poder hablar con esa gente, pero pasará un tiempo antes de que podamos conseguir el dinero para reemplazar esta llanta. Con impuestos y todo, aquí cuestan unos cuarenta y cinco dólares. No sé qué vamos a hacer». Tienes cuarenta y cinco dólares, dijo una pequeña voz en mi interior. ¡Sí,

pero eso es todo lo que tengo! Protesté. Y en cinco días me iría de aquí, y de la relativa seguridad de la gente que conocía, y volaría a Jartum, Sudán, para una escala de dos días. Dos días en una ciudad extraña. Tendría que tener un lugar donde quedarme, algo para comer, un billete de autobús... Cuarenta y cinco dólares ni siquiera serían suficientes para eso.

Entonces pensé que mamá y papá le darían el dinero, aunque fuera el último. Los había visto confiar en Dios y dar a los demás durante veinticinco años, y Dios nunca les había fallado.

«Walt», le dije, «déjame pagarte la rueda. Vamos a buscarla ahora mismo». Protestó un poco. «¿Estás seguro, hijo? Te espera un largo viaje». Pero insistí y encontramos una tienda en una polvorienta callejuela. Me costó cuarenta y dos dólares, y me quedaban tres dólares en el bolsillo, pero el reverendo y la señora Kornelson no lo sabían. Empezamos cinco duros y maravillosos días y noches. En cada aldea, tan pronto como llegábamos y empezábamos a montar el equipo para proyectar nuestra película evangélica, aparecían multitudes de entre los matorrales como por arte de magia. A veces teníamos un par de miles de personas cuando oscurecía, apretujadas delante de la

pantalla. Después de la película, prediqué con la ayuda de un intérprete y un megáfono de mano. Fue genial.

Pero mi fecha límite secreta del sábado se acercaba. Todavía tenía solo tres dólares. ¿Qué haría en Jartum?

Cada día me preguntaba en silencio, cuándo Walt haría su habitual parada en el apartado de correos. Tal vez hubiera una carta para mí con algo dentro. Pero ¿alguien sabía que yo estaba aquí? ¿Podría el correo encontrarme, aquí en el país de los ibos? El último día, Walt pasó por la oficina de correos una vez más cuando nos dirigíamos al bosque. Volvió a la carreta con paso lento, su gran cuerpo un poco encorvado mientras rebuscaba entre un montón de cartas. «Mira, Loren», dijo, «jte han encontrado aquí mismo!». Y me entregó una sola carta de unos amigos de Los Ángeles. La abrí y tragué saliva. Ciento cincuenta dólares, de alguien que nunca me había dado nada.

No debería haberme sorprendido por la fidelidad de Dios, pero de alguna manera, cuando vives al borde de confiar en Dios y no sabes de dónde vendrá el próximo dólar, nunca se vuelve una rutina. Sé lo que estás pensando. Estás diciendo: «Claro, Dios te ayudó en ese momento, pero no estabas en ningún peligro real. No estabas en Jartum sin dinero. Podrías haberte quedado con

los Kornelson hasta que llegaran los fondos». Déjame contarte sobre Evey y Reona.

Evey Muggleton y Reona Peterson creían que Dios las estaba guiando a Albania, uno de los países más hostiles al Evangelio a principios de los años 70. En 1967, Albania se había declarado la primera nación atea del mundo. Cerraron todas las iglesias, sinagogas y mezquitas y dieron una respuesta dura a quienes se negaban a decir que no había Dios: los encerraron vivos en barriles y los arrojaron al mar Adriático. Durante tres años, Evey y Reona oraron y planearon. Durante uno de sus momentos de oración, Reona vio una imagen mental clara de sí misma en Albania, así como un autobús turístico y el rostro de una mujer.

Finalmente, les dieron visas para Albania y se unieron a un grupo de turistas, en su mayoría jóvenes marxistas de Europa occidental. Viajaron en autobús, tal como en la visión de Reona.

Reona y Evey pasaron de contrabando porciones del Evangelio en albanés a través de la frontera, pegadas a sus cuerpos. Una vez dentro, a pesar de la estricta supervisión, pudieron colocar secretamente los folletos aquí y allá para que la gente los encontrara.

Un día, una sirvienta albanesa entró en la habitación del hotel de Reena. Para su asombro, se trataba de la misma mujer que había imaginado tres años antes. Sabía que debía intentar hablar con la mujer y darle uno de los libritos del Evangelio. Reona rompió la barrera del idioma con las palabras más sencillas que pudo utilizar: «¡Marx, Lenin, no! ¡Jesús, sí!». La mujer tomó con entusiasmo el Evangelio y lo apretó contra su pecho. Con lágrimas en los ojos, dijo: «¡Yo también soy cristiana!» y se guardó el librito en el bolsillo.

Unas horas después, alguien llamó a la puerta de Reena y la llevaron a una habitación con poca luz, azul por el humo, donde cinco hombres la esperaban. Sacaron el librito del Evangelio que le había dado a la mujer. A Reona se le cayó el alma a los pies: debían haber pillado a su nueva amiga con él.

Comenzaron a interrogarla, acusándola de ser espía y de cometer crímenes contra el pueblo de Albania. Mientras Reona permanecía tranquila e insistía en su inocencia, los hombres se pusieron cada vez más nerviosos. Entonces el jefe de interrogadores exclamó: «¡No estás cooperando! ¡Te mantendremos aquí hasta que te derrumbes!».

En otra habitación, Evey estaba siendo sometida al mismo duro interrogatorio. Así se prolongó durante dos días y dos noches para ambas mujeres. No les dieron nada de comer, sólo un poco de agua y unas horas de sueño. Sus interrogadores las mantenían separadas, gritándoles acusaciones en la cara, tratando de provocarles miedo. Pero las mujeres mantuvieron en silencio su inocencia.

Finalmente, uno de sus acusadores le dijo fríamente a Reona: «Eres una traidora a la gloriosa República Popular de Albania, y a los traidores se les ejecuta. Te buscaremos mañana a las nueve de la mañana».

A la mañana siguiente, llegaron y las sacaron de sus habitaciones con rudeza. Sin embargo, en lugar de ejecutarlas, Evey y Reona fueron abandonadas sin explicación alguna en la frontera, y les confiscaron los boletos de regreso.

Puede que no parezca un gran problema después de haber enfrentado ya la posibilidad de un pelotón de fusilamiento, pero aun así se enfrentaban a un enorme desafío a su fe. Dos mujeres jóvenes que llevaban maletas pesadas tendrían que cruzar diez kilómetros (unas siete millas) de tierra de nadie pantanosa en la frontera hostil entre Albania y Yugoslavia. Después de eso, tendrían que

cubrir mil kilómetros (unas setecientas millas) de costa yugoslava, cruzar el norte de Italia, atravesar los Alpes hasta Suiza y, de alguna manera, llegar a casa en Lausana.

¿Podrían confiar en que Dios las llevaría a casa con muy poco dinero, sin boletos, y sin conocimiento de los países o los idiomas?

Respondieron con fe. Después de todo, un Dios que podía librarlas de un pelotón de fusilamiento, sin duda podía ayudarlas a encontrar el camino a casa.

Hubo una serie de pequeños milagros. Un taxi apareció de forma inesperada en la tierra de nadie, y el conductor incluso aceptó llevarlas a la frontera sin cobrarles nada. Desde allí, hicieron autostop una serie de veces. Pero lo que sucedió justo antes de la frontera entre Yugoslavia e Italia es un verdadero misterio.

Eran las siete de la tarde y las dos se encontraban a pocos kilómetros de la frontera italiana, intentando decidir qué hacer. No tenían dinero italiano. ¿Sería seguro cruzar Italia haciendo autostop de noche?

En ese momento, un elegante coche se detuvo junto a ellas. Evey le hizo una señal al conductor, señalando la dirección en la que querían cruzar la frontera. El hombre

asintió y, sin decir palabra, subió a las jóvenes y sus maletas al coche, y aceleró hacia la frontera. Cuando llegaron y se encontraron con una larga fila de coches esperando la inspección y el control de pasaportes, el conductor aceleró y se colocó en un carril separado, y condujo directamente por el lado yugoslavo de la frontera, con un pequeño gesto de la mano.

«¿Quién es?», se preguntó Reona. «¡Seguro que es un alto funcionario yugoslavo para abandonar un país comunista de forma tan despreocupada!». Pero se quedaron aún más sorprendidos cuando llegaron al lado italiano. De nuevo, una larga fila de coches esperaba pacientemente a que les dejaran pasar. Esta vez, el conductor ni siquiera redujo la velocidad ni hizo señas. Se colocó en un carril exterior y condujo directamente hacia Italia. «¿Quién era este hombre? Un funcionario comunista podría haber pasado a toda velocidad por el puesto de control yugoslavo, pero ¿no tendría que detenerse y recibir permiso para entrar en Italia?».

Una vez más, el conductor no dijo nada, sólo silencio. El coche se detuvo finalmente en un pueblo italiano a diez kilómetros del interior de Italia, y se detuvo frente a una parada de autobús. Puso una gran cantidad de liras

italianas en la mano de Reona, la miró, y finalmente pronunció sus primeras palabras: «Autobús, Trieste; Trieste, tren».

Y eso fue todo. Se marchó. Pero con esas instrucciones, tomaron el autobús hasta Trieste, y desde Trieste tomaron el tren hasta Lausana, Suiza. Con el poco dinero que ya tenían, más el que les dio el desconocido silencioso, apenas les alcanzaba para llegar a casa.

¿Le parece extraña esta historia, o fuera de su alcance desde su experiencia? ¿Es Dios tan real y práctico como para incluir instrucciones precisas para volver a casa con Su provisión? Confío en que, a medida que lea este libro, aprenda a confiar en Él también, dondequiera que esté, y cualesquiera sean los desafíos que esté enfrentando.

Hay muchas maneras de confiar en Dios en materia de finanzas. Podemos aprender a vivir por fe en Su variedad de provisiones. Y podemos salir y verlo obrar en nuestro favor. Lo mejor de todo es que podemos aprender Sus caminos. Una vez que has experimentado la vida de fe, te arruinas para lo ordinario. A medida que la gente ha observado el rápido crecimiento de la cantidad de personas y ministerios en Juventud Con Una Misión, se han preguntado cómo fue posible hacer tanto tan rápido. Yo

les digo a las personas que no fui yo quien fundó JUCUM, fue Jesús. Es casi como si hubiera sido un observador de lo que Él ha hecho. Una clave importante para nuestro rápido crecimiento como misión ha sido la forma en que Dios nos ha guiado en la fe y las finanzas. A menos que conozcas a Dios y Su poder milagroso, es imposible entender cómo sucedió. Quiero compartir los principios que hemos aprendido, para ayudar a los cristianos a ver los caminos de Dios y aprender mejor cómo confiar en Él. En nuestro mundo moderno, todos necesitamos dinero, porque la mayoría de las cosas que hacemos involucran dinero. Si estás dispuesto, Dios te guiará a un estilo de vida donde todo se haga con fe en Él, incluso cómo obtienes, y cómo usas tu dinero.

Este mensaje se aplica a todos nosotros. Es para la familia joven que intenta diezmar cuando sus ingresos son insuficientes;

el pastor de la iglesia que lucha por encontrar la manera de pagar los salarios del personal y arreglar el techo, a pesar de que las ofrendas han disminuido; el graduado de la escuela secundaria o la universidad que se pregunta si elegir la seguridad financiera o algo mejor; la pareja de jubilados que intenta llegar a fin de mes con un

ingreso fijo; el misionero en algún puesto solitario, preocupado por qué hacer con el dinero que necesita; la persona, joven o vieja, que se lanza por primera vez al ministerio cristiano a tiempo completo, y se pregunta si podrá mantenerse a sí misma; aquellos que se encuentran con algún dinero de sobra, y se preguntan cómo usarlo mejor para la gloria de Dios.

Este libro es para aquellos que anhelan algo más, una participación emocionante en lo que Dios está haciendo en todo el mundo.

Sea cual sea tu situación, mi deseo es verte hacer todo lo que Dios te llama a hacer, sin importar lo atrevido que sea. Pero la elección es tuya. Puedes conformarte con lo ordinario, o puedes vivir la emoción de un nuevo caminar con Dios.

¿Estás listo para vivir al límite?

CAPÍTULO 2: ¿HAS VISTO ALGUNA VEZ UN PÁJARO PREOCUPADO?

¿Has visto alguna vez un pájaro preocupado? ¿Uno con profundas arrugas en el entrecejo? Tal vez sus ojos estuvieran llorosos e inyectados en sangre, con ojeras debajo de ellos por las muchas noches de insomnio. ¡De alguna manera sabías que había estado tratando de mantener el pico erguido, mientras se preocupaba por cómo pagaría la hipoteca de su nido!

Jesús fue quien utilizó a las aves como ejemplo de cómo debemos afrontar el tema de las finanzas. En Mateo 6:26 dijo: Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni guardan en graneros; y sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?

No, ¡no has visto a un pájaro preocupado! Podemos aprender de los pájaros el secreto de vivir así. Jesús nos dijo que no debíamos estar ansiosos por lo que íbamos a comer o beber, o por la ropa que necesitábamos. De hecho, Él dijo que nuestras vidas deberían ser diferentes a las de los incrédulos que corren tras estas cosas. Debemos

ser tan despreocupados como los pájaros del aire. ¿Es esto cierto en el caso de la mayoría de los cristianos que conoces? ¿Es esto cierto en el caso de ti?

¿Qué pasaría si mañana perdieras tu trabajo, o si tu negocio se declarara en quiebra, o si tus inversiones fracasaran? ¿Qué pasaría si Dios te llamara a vender todo lo que tienes y a servirle en misiones? ¿Podrías confiar en Él para tus necesidades?

Esto es lo que muchos cristianos llaman vivir por fe: se refieren a misioneros o ministros de iglesias pequeñas que no tienen salario, y tal vez no tienen donantes regulares ni ingresos. Sin embargo, quiero ampliar este término. Jesús quiere que todos vivamos por fe, como veremos en los próximos capítulos de este libro. Todos, los que tienen salario y los que no, tienen el privilegio de ver a Dios proveer para sus necesidades.

Pero primero, ¿qué es la fe? ¿Y cómo se obtiene? ¿La fe consiste en cerrar los ojos y creer con todas tus fuerzas que Papá Noel es real? Por mucho que creas, Papá Noel nunca será real. Esa idea es pura fantasía. Por otro lado, Dios es real, creas o no en Él. Su existencia y su poder no están relacionados con la fe que tengas.

¿La fe exige que desconectes tu mente y te lances al vacío por algún precipicio imposible? ¡No! Soren Kierkegaard popularizó el término «un salto de fe a ciegas». Pero la fe bíblica no es ni ciega, ni un salto. Es caminar en la luz.

La Biblia dice que la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve (Hebreos 11:1). En otras palabras, la fe es creer que algo sucederá antes de que suceda. La fe es creer que tendrás lo que necesitas, incluso si no tienes nada. La fe es una fuerte seguridad en el carácter de Dios, sabiendo que incluso si no puedes ver la solución a tu problema, Dios sí puede.

La fe bíblica no es una ilusión; no se basa en desear con tanta vehemencia nuestros deseos egoístas que de algún modo obtenemos «fe», y los conseguimos. Tampoco es una concentración de nuestros «poderes» mentales o espirituales para conseguir algo que queremos.

La fe bíblica proviene de saber lo que Dios quiere que hagas, obedecer todo lo que Él te muestre que hagas, entonces.

Confiar en que Él hará lo que tú no puedes hacer, a Su manera, y en Su tiempo. Hay un himno que se canta a menudo: «Confía y obedece, porque no hay otra

manera...». Sugiero que cambiemos el orden de las palabras -«Obedece y confía»- y dejemos que el Señor entre en acción.

Según Romanos 10:17, «la fe viene por el oír, y el oír, por la palabra de Cristo». La fe se basa en oír lo que Dios tiene que decirte en Su palabra escrita, el logos, y en Su palabra vivificada y específica dirigida a ti personalmente, el Rhema.

La fe bíblica no consiste en declarar algo ridículo, y luego esperar a que suceda. Incluso si Él te pide que hagas algo que parece imposible, nunca será una tontería. La fe bíblica comienza con escuchar a Dios. La verdadera dirección del Espíritu Santo, el Rhema, nunca contradice ni al logos ni al carácter de Aquel que escribió el logos. Saber lo que Dios quiere que hagas es la primera parte de la fe bíblica. La segunda es dar los pasos de obediencia que Él te muestra que debes dar. La fe bíblica requiere acción de tu parte. No es pasiva.

Un ejemplo notable de esto ocurrió hace algunos años mientras vivíamos en nuestra Escuela de Evangelismo en Suiza. Estaba en un grupo de oración intercesora con varios obreros jóvenes, cuando el Señor me dijo que nuestra misión iba a tener una granja. Fue una sorpresa

total (no estábamos orando por una granja), pero la palabra vino muy claramente a mi mente. Para ese entonces, JUCUM tenía varias propiedades que se usaban para entrenamiento y extensión misionera. Le conté a nuestro pequeño grupo sobre esta impresión, y juntos le pedimos a Dios que nos hiciera saber si era de Él. Mi mente se puso a trabajar rápidamente en la idea. Pude ver cómo una granja podría ser un gran lugar para entrenar a jóvenes misioneros, así como para proveerles comida a ellos y a otros.

Pronto la palabra del Señor fue confirmada a uno o dos más en el grupo de oración. Terminamos nuestro tiempo agradeciendo a Dios, y confiando en que Él lo haría realidad.

Al día siguiente era sábado y, cuando salí a correr en una mañana brumosa de primavera, pasé por una granja cerca de nuestra escuela. Se estaba llevando a cabo una subasta y se estaban vendiendo todos los implementos agrícolas. Al instante supe que debía hacer algo, un acto de fe para cumplir lo que el Señor había prometido el día anterior. Regresé rápidamente, y llamé a Joe Portale y Heinz Suter, dos de nuestros empleados que hablaban

francés. Regresamos a la subasta a tiempo para comprar un carro, un rollo de alambre de púas, y un bidón de leche.

Llevamos el carro a casa arrastrándolo como si fuera un remolque detrás de nuestro auto. Luego lo estacionamos en el césped frente a nuestra escuela, y guardamos las otras cosas hasta que Dios nos dio nuestra granja. Supongo que puede parecer una tontería para algunas personas, pero fuimos lo suficientemente simples como para creer que Dios lo había prometido y lo cumpliría.

Ese fin de semana, una de nuestras JUCUMeras europeas fue a visitar a sus padres. Le dijo a su padre, un pastor suizo: «¡Dios nos acaba de decir que vamos a tener una granja!».

Algunos padres podrían haberse sentido divertidos o incluso críticos ante semejante declaración, pero el padre de esta jovencita era miembro de la junta directiva de un ministerio que estaba situado en una hermosa granja (valorada en más de un millón de dólares en ese momento). Los líderes de ese ministerio habían estado sintiendo desde hacía algún tiempo que su trabajo estaba terminado. Habían estado buscando durante tres años una organización cristiana a la que donar la granja.

Así que nos dieron una granja de un millón de dólares, gratis. El mayor gasto que hicimos para conseguirla fueron los mil francos suizos que pagué por el carro, el rollo de alambre de púas, y el bidón de leche. Desde hace veinte años, esta granja en Burtigny, Suiza, sirve como lugar para disciplinar a los jóvenes, y proporcionar alimentos a muchos trabajadores de la misión.

El carro permaneció como decoración del césped frente a nuestra escuela, hasta que lo trasladaron a la granja, donde finalmente se desmoronó por los efectos del clima. Incluso entonces, Heinz Suter (que ahora dirige el trabajo en la granja) guardó un trozo del carro, y lo utilizó como fondo para una placa con las Sagradas Escrituras que me regaló. Esa placa es un recordatorio constante de que Dios proveerá, si tomo medidas de obediencia cada vez que Él habla.

Pensemos en los grandes milagros de la Biblia. A menudo, estos requerían primero pasos de obediencia. Los muros de Jericó cayeron, pero sólo después de siete días de marcha. El general caldeo fue sanado de la lepra, pero sólo después de haber viajado durante días, y luego haberse sumergido siete veces en el río Jordán, como le había ordenado el profeta del Señor. Jesús envió al ciego

a lavarse los ojos en el estanque de Siloé antes de ser sanado. A Pedro se le dijo que fuera a pescar dinero, y lo encontró en la boca de un pez. Los pasos específicos de obediencia desencadenaron los milagros. La tercera parte de la fe es confiar en que Dios hará Su parte.

Siempre que hablamos de confianza, tenemos que saber en quién nos piden que confiemos. Imaginemos que un vendedor se acerca a nosotros, nos pide que firmemos un contrato, y nos dice: «No hace falta que lea toda esa letra pequeña, ni que sepa todo sobre mi empresa y los servicios que vendemos. ¡Simplemente confíe en mí!». ¿Confiaría usted en él? ¿Podría hacerlo?

Por eso la confianza y la fe en la Palabra de Dios tienen que estar firmemente cimentadas en el conocimiento de su carácter y su trayectoria. Estudie los atributos de Dios en la Biblia. Lea sus promesas en la letra pequeña del contrato. Lea historias de su fidelidad, tanto en la Biblia como en los tiempos modernos. Escriba todas las ocasiones del pasado en las que sabe que Dios le ayudó. Entonces, cuando esté profundamente convencido de su absoluta confiabilidad, podrá tener fe.

A veces, vivir por fe significa esperar y permitirle a Él que actúe. Un granjero me lo describió así: Dios te dice que

te lances a una rama. Una vez que estás ahí, escuchas un sonido: rrr ...

Muchos cristianos nunca demuestran la confiabilidad de Dios en esta categoría de sus vidas; permanecen económicamente autosuficientes, nunca se arriesgan, y nunca hacen nada fuera de lo común. En cambio, parece que le preguntan a sus cuentas bancarias: «Oh, cuenta bancaria, ¿me permites hacer esto por Dios?».

Quienes escuchan a Dios se encontrarán haciendo cosas que no pueden completar sin Su ayuda. Tomarán medidas de obediencia, y luego permitirán que Dios haga Su parte. En otras palabras, la fe bíblica requiere que hagamos lo posible, y dejemos que Dios haga lo imposible. La fe solo opera cuando no tenemos otro recurso más que Dios.

Permítanme contarles acerca de un joven que se arriesgó. David Snider estaba en las Islas Vírgenes ayudándonos a supervisar a los equipos de jóvenes voluntarios en varias islas, durante nuestro Verano de Servicio. Cuando David viajó a St. John para comprar suministros para un equipo, descubrió que las provisiones costaban más de lo previsto. Tenía que regresar a St. Thomas el domingo para las reuniones, pero había

utilizado todos los fondos del equipo y no tenía ninguno propio. Oró con el equipo en St. John, y todos sintieron que debía seguir adelante y regresar a St. Thomas a tiempo para las reuniones del domingo. La única pregunta era, ¿cómo pagaría su pasaje?

Llegó el día de partir y David todavía no tenía dinero. Recordó que, de su viaje, el pasaje se cobraba a mitad de camino. Se adelantó hasta el muelle y se detuvo antes de subir por la pasarela. ¿Había escuchado bien a Dios? Una vez más, una voz tranquila en su interior le dijo: Sí. ¡Vámonos!

Encontró un asiento en la cubierta entre los otros setenta pasajeros, y pronto estaba hablando con las personas que estaban a su lado, un médico caribeño y su esposa. Le preguntaron cortésmente cuál era su propósito al viajar entre sus islas, y David explicó simplemente que estaba allí con un grupo de otros jóvenes, hablando con la gente acerca de Dios.

El tiempo pasó rápido, demasiado rápido para David, que logró mantener un aire despreocupado mientras charlaba con sus nuevos amigos. ¿Qué pensarían cuando lo atraparan como polizón, después de haber hablado con ellos sobre el Señor? Pronto vio al hombre de la compañía

naviera que se acercaba para cobrar los pasajes. David continuó conversando agradablemente, mirando hacia la cubierta para notar el avance del hombre hacia él.

Demasiado pronto estaba allí, frente a David. Cuando David metió la mano en su bolsillo vacío, el médico le dijo: «¡No, tome, déjenos pagarle el pasaje!». Es posible que usted nunca se encuentre en la situación de David. Por otra parte, puede encontrarse en circunstancias que exijan una intervención igualmente radical de Dios. ¿Cómo puede asegurarse de que Dios lo sostenga cuando el diablo le corte la extremidad? La clave es la obediencia a Dios, y tener un conocimiento personal de Aquel en quien usted confía.

Dios puede llamarte a aceptar un trabajo con un salario. Si le obedeces, esto puede llevarte a una vida de fe. Si sigues escuchándolo, preguntándole cómo usar tu salario y obedeciéndolo en todas las áreas, estarás viviendo por fe.

Él puede guiarte a hacer inversiones. Si se hacen según la voluntad de Dios, estás viviendo por fe, ya sea que termines con ganancias o pérdidas. Conozco a un hombre de negocios que ha sido guiado a hacer inversiones en la República Popular China durante varios años. Ha perdido

dinero en cada una de estas empresas, pero el Señor le ha permitido ganar dinero en otras partes, para que sus empresas dentro de China puedan allanar el camino para que los cristianos vayan al país a evangelizar.

También se ha hecho amigo de algunos líderes del gobierno, y ha compartido con ellos su fe. Yo diría que mi amigo es un misionero de la fe en todos los sentidos de la palabra.

Dios puede llamarte a ir a un país como misionero en el sentido más tradicional. Puede guiarte a compartir tus metas con otros para que ellos contribuyan a tu obra. O puede decirte que vayas sin dinero en el bolsillo, sin contactos en ese país, sin un lugar donde quedarte o trabajar cuando llegues allí. De cualquier manera, la clave para vivir por fe no está en un método. La clave es escuchar, obedecer, y confiar en Dios. Cuando lo obedecemos, Él se involucra de manera intrínseca en nuestras vidas. Y como el dinero afecta casi todas las áreas de la vida, Dios entrará en nuestras finanzas de muchas maneras emocionantes, si se lo permitimos. Has escuchado el dicho: «¡Eso es algo que puedes llevar al banco!». La fe en Dios y en Su palabra para ti es tan segura, que literalmente puedes llevarla al banco.

CAPÍTULO 3: ¿POR QUÉ VIVIR POR FE?

¿Por qué quiere Dios que vivamos por fe? En primer lugar, vivir por fe nos demuestra a nosotros y al mundo que Dios es real.

Cuando era estudiante en la Universidad del Sur de California, tuve un profesor de filosofía que parecía estar tratando de destruir la fe de sus estudiantes en Dios. Era un hijo brillante, aunque amargado, de un ministro. Había perdido la fe, y durante todo el semestre trató de desafiar a cualquiera que tuviera fe. Había preguntas que planteaba que yo no podía responder en ese momento. Pero había una cosa que nunca podía negar, y era mi experiencia. Había visto suceder demasiadas cosas que solo podían haber sido hechas por Dios.

Creo que esta es la razón principal por la que Dios nos guio en Juventud Con Una Misión a pedirle a cada trabajador que confiara en Dios para sus propias necesidades financieras, es decir, comida, bebida y ropa (las necesidades que Jesús mencionó específicamente en Mateo 6:31-33), así como los costos de viaje. Decenas de miles de trabajadores de más de cien naciones han viajado

por todo el mundo, aceptando ese desafío y creyendo que donde Dios guía, Él provee. ¡Y donde Él guía, Él alimenta!

Al principio me preocupé. La guía de Dios era muy clara, pero los otros tres o cuatro grupos misioneros con los que estaba más cerca pagaban sueldos, al menos a sus secretarias y al personal de la oficina central. Pero el Señor nos dijo que no debía haber puestos asalariados en Juventud Con Una Misión. Todos, desde yo hasta el voluntario más joven, desde el miembro del equipo de evangelización hasta el mecánico que arreglaba el autobús del grupo, debían confiar en Dios para su sustento y sus viajes.

Nunca pensé que esta fuera la única manera de dirigir una organización misionera. Era simplemente la manera en que Dios nos guiaba. Mucho después, me enteré de que casi todas las juntas misioneras con más de un puñado de misioneros en el campo funcionan sobre esta misma base, en la que cada individuo confía en Dios y es personalmente responsable de cubrir sus propios gastos de subsistencia y de ministerio.

En poco tiempo nos dimos cuenta de por qué Dios nos estaba guiando por ese camino. Adquirimos una confianza clara en que Dios era real. Ya fuera que nos enfrentáramos

a estudiantes marxistas enojados en una universidad latinoamericana, o a la indiferencia petulante de los intelectuales europeos, sabíamos que Dios era real. Tenía que serlo o no habríamos podido conseguir fondos para viajar hasta allí, ni habríamos tenido nada para comer después de llegar.

La cantidad no es importante cuando confías en Dios. Si no tienes el dinero que necesitas en el momento en que lo necesitas, un déficit de diez dólares bien podría ser un déficit de un millón de dólares. Una vez, cuando Darlene y yo todavía éramos recién casados, viajábamos por Chicago para nuestra siguiente reunión en Wisconsin. Nuestro dinero se estaba acabando rápidamente, en parte debido a las numerosas carreteras de peaje. Sin embargo, si queríamos llegar a tiempo con nuestro apretado cronograma, teníamos que tomar las carreteras de peaje. Cada pocos kilómetros, parecía que teníamos que reducir la velocidad, y poner una moneda más de veinticinco centavos de nuestro menguante suministro en la tolva.

«¡Mira, Dar!», dije mientras sacaba lo que quedaba de mi bolsillo, y me acercaba a la última cabina de peaje. «Treinta y cinco centavos. Son veinticinco centavos por el peaje, y diez centavos para llamar al pastor Wilkerson

cuando lleguemos a Kenosha». Se rio cuando puse la moneda de veinticinco centavos y aceleré hacia la autopista. «¡Alabado sea el Señor! ¡Acabamos de llegar!», dijo. Acepté, pero mi alegría duró poco.

No habíamos avanzado mucho cuando apareció otra señal que nos indicaba que debíamos reducir la velocidad y estar listos para pagar otro peaje. Señor, ¿qué haremos? Miré a Dar, pero ella ya estaba sacando cosas de su bolso, buscando si se le había escapado alguna moneda. Necesitábamos veinticinco centavos, y los necesitábamos ahora. Justo en ese momento se me ocurrió una idea: detenerme y abrir la puerta trasera. Lo hice. Y allí, entre la puerta y el marco del coche, había una moneda de veinticinco centavos de pie. ¡Qué moneda de veinticinco centavos más grande! Nunca había visto una moneda de veinticinco centavos más grande en mi vida.

¿Fue una coincidencia? No lo creo.

En otras ocasiones, la necesidad ha sido mucho mayor. Al principio de nuestro ministerio, Darlene y yo estábamos en Edmonton, Alberta, Canadá, cuando recibimos una llamada telefónica de nuestra secretaria en Pasadena.

«Loren, no sé qué vamos a hacer», dijo Lorraine Theetge, con la tensión en la voz evidente incluso en la

conexión de larga distancia. «¡No hemos tenido ningún ingreso en mucho tiempo, y nuestras cuentas por pagar en este momento suman \$5200!»

Le dije que intentaríamos hacer algo, pero cuando colgué el teléfono me sentí totalmente abrumado. Habíamos estado en una situación financiera delicada durante meses y, de repente, era demasiado para afrontar.

Me tiré sobre la cama en la casa donde estábamos alojados. «Dios», clamé, «esta necesidad es tuya. ¡No puedo con ella!». Unos momentos después, el teléfono sonó estridentemente. Era Lorraine otra vez.

«¿Adivina qué pasó, Loren?» La voz de Lorraine sonó en los cables. «Hemos recibido un cheque por dos mil libras de un banco de Inglaterra». Continuó diciendo que era de un donante anónimo de un tercer país, y que el banco británico simplemente lo estaba enviando a nuestra oficina. «¿Y sabes qué más, Loren? Llamé a nuestro banco y pregunté por el tipo de cambio de hoy de libras esterlinas a dólares, ¡y esto equivale exactamente a 5200 dólares!»

¿Una coincidencia? ¡Ni en sueños!

DEMOSTRANDO QUE DIOS ES REAL

Mi amigo, el hermano Andrew, conocido por muchos como el «contrabandista de Dios», lo explica de esta manera: Supongamos que estás caminando por una jungla y, sin que lo sepas, un león te acecha. Justo cuando salta por el aire, un coco cae de un árbol y deja inconsciente al león. Te das vuelta, sorprendido y aliviado. Podría ser una coincidencia, solo buena suerte. Pero ¿y si vuelve a suceder al día siguiente? Otro león salta, solo para ser golpeado por otro coco que cae. Y al día siguiente, otro león y otro coco afortunado. ¿Cuántas veces tiene que suceder esto para que sepas que no es una coincidencia?

En nuestra misión, contamos con más de veinte mil voluntarios de corto plazo cada año, además de más de siete mil empleados de tiempo completo, que trabajan para compartir el Evangelio desde bases ministeriales permanentes en más de cien países. Los equipos móviles han ido con el amor de Dios a todos los países poblados de la tierra. Una y otra vez, estas personas están viendo «coincidencias» similares de buena fortuna. Algunos de nosotros las hemos experimentado durante décadas. Permítanme compartir con ustedes la historia de un líder de equipo. Su nombre es Neville Wilson, un fiyiano nacido

y criado en Nueva Zelanda, y ahora líder de JUCUM en Tonga y el Pacífico Sur. «Estábamos en una situación pionera en Nadi, Fiji. Nuestros siete miembros del equipo eran fiyianos. No podíamos conseguir ningún extranjero como personal debido a la situación de la visa. Cuando escuchábamos que venían visitantes, a menudo caminábamos los cinco kilómetros (3,1 millas) hasta el aeropuerto. No teníamos los recursos económicos para tomar un taxi. Pero cada vez, Dios nos proveía para llevar a nuestros visitantes a casa en un taxi.

«Por ejemplo, una vez, mientras esperábamos el avión de alguien, nos encontramos con un amigo local en la terminal, que nos dio una donación sin saber nuestra necesidad. Dios nos daría comida extra también para los visitantes. E incluso tendríamos suficiente dinero para llevarlos de regreso al aeropuerto en taxi. Luego, caminaríamos a casa después de que se fueran, riéndonos de cómo Dios lo había hecho nuevamente.

«Nuestro centro de JUCUM era una casa como la de nuestros vecinos, en medio de los campos de caña de azúcar, amueblada principalmente con esteras en el suelo. Una tarde estábamos sentados, y una mujer del lugar entró con cinco panes. Eso nos alimentaría a los siete durante

varios días. Pero quince minutos después, otra persona tocó a nuestra puerta, queriendo darnos un poco de pan. Entonces llegó un vecino con más pan. En una hora nos habían dado dos docenas de panes.

«¿Por qué tenemos tanto pan?», preguntó mi mujer. «Quizá venga alguien». No había pasado ni una hora cuando nos enteramos de que esa noche llegaba un grupo de quince personas procedentes de Nueva Zelanda.»

En otras ocasiones, Dios les dio a Neville y Sue más que pan y más que cosas realmente necesarias. Era el día de Navidad de 1979 y estaban en Maui, Hawái, en un equipo de evangelización con varias personas más. Neville estaba sentado en el porche delantero de la casa donde se alojaban, sintiéndose solo. Su padre había muerto unas semanas antes. Neville recordó cómo su padre siempre les había proporcionado un jamón para la cena de Navidad.

Neville pensó: «Me encantaría comer jamón ahora mismo». Unos minutos después, una camioneta negra se acercó rugiendo, con un cargamento de hawaianos locales de aspecto rudo. Para sorpresa de Neville, se detuvieron justo en la propiedad frente a su casa, y un tipo corpulento se puso de pie y le arrojó un jamón, diciendo: «¡Feliz Navidad!».

La Palabra de Dios dice en 2 Crónicas 16:9 que «Los ojos del Señor recorren toda la tierra para fortalecer a los que tienen un corazón perfecto para con él».

Mi profesor de filosofía en la USC me enseñó que era imposible probar una negativa filosófica, pero sí se puede probar una positiva filosófica. La Palabra de Dios dice que Él es fiel, y que los justos nunca pasarán hambre, ni sus hijos tendrán que mendigar pan (Salmo 37:25). Esa es una positiva filosófica que se puede probar, vivir en dólares y centavos. Además, la fe no es real a menos que se pueda probar de manera práctica en el mundo real y cotidiano.

Un joven escocés llamado George Patterson realizó un experimento notable para demostrar la realidad de la fe en los días posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Todo empezó con tres jóvenes y una discusión en un restaurante. George sostenía que la Biblia era la Palabra de Dios. Cada palabra era verdad. Su segundo amigo era agnóstico, y se negaba a aceptar como fidedigna cualquier cosa que no fuera científica. Su tercer amigo era un cristiano nominal que no estaba seguro de que la Biblia fuera la Palabra de Dios, o incluso de qué partes de ella podían ser la Palabra de Dios.

La animada discusión continuó un rato, despertando la curiosidad de los comensales. Entonces, George tuvo una idea audaz. Les dijo a sus dos amigos que probaría científicamente la Biblia. Sacó la billetera del bolsillo.

«Yo digo que hay un Dios, y que este Dios se ha revelado a sí mismo, y ha revelado sus propósitos para los hombres, en y a través de su Palabra». Vació el contenido de su cartera sobre el mantel y contó. Había dos libras y siete chelines.

George miró a sus amigos a los ojos y les dijo: «Voy a regalar todo el dinero que tengo en el banco. No sólo eso, sino que también me desprenderé de mis bonos de ahorro». Les dijo que pronto partiría para estudiar medicina y prepararse para el servicio misionero.

«Llevaré conmigo sólo estas dos libras y siete chelines, más mi último sueldo. Durante los próximos meses, no tendrá recursos ni apoyo financiero. Sólo tendré al Señor. «Les hago una promesa», dijo solemnemente. «No le diré a nadie, aparte de ustedes dos, lo que pienso hacer, de modo que esto sea entre nosotros tres y Dios. No se lo diré a mis padres, ni se lo haré saber a ninguna iglesia o grupo misionero. No vestiré de manera diferente, ni alteraré mi estilo de vida para sugerir por implicación que ando corto

de dinero... todo lo que necesite tendrá que ser provisto por Dios. Si tengo que pedirle ayuda a una sola persona, les prometo que regresaré a casa y nunca más mencionaré la suficiencia de Dios ni mi fe en Él.» George Patterson entró así en lo que él llamó «La Apuesta», con «la creencia desnuda en el Omnipotente». En el momento de su juego, hasta donde todos sabían, él era simplemente un estudiante de una familia adinerada que iba a la escuela a sus propias expensas y sin ninguna necesidad.

Sin embargo, Dios comenzó a enviarle inmediatamente personas con pequeñas cantidades de dinero. Le decían: «Dios me dijo que te diera esto», o «Toma esto como si fuera del Señor». Siempre variaba, pero siempre estaba allí, aunque a veces en cuestión de minutos cuando lo necesitaba.

Hubo una excepción: no le llegó el dinero para el necesario viaje de regreso a casa. Como no tenía suficiente para pagar todo el pasaje desde Londres, fue tan lejos como pudo, y luego caminó durante dos días para llegar a Escocia. Patterson dijo más tarde que pensó que esto era una prueba de su fe. Creía que Dios quería ver hasta qué punto podía desesperarse y seguir confiando en Él.

No se trataba de una apuesta de un estudiante deseoso de demostrar a sus amigos que tenía razón. La experiencia de George Patterson de confiar en Dios cuando era estudiante le resultaría muy necesaria cuando fue al Tíbet. En aquella época, el Tíbet no tenía vínculos con la Unión Postal. Los medios convencionales de apoyo a las misiones serían inútiles. También se enfrentaría a sacerdotes tibetanos con impresionantes poderes ocultistas, y luego al encarcelamiento y la persecución a manos de los chinos comunistas cuando se apoderaron del país. Su historia completa está contada en su libro, «El loco de Dios». Pero antes de poner un pie en el Tíbet o en China, había demostrado que la Biblia era real. Había apostado y ganado.

VER TU FE AUMENTAR

Si la primera razón para vivir por fe es comprobar la realidad de Dios, la segunda razón es ver cómo nuestra fe aumenta. A todos se nos da una medida de fe, según Romanos 12. La fe es un don, pero debe crecer con el uso. La fe aumenta a medida que la ejercitamos. Es como el ejercicio físico. La diferencia entre Arnold Schwarzeneggers y el resto de nosotros es su compromiso de aumentar la fuerza y la masa muscular mediante el ejercicio. «Sin dolor

no hay ganancia», nos recuerdan mientras nos lanzan una pesada pelota medicinal.

Hubo un tiempo en mi vida en que estaba extremadamente débil. Durante días no podía levantar la cabeza de la almohada. Un día pude levantarla un poco. Seguí haciéndolo, porque era lo único que podía hacer. Después de un tiempo, me volví lo suficientemente fuerte como para darme vuelta en la cama. Después de varios meses, pude moverme, pero solo gateando. No podía estar de pie ni caminar. Entonces, un día, cuando cumplí un año, finalmente pude ponerme de pie y caminar.

Incluso entonces había un problema que trabajaba en mi contra. Se llamaba gravedad. Daba unos pasos y me caía una y otra vez. Sin embargo, a medida que trabajaba todos los días, empujando contra esa fuerza de gravedad, me volví cada vez más fuerte y me caía menos. Finalmente, incluso podía correr y saltar. Me doy cuenta de que mi experiencia está lejos de ser única. Pero ¿alguna vez has pensado en el proceso que Dios diseñó para que pasáramos cuando éramos bebés? ¿No habría sido más fácil sin la gravedad? Los niños pequeños podían saltar y flotar, en lugar de luchar para ponerse de pie. Pero esa

lucha es necesaria para ayudar a desarrollar nuestros músculos en crecimiento.

De la misma manera, si nunca tenemos necesidades en nuestra vida, si podemos hacer todo sin la ayuda de Dios, ¿cómo podemos aprender a confiar en Él? Los discípulos en Lucas 17:5 clamaron: «Auméntanos la fe». Habían visto a Jesús hacer tantos milagros. Seguramente Él podía impartirles fe instantáneamente. Pero ellos tuvieron que pasar por el mismo proceso que nosotros. Al igual que la vida infundida en nosotros, la fe es un don de Dios. Pero para que nuestra fe aumente, debe ser utilizada y puesta a prueba.

Sheila Walsh es conocida por millones de personas a través de su ministerio musical y su posición como copresentadora del programa de televisión cristiano «The 700 Club».

Pero antes de ser un nombre conocido para tantos, fue una joven que dio un paso al frente y puso a prueba su fe. Sheila se enteró de una misión que JUCUM estaba planeando durante los Juegos Olímpicos de verano en Montreal en 1976. Como estudiante en el London Bible College, anhelaba ir y compartir su fe con los visitantes olímpicos de todo el mundo.

El único problema era que no tenía dinero. «En aquel entonces, apenas tenía dinero para comprarme un par de Levi's nuevos, ¡y mucho menos un billete de avión a Canadá!», cuenta. Sin embargo, oró y sintió una fuerte certeza de que debía ir a Montreal. Sheila también creía que no debía compartir su necesidad con nadie, sino simplemente orar.

Poco a poco, durante las semanas siguientes, el dinero fue llegando. La gente empezó a darle pequeñas cantidades de dinero. En total, casi era todo lo que necesitaba. Sheila tenía suficiente para su pasaje de ida y vuelta en avión de Londres a Nueva York, y algo para tomar un autobús a Montreal. Pero para su regreso a Nueva York, todavía necesitaba setenta dólares.

Sheila no estaba demasiado preocupada. ¿Acaso Dios no le había proporcionado ya cientos de dólares para que pudiera ir? Fue a Montreal y disfrutó de dos semanas de trabajo de testificación, junto con otros mil seiscientos voluntarios de muchas naciones. Todos los días salía a las calles y parques de Montreal para compartir su fe. Y todos los días esperaba ver cómo Dios la llevaría de regreso a casa.

Casi al final del evento, reuní a los mil seiscientos trabajadores para una reunión al aire libre en el césped frente a la vieja mansión que habíamos comprado para un centro de capacitación. Aunque todavía no conocía a Sheila, sabía que había muchos jóvenes allí que habían confiado en Dios, y habían venido con un boleto de ida. Pedí a todos los que tenían necesidades financieras que se pusieran de pie y caminaran hacia el frente de la multitud. Cientos de personas avanzaron. Luego les dije a todos que inclinaran la cabeza y pidieran a Dios que les dijera a quién acudir y cuánto darles. «Y no descartéis dar, sólo porque vosotros mismos tenéis necesidades», recordé a los que estaban delante.

Sheila recuerda haber pensado: «¡Genial! ¡Aquí es donde consigo mis sesenta y tres dólares!». Ya tenía siete dólares. Pero, para su sorpresa, Sheila recibió una fuerte impresión de que debía regalar sus siete dólares. «No puede ser Dios», pensó. «¡Sería irresponsable regalar el único dinero que tengo!».

Sin embargo, el Espíritu Santo siguió empujándola hasta que ya no pudo negarse a la guía. Caminó tranquilamente entre el grupo, que estaba inclinado en

oración sincera, o abrazando a alguien y entregándole dinero. Era una escena maravillosa.

«¿A quién quieres que le dé mis siete dólares, Dios?», oró Sheila. Entonces vio a una joven rubia, y sintió que debía darle el dinero. Cuando Sheila le puso los siete dólares en la mano, la rubia le dio un fuerte apretón y sonrió: «¡Eso es exactamente lo que necesitaba!».

Alentada, Sheila encontró el camino de regreso a su lugar. Pero para entonces la reunión estaba terminando, y la gente se estaba quedando dormida. «¿Qué pasa con mis setenta dólares, Señor? ¡No entiendo! Realmente confié en Ti. Fui obediente, ¡y ahora tendré que vivir en Canadá por el resto de mi vida!»

Encontró un lugar tranquilo a la orilla de un pequeño río detrás del centro de JUCUM. Allí se sentó y le contó su queja a Dios. Después de un rato, lo escuchó hablar dentro de ella: Sheila, ¿confías en Mí, o sólo confías en lo que puedes entender? Agachó la cabeza y dejó que las lágrimas fluyeran, pidiéndole a Dios que la perdonara por su incredulidad. A la mañana siguiente, todos estaban empacando para irse. Camionetas y autobuses salían hacia el aeropuerto, la estación de autobuses o trenes, o los centros de JUCUM en otras partes de América del Norte y

del Sur. Sheila salió al sol con su mochila, su bolsa de dormir, y sus bolsillos vacíos. Agradeció a Dios por un nuevo día y por lo que estaba aprendiendo sobre la seguridad de confiar en Él.

Mientras esperaba afuera con los demás rumbo a la estación de autobuses, escuchó que alguien la llamaba por su nombre.

—¿Sheila Walsh? ¿Sheila? —Se dio la vuelta y allí estaba una de las jóvenes que habían trabajado en el personal administrativo—. Hubo un error en la cantidad que pagaste por tu tiempo aquí —explicó—. Pagaste de más. Sheila abrió el sobre que le pusieron en la mano, y sacó siete billetes de diez dólares. Luego llegó el autobús para llevarla a la estación.

Tales provisiones dramáticas y milagros no ocurren todos los días, pero los que suceden sirven para recordarnos la fidelidad de Dios en los años venideros. Tales provisiones especiales no prueban nuestra espiritualidad, pero sí nos prueban que Dios es lo suficientemente grande para cualquier circunstancia o prueba. El Señor guio a los israelitas en el desierto durante cuarenta años, proporcionándoles alimento del cielo, agua de una roca, y ropa que no se desgastaba. Les dijo por qué

hizo esto: «Acuérdense de cómo el Señor su Dios los trajo por todo el camino del desierto durante estos cuarenta años... para enseñarles que el hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca del Señor» (Deuteronomio 8:2-3). Dios todavía quiere personas que vivan de esta manera, no confiando en sus propios medios para ganarse la vida, ni en algún sistema terrenal, sino en Él.

Hoy en día, muchas naciones están al borde de la bancarrota. La economía mundial es frágil, se mantiene unida gracias a la fe de un gobierno en otro, de un individuo en otro, y de la fe de la gente en una moneda porque el gobierno la respalda. Después de uno de los cheques anuales de mi padre, el médico dijo que estaba «tan sano como un dólar». Mi padre respondió con un guiño: «¡Ahora sí que estoy preocupado, doctor!».

No podemos tener fe en ningún sistema humano. Caerán. Puedes invertir en planes de seguros, rentas vitalicias, o acciones y bonos. Estas cosas no están mal. Pero no deposites tu fe en ellas. Pon tu confianza por encima de los hombres. Veo que las personas con inclinaciones egoísticas no pueden evitar destruir, a veces incluso en un intento de ayudar a los demás. No confío en

el hombre. Pero confío en los hombres y mujeres de Dios, y confío en el Señor. También confío en que Dios gobierne y mantenga bajo control incluso a los malvados.

Necesitamos ver a Dios como nuestra verdadera fuente. La tendencia natural del corazón humano es siempre hacia la independencia, lejos de la dependencia de Dios y de los demás. ¿Es por eso que Jesús nos dijo que oráramos: «Danos hoy nuestro pan de cada día»? Observe que no dijo que debíamos pedir el pan de la semana siguiente, por si acaso. La dependencia diaria de Dios nos permite saber que estamos en Su voluntad, y que lo obedecemos. Podemos recurrir diariamente a Dios en lugar de al hombre.

Aquellos que confían en que Dios proveerá para sus necesidades mientras están en el ministerio deben tener esto especialmente presente. Es fácil fijarnos en aquellos a quienes Dios ha usado en el pasado para satisfacer nuestras necesidades. Cuando estamos en una crisis financiera, incluso podemos resentir a aquellos que no están dando, si no tenemos cuidado. Debemos luchar contra la tendencia a confiar en el mundo visible en lugar del mundo invisible. Lo invisible es realmente más seguro y confiable. Dios dijo que el cielo y la tierra pasarán, pero

su palabra nunca pasaría. Él nos ama y se preocupa por cada área de nuestra vida y cada necesidad. Y Él se demostrará a nosotros y al mundo cuidándonos.

ESCUCHAR A DIOS Y APRENDER SUS CAMINOS

Otra razón para vivir por fe es aprender a escuchar a Dios y obedecerlo. El Señor dijo que nuestro Padre celestial sabe lo que necesitamos antes de que se lo pidamos. Entonces, ¿por qué quiere que se lo pidamos? El Señor quiere mantener abiertas las líneas de comunicación con nosotros. Si confiamos en Él en lo que respecta a las finanzas, Él tiene que guiar cada paso que damos. Él tiene toda nuestra atención y, por lo tanto, puede enseñarnos acerca de su carácter, sus caminos, y su poder.

Recuerda que el pueblo de Israel conocía las obras de Dios, pero Moisés conocía sus caminos (Salmo 103:7). Él quiere que lo conozcamos en profundidad para que podamos confiar más en Él. Y Él creará situaciones para que podamos aprender sus caminos mientras recibimos provisión para nuestras necesidades.

En 1972 planeamos llevar a cabo nuestro mayor esfuerzo evangelístico hasta ese momento, en Munich,

Alemania, durante los Juegos Olímpicos de Verano. Sin embargo, el mayor obstáculo que tuvimos que superar fue el alojamiento. Esperábamos mil obreros de todo el mundo. Pero ¿dónde los alojaríamos? Todos los hoteles, albergues juveniles, pensiones, e incluso residencias privadas con habitaciones adicionales estaban reservados desde hacía meses.

Pasaron varios meses hasta que necesitábamos alojamiento para los trabajadores. Una necesidad más apremiante era dónde colocar nuestra imprenta. Se había donado dinero para la publicación de literatura evangelística, pero era más económico comprar una prensa Heidelberg, e imprimir la literatura nosotros mismos, con personal voluntario. La gran prensa llegaría en cuestión de días y no teníamos dónde colocarla. Enviamos a dos jóvenes, Gary Stephens y Doug Sparks, a buscar un lugar.

Gary me llamó desde Alemania: «Loren, hemos encontrado un lugar para la imprenta...».

«¿Qué es esto, Gary? ¿Un cobertizo?»

«Sí, pero está junto a un castillo del siglo XVI en un pueblo llamado Hurlach. ¡El castillo está en venta!»

De alguna manera, tan pronto como dijo eso, supe que el castillo era para nosotros, aunque no tuviéramos dinero extra para comprar nada.

Fui con dos amigos, Don Stephens y el hermano Andrew, a reunirnos con los dueños. En el camino, Dios me impresionó con la cantidad que debíamos ofrecer, y cuándo debíamos tomar posesión.

Cuando nos reunimos con ellos, les expliqué simplemente nuestras condiciones: les daríamos el primer pago de 100.000 marcos alemanes (unos 31.000 dólares) en diez días, pero teníamos que mudarnos al castillo al día siguiente. (No teníamos otra opción. La prensa tenía que ser entregada al día siguiente).

Los propietarios se quedaron desconcertados, pero se apartaron para deliberar. Volvieron en minutos, aceptaron nuestra oferta, y nos entregaron las llaves del castillo. «Sin duda, tenéis una forma poco habitual de negociar las propiedades», dijo uno de sus abogados. «Lo hacéis como si estuvieseis comprando helados».

Fue fácil. Tomamos posesión del castillo esa misma noche. En una semana, llegaron 100.000 marcos alemanes de varias fuentes de Europa. La gente se sintió impulsada a enviárnoslos. Nos mudamos inmediatamente, horas

antes de que llegara la imprenta de Heidelberg. Fue muy fácil.

Pensé: ¡Esto es genial! Dios nos habla y nos da las condiciones; la gente está de acuerdo; luego Dios guía a la gente a dar el dinero. Nos mudamos a una propiedad y la usamos para el ministerio. Esperaba que fuera así de fácil cada vez.

Sin embargo, Dios quiso enseñarnos su camino, que es confiar en Él, no en métodos. Eso significa que nuestra experiencia será diferente casi siempre. Pronto aprenderíamos cuán diferentes éramos.

Lynn y Marti Green dejaron nuestro centro en Suiza para emprender una obra pionera en Gran Bretaña. Lynn llamó un día, entusiasmado por una propiedad que sentía que Dios quería darles.

«Es increíble, Loren», me dijo por teléfono. «Es una gran mansión inglesa antigua, lo suficientemente grande para albergar a cien miembros del personal y estudiantes. Se llama Holmsted Manor. Nunca habría elegido algo tan grande, pero Marti, yo y los miembros de nuestra junta directiva hemos orado y sentimos que esto viene de Dios».

Genial, pensé. Otro castillo. Dios era tan bueno, y este asunto de confiar en Él y comprar grandes propiedades era tan fácil.

Volé al aeropuerto de Heathrow, donde Lynn, Marti y siete miembros de la junta directiva de JUCUM Reino Unido me esperaban. Yo también había estado orando. Estuve de acuerdo con ellos en que sí, esto venía de Dios, no solo de la emoción o el deseo humano.

Condujimos hasta Crawley, y luego hasta Holmsted Manor, a cincuenta y siete kilómetros del centro de Londres. No estaba preparado para la elegancia antigua de la mansión de tres pisos, que estaba rodeada de otros edificios y trece acres de tierra. El precio de venta era de unas 60.000 libras (144.000 dólares estadounidenses en aquel momento). Esto incluía 5.000 libras por el mobiliario de la casa principal. El propietario había dividido la propiedad original. Tres acres con piscina y campo de fútbol a un lado del camino de entrada, y tres acres al otro lado del camino de entrada se vendían por separado. Lo que quedaba era un terreno con forma de guitarra, cuyo mástil era un camino de entrada largo y arbolado que conducía a la majestuosa mansión y a los edificios principales.

Dejamos nuestra camioneta en la carretera y caminamos por el camino de entrada hasta llegar a la enorme y antigua casa, admirando los paneles de roble tallados a mano y las vidrieras de la entrada. Algo dentro de mí me decía: «Esto es lo que quiero darles como centro de capacitación misionera para Gran Bretaña».

Después de inspeccionar los edificios principales, varios de nosotros decidimos marchar alrededor del perímetro de la propiedad, orando para que Dios nos lo concediera. Caminamos con gran entusiasmo por el terreno arado y embarrado, alabando a Dios porque Él nos daría el dinero necesario. (En ese momento, JUCUM Reino Unido tenía sólo doscientas libras en el banco, lo suficiente para pagar la inspección del lugar).

Al concluir nuestra «caminata de fe», en lugar de regresar por el camino arbolado hacia la carretera, decidimos pasear también por las parcelas adyacentes al «cuello de la guitarra», tierras que no estaban incluidas en la propuesta: las tres hectáreas con el campo de fútbol y la piscina, y las tres hectáreas del otro lado.

Después de nuestra marcha de oración de ese día, Lynn y Marti comenzaron a contarles a otros cristianos de Inglaterra nuestros planes de comprar Holmsted Manor

para convertirlo en un centro de capacitación misionera. En cuatro meses, llegaron seis mil libras, suficiente para el depósito. Parecía que iba a ser otra conquista de fe fácil, como el castillo en Alemania.

Llegaría en el momento justo. Lynn y Marti y su equipo de veintidós personas se alojaron con varios amigos y, en pocos días, decenas de voluntarios de verano llegarían para compartir su fe en las calles de Crawley. Lynn y Marti no tenían idea de dónde colocarían a todos los trabajadores.

Sin embargo, estábamos en un curso de formación especial, propio y organizado por el Padre celestial. Él estaba más interesado en que aprendiéramos sus caminos que en que nos apoderáramos fácilmente de propiedades para su obra. Inesperadamente, para nuestra confusión y consternación, ¡la propiedad de Holmsted Manor fue vendida rápidamente a otra persona!

Regresamos al Señor y le preguntamos: «¿Por qué está sucediendo esto? Creíamos que habías dicho que era para nosotros, para un centro de capacitación misionera». No hubo respuesta, solo la tranquila seguridad de que Él había hablado. Holmsted Manor sería nuestro.

Él lo confirmó al inspirar a amigos cristianos a donar para la compra de Holmsted Manor, aun cuando sabían que la propiedad ya se había vendido. El saldo de las sesenta mil libras llegó y lo guardamos cuidadosamente en una cuenta bancaria separada. Mientras tanto, Lynn pudo alquilar una casa grande para alojar a los trabajadores de verano. En el otoño continuamos nuestra búsqueda de Holmsted Manor. Estábamos desesperados. Para entonces, Lynn, Marti, y cuarenta compañeros de trabajo estaban alojados en una pequeña casa en Londres, ¡compartiendo un baño con un horario muy regulado!

El ministerio siguió creciendo. Tenían equipos que iban al centro de Londres y a otras zonas, y seguían ofreciendo oportunidades especiales de formación en su pequeña casa alquilada. A menudo resultaba cómico. Una vez, un profesor de Biblia de los Estados Unidos dio varios días de conferencias en su habitación más grande: un dormitorio de tres metros y medio por cuatro metros y medio, rodeado por literas. Los estudiantes se sentaban en las literas y el erudito bíblico, serio y digno, estaba de pie cerca de la ventana, predicando con todo el corazón.

Pasaron los meses, pero Dios nunca nos permitió darnos por vencidos. Holmsted Manor pasó del primer

propietario a otro, ¡por tres veces el precio que habíamos ofrecido originalmente!

Mientras tanto, nuestro creciente personal de JUCUM se trasladaba de un lugar a otro. Finalmente, alquilamos Ifield Hall, otra mansión distinguida pero algo deteriorada, a unos diez kilómetros de Holmsted Manor. Nuevamente, los arreglos se hicieron justo antes de que llegara otra tanda de voluntarios de verano para hacer evangelización. El único problema era que no había muebles en Ifield Hall.

Menos de una semana antes de que llegaran los voluntarios, Lynn hizo otra incursión en Holmsted Manor, solo por curiosidad. Cuando llegó, los trabajadores estaban sacando los muebles. Cuando preguntó, el capataz le explicó que los nuevos propietarios estaban abriendo una escuela preparatoria exclusiva para niños, y querían muebles nuevos.

«¿Qué van a hacer con los muebles viejos?», preguntó Lynn, recordando que eran precisamente los muebles por los que habíamos ofrecido cinco mil libras en nuestra propuesta original.

«Oh, supongo que lo van a poner a subasta.»

«¿Puedo comprarlo?», preguntó Lynn. El capataz debía tener cierta autoridad, porque preguntó: «¿Cuánto?». Lynn respiró profundamente y dijo: «Cien libras». El capataz se quitó la gorra y miró a los trabajadores, que seguían descargando cuidadosamente los muebles de la casa hacia la entrada circular. Se puso la gorra de nuevo en la cabeza, miró a Lynn y respondió: «Doscientas libras». Al final acordaron pagar ciento cincuenta libras, y los JUCUMeros recogieron con alegría los muebles por los que originalmente habíamos acordado pagar cinco mil libras.

«¡Nos sentimos como Josué y Caleb al traer de vuelta esas uvas gigantes de Canaán!», informó Lynn. Para nosotros, esos muebles eran una prenda de nuestra futura herencia de Holmsted Manor.

Pero aun así, a medida que los meses se convertían en años, era difícil explicar la demora a los donantes que habían creído en nosotros para Holmsted Manor, y habían donado con sacrificio para su compra.

Una vez, durante aquellos años, Lynn me recibió en el aeropuerto londinense de Heathrow. Nos sentamos en su coche aparcado y oramos para que Dios nos permitiera hacer algún tipo de disculpa pública y devolver las sesenta

mil libras que había en el banco a los donantes. Pensamos que debíamos habernos equivocado. El Señor no había dicho Holmsted Manor. En su lugar, nos había dado Ifield Hall. De hecho, para entonces Ifield Hall estaba a rebosar con cien miembros del personal y sus familias.

Pero el Señor no nos dejó salir del apuro. Aunque nos aseguró que era lo correcto tener Ifield Hall, nos dio la tranquila confianza de que Su palabra no había cambiado desde cuatro años antes. También tendríamos Holmsted Manor. Podíamos entender fácilmente cómo se sintió José en Egipto, donde fue probado por la Palabra del Señor (Salmo 105:19). Habría sido más fácil simplemente disculparnos y decir que la habíamos arruinado. Finalmente, en el verano de 1975, cuatro años después de que habíamos dado nuestro paseo de oración en el barro por Holmsted y las hectáreas adyacentes, recibimos un mensaje de los propietarios: ¡Aceptarían nuestra oferta original de sesenta mil libras!

Además, durante esos años intermedios se habían añadido los terrenos a ambos lados de la propiedad con forma de guitarra. Ahora, por sesenta mil libras, podíamos conseguir la propiedad que originalmente intentamos comprar, más las tres hectáreas con el campo de fútbol, la

piscina, y las otras tres hectáreas de tierra de cultivo, las partes que habíamos incluido en nuestro pedido de oración cuatro años antes.

Después de mudarnos a Holmsted Manor, tuvimos otra marcha, esta vez una marcha de alabanza con 175 JUCUMeros caminando por el terreno. Habíamos ganado mucho más que una propiedad valiosa para usar en la capacitación de jóvenes misioneros. Habíamos aprendido mucho sobre los caminos de Dios. Él nos mostró que cuando Él habla, aunque las circunstancias digan lo contrario y las cosas salgan mal, Él es quien hace que las cosas sucedan. Sin embargo, no siempre sería tan fácil como comprar conos de helado. Aprendimos, cuando el Señor nos agregó Ifield Hall, que a veces Su palabra no es esto o lo otro, sino esto y aquello también.

Y aprendimos muchas otras cosas, entre ellas el hecho de que nuestro Padre celestial estaba mucho más interesado en nosotros que en nuestras propiedades. Él prefería enseñarnos sus caminos, ver crecer nuestro carácter, y aumentar nuestra fe, que proveer inmediatamente para nuestras necesidades.

Si Dios se preocupa más por nosotros que por el dinero, ¿qué lugar ocupa el dinero para nosotros? ¿Tiene

Dios algo que ver con el dinero, o se ocupa únicamente del ámbito espiritual? En el próximo capítulo veremos cómo se conectan estos dos ámbitos, el espiritual y el material.

CAPÍTULO 4: DIOS Y EL DINERO

Mete la mano en el bolsillo y saca un dólar, si tienes uno. Desdóblalo y míralo. Observa el frente, las imágenes y el grabado. Dale la vuelta y observa las curiosas marcas del dorso. Es papel grabado con una mezcla de tinta negra y verde, un papel de alta calidad con diminutos hilos de rojo y azul. Es solo papel y tinta. El gobierno de los Estados Unidos produce 1.600.000.000 de certificados de plata de un dólar cada año. Otros 5.400 millones de billetes de cinco, diez, veinte, cincuenta y cien se imprimen cada año. Grandes mantos verdes pasan por las prensas y se cortan, se encuadernan cuidadosamente y se envían a los bancos de reserva de todo el país.

Se trata de otra mercancía. Las mismas imprentas podrían imprimir fácilmente pegatinas para los parachoques, pero imprimen papel moneda para permitir que el valor del trabajo o del producto de una persona se convierta en una forma que pueda llevarse en el bolsillo y canjearse por otros bienes y servicios que necesite, incluso desde el otro lado del mundo.

Sin embargo, algo en estos trozos de papel grabado puede destruir un matrimonio o hacer que hombres y

mujeres sacrifiquen el tiempo libre con la familia y los amigos, e incluso la salud, para tener más de ellos. Este inocente papel que tienes en tus manos ha llevado a los jóvenes de los barrios marginales a tentar a sus amigos para que consuman drogas letales. Ha corrompido la justicia de hombres que comenzaron a dar su vida para defender la ley. El ansia de dinero ha llevado a los adultos a hacer cosas indecibles con los niños, a ganar millones en el comercio de pornografía infantil. El deseo de riqueza ha causado incluso guerras. De alguna manera, el dinero tiene la terrible capacidad de hacerse con el control del alma de una persona. El poder del dinero puede traer vida o muerte. Déjame contarte dos historias.

Hace casi veinte años, un hombre del sur de California dio dos mil dólares para que JUCUM comprara una propiedad en Fiji, una nación del Pacífico Sur, no lejos del aeropuerto de Nadi. La propiedad estuvo allí esperando durante años. Finalmente, en 1983, un equipo dirigido por Neville Wilson llegó para ser pionero en la obra permanente en Fiji. En el capítulo anterior contamos parte de la historia de Neville. Comenzaron a construir en la propiedad: un edificio sencillo, muy parecido a los que habitaban sus vecinos en los campos de caña de azúcar. Ese edificio se ha utilizado para numerosos ministerios,

incluido el lanzamiento de una cadena de oración de veinticuatro horas para orar por la evangelización de todas las naciones de la Tierra. Hasta ahora han orado las veinticuatro horas del día desde el 1 de enero de 1989: más de veinticuatro mil horas de oración por lugares como Mongolia, Arabia Saudita y Rusia. Nunca ha habido mucho dinero en la base, pero tienen grandes ambiciones de influir en las naciones. Ocho misioneros fiyianos han ido a naciones como la India. También quieren marcar una diferencia en Fiji, por lo que han creado un preescolar para ayudar a los niños más pobres de la isla: los hijos de los trabajadores de los campos de caña de azúcar, muchos de los cuales son de la India.

En las escuelas primarias indias de Fiji, a los niños que obtienen buenos resultados académicos se les da el honor de sentarse en la parte delantera del aula.

Los que no obtienen buenos resultados tienen que sentarse atrás. Los lugareños dicen que el hijo de un trabajador de los campos de caña nunca ha podido sentarse en la parte delantera del aula. Durante generaciones, han hecho lo peor y se han sentado atrás. Ahora, gracias al preescolar de JUCUM, los hijos de los trabajadores de los campos de caña se sientan adelante. Y

algunos de sus padres se han convertido del hinduismo a la fe en Jesucristo.

Todos estos niños con un nuevo futuro, padres con una nueva fe, jóvenes misioneros enviados después de más de tres años de oración por las naciones, porque un hombre de California invirtió dos mil dólares en la obra de Dios en las islas Fiji. Casi parece como si el dinero hubiera cobrado vida como una semilla plantada que Dios ha hecho crecer.

El dinero no siempre se da con tanta generosidad ni siempre trae vida. También puede traer muerte. Déjenme contarles la segunda historia.

El año pasado, una columna de fuego anaranjado y columnas de humo negro se extendieron por el cielo nocturno de Austin, Texas, cuando los bomberos llegaron a un edificio de apartamentos de dos pisos en llamas. Mientras los camiones de bomberos se detenían con un aullido, la gente vestida con pijamas, ropa interior e incluso sábanas salió corriendo del edificio. Un joven bombero miró horrorizado a una chica evidentemente embarazada que gritaba dentro de una ventana del segundo piso. Entonces, respondiendo a los gritos urgentes en español

de un joven que ya estaba en el suelo, saltó y aterrizó con un ruido sordo y un gemido.

Los bomberos se apresuraron a conectar sus mangueras y avanzar hacia el calor abrasador, pero la experiencia les dijo que era demasiado tarde para salvar el edificio o a cualquier persona atrapada en él. Se trató de un incendio explosivo, probablemente iniciado por queroseno o alguna otra sustancia inflamable.

Desde la planta baja, una mujer y un hombre salieron tambaleándose como antorchas ambulantes. Los paramédicos corrieron a cubrirllos con mantas, sofocando las llamas, tratando de consolarlos y ayudarlos con cuidado a subir a las ambulancias.

«¡No, no, no puedo ir!», gritó la mujer, con el rostro quemado y surcado por las lágrimas. «¡Mi bebé está ahí! ¡Tengo que sacarla!». Pero para entonces su apartamento parecía el interior de un horno. Con tristeza, un joven médico sacudió la cabeza y la instó firmemente a que se dirigiera a la ambulancia.

Ya era casi de mañana cuando encontraron los restos de una niña de quince meses entre las ruinas aún humeantes. Pero antes de encontrar el cuerpo de la bebé,

las autoridades se enteraron de la horrible verdad sobre la causa del incendio.

Un hombre, furioso porque alguien no le había pagado ocho dólares, había disparado una pistola de bengalas a través de una ventana del edificio, lo que provocó que se encendiera una sustancia inflamable. Un edificio se quemó hasta los cimientos, cuarenta y ocho personas se quedaron sin hogar, siete personas fueron hospitalizadas y un bebé murió, todo por una discusión por ocho dólares. ¿Por qué el dinero tiene tanto poder sobre los hombres?

¿Qué piensa Dios del dinero? ¿Lo ve como un mal necesario? ¿No puso Jesús a Dios y al dinero en lugares opuestos cuando nos dijo: «No podéis servir a Dios y al dinero» (Mateo 6:24)?

El dinero no es malo, aunque el amor al dinero sí lo es. Pablo dijo que el amor al dinero es la raíz de todos los males (1 Tim. 6:10). El dinero en sí no tiene nada de malo, pero debido al pecado que hay en el corazón de los hombres, el amor al dinero puede conducir al dolor y a la esclavitud, incluso para los cristianos. El dinero es como un camaleón: adopta el color del corazón de su dueño. Existe el dinero contaminado o «dinero de sangre». Incluso los

principales sacerdotes lo comprendieron y se negaron a devolver el dinero de Judas al tesoro.

Sin embargo, el dinero en sí no es malo. Es solo papel manchado con tinta. El dinero y Dios tampoco están en bandos opuestos. De hecho, Dios usa el dinero como una herramienta práctica para muchas cosas. Usa el dinero o la falta de él para ponernos a prueba, para ver qué hay en nuestro corazón. La forma en que usamos nuestro dinero es un indicador de cuáles son nuestras prioridades.

Cuando una persona gana la lotería estatal, una de las primeras preguntas que le hacen los periodistas es: «¿Qué vas a hacer con el dinero?». Lo que no nos damos cuenta es que Dios nos hace la misma pregunta con cada dólar que pone en nuestras manos. Lo que hacemos con él muestra nuestro carácter. Si somos fieles con nuestro dinero, Jesús dice que también se nos confiarán riquezas espirituales (Lucas 16:11).

Dios también usa el dinero para enseñarnos a confiar en Él. ¿Recuerdas cómo el Señor llevó a Elías a un arroyo donde se escondió por un tiempo durante una hambruna severa? Sin duda, rápidamente adoptó una rutina: sabía cuándo esperar a los cuervos con su desayuno y su cena cada día. Se sentaba junto al fresco arroyo a la sombra de

su orilla. Luego, lenta pero definitivamente, su arroyo se secó.

Dios no le permitió que se sintiera cómodo confiando en ese arroyo, a pesar de que había sido la provisión de Dios para él. Estaba dispuesto a llevar a Elías a otro lugar, así que hizo que el arroyo de Elías se seca.

Cuando nuestro arroyo financiero se seca, estamos listos para escuchar al Señor, quien desea nuestra dependencia voluntaria de Él. Su único objetivo es enseñarnos y acercarnos a Él. Con mucha facilidad nos movemos hacia un grado mayor de independencia del que Dios considera mejor.

Debemos darnos cuenta de que la falta de dinero es tan indudablemente de Dios como la provisión de dinero. Hace poco, mientras estaba de viaje por algunos países en desarrollo, nuestro «arroyo» personal pareció secarse por un tiempo.

Darlene estaba en su casa en Hawái y no se le había ocurrido pensar en lo escaso que se había vuelto nuestro flujo financiero. Entonces, un día, no había dinero en el banco. No había nada en ningún bolso. Y, sin embargo, ella había planeado salir a comer con algunos amigos. Terminó revolviendo todos los cajones de la casa,

buscando monedas perdidas; no muchas, solo las suficientes para al menos pagar su propia comida en el restaurante.

«El Señor captó mi atención», me dijo Dar más tarde. «Así que le pregunté por qué no teníamos dinero». Mientras Dar calmaba su corazón y escuchaba, el Señor le dijo: Ha pasado algún tiempo desde que confiabas en mí para las pequeñas necesidades diarias, como la pasta de dientes. Miles de jóvenes en JUCUM pasan por esto todos los días. Solo quería recordarte que tus necesidades y las de ellos están siendo satisfechas por Mí.

He oído hablar de arroyos que se han secado en otras personas, algunos de forma mucho más drástica que en esta situación temporal nuestra. Un hombre abrió su corazón y contó cómo él y su esposa habían compartido las necesidades de su ministerio en las iglesias durante un año y, sin embargo, no habían recibido ni un solo compromiso de apoyo. Ni un solo dólar. Pensé que podía discernir algunas de las razones de esto, pero le correspondía a él insistir y obtener comprensión de Dios.

Sin embargo, yo sabía una cosa: una carencia tan dramática también era un milagro. Era un milagro tanto como una liberación repentina y abundante de recursos

económicos. Que una pareja tan agradable y honorable compartiera su necesidad durante un año sin que ninguna persona o iglesia les diera nada, eso era un milagro.

Cuando el arroyo se seca, necesitamos preguntarle a Dios cómo seguir adelante, como lo hizo Elías.

Como el dinero es importante en nuestra vida, la Palabra de Dios le dedica mucho espacio. De hecho, hay 3.225 referencias a asuntos financieros en la Biblia. No tenemos por qué preguntarnos qué piensa Dios acerca del dinero y su uso cuando escudriñamos las Escrituras. En un capítulo posterior, veremos lo que la Biblia tiene que decir acerca de algunas de estas importantes áreas. Con estos fundamentos, podemos seguir adelante y hacer todo lo que Dios nos guíe a hacer con total libertad.

Muchos planes para hacerse rico prometen libertad financiera. Dios también promete libertad financiera, pero su libertad es muy diferente de las promesas vacías de los corredores y vendedores. Él promete que conoceremos la verdad y que la verdad nos hará libres. Y eso incluye aprender la verdad sobre el dinero. Podemos ser verdaderamente libres.

Pero primero, debemos aprender algunas cosas acerca de nuestro adversario y el dinero. Dios no es el

único que se preocupa por el dinero. Nuestro enemigo, Satanás, también tiene una gran participación en las finanzas, actuando tanto a gran escala internacional como personalmente, en contra de nosotros como individuos.

CAPÍTULO 5: EL REY DE WALL STREET

Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en ruina y destrucción. Porque raíz de todos los males es el amor al dinero (1 Tim. 6:9-10).

Era el año 1851. California había sido un estado durante poco más de un año. Pero algo brillante y de color amarillo se había descubierto en los prístinos ríos del norte. Algo que atrapó a los hombres y los cambió. ¡Oro!

Un hombre llamado coronel Reddick McKee fue enviado para encabezar uno de los tres grupos de exploración designados por la Oficina de Asuntos Indígenas. Su grupo siguió su camino hacia el norte por el río Klamath hasta el valle Scott, el hogar de los indios Shasta. Fueron recibidos calurosamente por estos nativos americanos, que también habían sido amables con los pocos mineros que ya habían llegado. A diferencia de las tribus más guerreras, los Shasta eran gentiles y amistosos, sencillos y confiados.

El coronel McKee convocó una reunión con los Shasta para elaborar un tratado, algún tipo de acuerdo que les

permitiera conservar sus derechos a medida que llegaran más hombres blancos, un flujo que sin duda aumentaría, como McKee y el gobierno sabían, debido al descubrimiento de oro. Tres mil guerreros Shasta respondieron a su llamado a una reunión y acamparon cerca de Fort Jones.

Finalmente, las negociaciones se completaron y trece jefes Shasta firmaron el tratado, junto con el coronel McKee y otros testigos. «¡Y ahora, nos gustaría que ustedes fueran nuestros invitados a un banquete gigante!», anunció el coronel McKee a través de un intérprete a la multitud de indios. «¡Lo llamamos barbacoa! Queremos invitarlos a una gran comida y sellar nuestra amistad».

Algunos de los indios no acudieron a la barbacoa. No confiaban en el coronel McKee y los hombres blancos. Pero la mayoría sí acudió ese día. Miles de indios desfilaron ante las largas mesas, recibiendo platos llenos de carne recién cortada y pequeñas hogazas de pan. Se sentaron bajo el sol otoñal en pequeños grupos y comenzaron a comer. Sólo unos pocos notaron que sus anfitriones, los hombres blancos, no comían nada. Tampoco lo hicieron algunas mujeres indias, las que estaban casadas con mineros.

Al día siguiente, un médico que viajaba en diligencia por el valle de Scott vio unas formas extrañas al costado del camino. El conductor se detuvo y el médico se apeó rápidamente, dándose cuenta con un terror enfermizo de que los montones arrugados eran cadáveres. Pero nada en su vida lo había preparado para lo que vio cuando miró hacia el camino. Cientos de indios muertos yacían a lo largo del camino, sus cuerpos aún retorcidos por alguna agonía. Al principio, el médico temió que pudieran haber muerto de algún tipo de plaga. Pero habían muerto de camino a casa después de la barbacoa, víctimas de la carne y el pan mezclados con estricnina. Antes de que terminara el día, el médico y otros encontraron más de tres mil muertos. Uno de los pocos indios que sobrevivió, Tyee Jim, ayudó a enterrar los cuerpos. Se informó en Alta News, de Alta, California, con fecha del 5 de noviembre de 1851. Nunca se llevó a cabo una investigación oficial de la masacre. Los apacibles indios Shasta ya no existían. Después de todo, era mucho más sencillo que preocuparse por tratados y derechos sobre la tierra en los días de la fiebre del oro en California.

Por horrible que haya sido la masacre de los indios Shasta, sólo representa una pequeña parte del mal que ha engendrado Satanás desde el principio de los tiempos. El

mal que a menudo está ligado al deseo de riqueza. Si no tenemos cuidado, podemos hacer caso omiso de un pasaje bíblico que hemos oído muchas veces: el versículo que dice que el amor al dinero es la raíz de toda clase de males.

Ezequiel 28:12-19 nos ofrece una visión fascinante del pasado antes de que Lucifer se rebelara y se convirtiera en Satanás. Observe cómo el deseo de riquezas estuvo involucrado de alguna manera en su rebelión. Además, note la opulencia descrita:

Hijo de hombre, entona endechas sobre el rey de Tiro y dile: «Así dice el Señor Dios: "Tú tenías el sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado de hermosura. Estabas en Edén, en el jardín de Dios; toda piedra preciosa era tu vestidura: rubí, topacio, diamante, berilo, ónix, jaspe, zafiro, turquesa y esmeralda; y el oro, la hechura de tus engastes y de tus bases, estaba en ti. El día de tu creación, estaban preparadas. Tú eras el querubín ungido que cubre, y yo te puse allí. Estabas en el santo monte de Dios, te paseabas entre piedras de fuego. Eras perfecto en todos tus caminos desde el día de tu creación hasta que se halló en ti la maldad. A causa de la abundancia de tu comercio, te llenaste de violencia por dentro y pecaste; por eso te arrojé del monte de Dios como a un profano. «Yo te

arrojé por tierra, te puse delante de los reyes para que te vieran. Por la multitud de tus maldades, por la injusticia de tus negocios, profanaste tus santuarios. Por eso yo saqué fuego de en medio de ti, y te consumió; te convertí en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te ven. Todos los que te conocen entre los pueblos se maravillaron de ti; te quedaste aterrado, y ya no existirás».

La Biblia nos dice lo que necesitamos saber, pero no siempre nos lo dice todo. No se nos dice cómo Lucifer empezó a comerciar ni con quién comerciaba, pero tenía una especie de función supervisora sobre las riquezas. Este pasaje lo llama «el rey de Tiro».

Evidentemente, al profeta Ezequiel se le dio una profecía con una doble referencia. Una parte se refería al verdadero rey de Tiro, un líder humano de la principal nación comercial de aquel tiempo. Pero otra parte del pasaje se refería a Lucifer. No se podía decir que ningún rey humano estuviera «en el Edén», ni que fuera un «querubín ungido» en el «santo monte de Dios». Estas referencias en Ezequiel 28 pertenecen claramente a aquel que llegó a ser conocido como Satanás.

¿Cómo describiríamos hoy este papel de Satanás? No lo llamaríamos el Rey de Tiro, sino probablemente el Rey

de Wall Street. Satanás está tratando de controlar el comercio de toda la Tierra. Controla a la gente a través de su codicia por el dinero. Mediante el comercio injusto, intenta controlar no sólo los negocios, sino también la ciencia, la tecnología, y la atención médica; la política y el gobierno; los medios de comunicación; las artes, el entretenimiento y los deportes; la educación; e incluso las iglesias y las familias.

Satanás utiliza estas tácticas para esclavizar a los hombres económicamente: la codicia, el ansia de poder, el orgullo y el miedo, especialmente el miedo a la inseguridad financiera. Cuando pensamos en la codicia, podemos pensar en un hombre rico y avaro. Un avaro como Scrooge, sentado sobre montones de dinero, pasando los dedos por sus monedas y billetes. Sin embargo, la codicia es más frecuente entre los pobres y los no tan ricos. Los más consumidos por el ansia de poseer son los que menos tienen. La codicia lleva a los padres en la India a romper las piernas de sus bebés para poder usarlos como mendigos, lo que provoca más compasión como lisiados. En Estados Unidos, los niños de los barrios marginales matan a otros jóvenes solo para obtener sus costosas zapatillas deportivas.

Por otra parte, quienes controlan la riqueza se ven más tentados por el deseo de poder sobre los demás. Utilizan su riqueza para manipular a los pobres a través de la codicia de los pobres. Recientemente, el dueño de una zapatería en Connecticut se declaró en quiebra. Dijo que fue a causa de un cartel que había colocado en su escaparate, en el que les decía a los traficantes de drogas que no quería que hicieran negocios con ellos en su tienda. Varios meses antes, se habían puesto en contacto con él unos representantes del fabricante de una de las líneas más populares de calzado deportivo. Le dijeron que estaban abriendo varias tiendas nuevas en su ciudad. Cuando se quejó de que no habría suficiente demanda en esa zona, los representantes le dijeron: «Consiga nuevos clientes. Vaya a por los traficantes de drogas. Ellos comprarán nuestros zapatos más caros».

Sin embargo, el hombre se negó a hacerlo y se declaró en quiebra. El periodista que entrevistó al comerciante le preguntó cómo podía saber quiénes eran los clientes de la droga. El comerciante respondió: «Cuando un joven de entre 19 y 20 años llega en un coche deportivo caro, sale con cadenas de oro que valen miles de dólares, se pasea por tu tienda señalando tus zapatos más caros, paga con

billetes de cien dólares y no se molesta en esperar el cambio... te haces una idea de dónde ha sacado el dinero».

Pero ¿quiénes son los hombres que están detrás de esta codicia? ¿Y qué buscan? Uno sólo puede tener una cierta cantidad de pares de zapatos, una cierta cantidad de televisores y videogramadoras, una cierta cantidad de automóviles y casas. Luego se convierte en la luxuria del juego en sí, el poder sobre los demás que otorga el dinero.

El orgullo es otra forma en que Satanás gobierna a las personas y sus finanzas. ¿Ha escuchado alguna vez un anuncio de venta que le prometía «el orgullo de ser propietario»? Un anuncio de televisión presenta un automóvil de lujo, con un narrador de voz suave que ronronea: «¿Qué alimentará su espíritu?». Un llamamiento tan descarado al orgullo nos recuerda a Satanás, el rey de Tiro, cuyo corazón se enalteció y se corrompió mientras se gloría de su esplendor.

El Rey de Tiro también controla a las personas a través de su temor a la inseguridad financiera. Existe el temor de no tener suficiente dinero, el temor de perder el control, y el temor de perder el poder adquisitivo. Si el temor nos impide obedecer a Dios en todo lo que Él nos dice que

hagamos, entonces somos vulnerables a la manipulación del Rey de Tiro.

Por ejemplo, el rey del comercio ilícito puede incitar a un dictador a invadir otro país y acaparar el veinticinco por ciento del suministro mundial de petróleo. Esto infunde miedo en los corazones del mundo empresarial, desde Tokio hasta Nueva York y Frankfurt. El precio del petróleo se dispara, aunque todavía hay abundante oferta. Los inversores empiezan a perder la confianza. Los tipos de interés de los nuevos préstamos suben. La gente deja de comprar. El flujo de dinero se ralentiza o incluso se detiene. Comienza una recesión o una depresión, todo debido al miedo que envenena la atmósfera. El miedo por sí solo puede sumir a las economías nacionales en la confusión y el pánico, lo que da como resultado que millones de personas pierdan sus puestos de trabajo.

Satanás, por tanto, gobierna a las personas a través del área de las finanzas, utilizando la codicia, el deseo de poder, el orgullo y el miedo.

¿Qué debemos hacer al respecto? ¿Debemos mantenernos alejados de los distritos financieros del mundo, manteniendo nuestra mente en cosas más celestiales? ¿Debemos abandonar el comercio mundial al

enemigo? No creo que esta sea la voluntad de Dios de ninguna manera, como tampoco lo es Su voluntad que abandonemos las escuelas, las oficinas de gobierno, o los lugares de influencia en las artes, los medios de comunicación, el entretenimiento y los deportes. Éstos son precisamente los ámbitos en los que debemos entrar. Mediante la oración y tomando cualquier acción justa que el Espíritu Santo nos guíe a tomar, servimos al Reino y a la causa de Jesús. Jesús vino a redimir la tierra, individuo por individuo, e institución por institución. Y no debemos temer al Rey de Tiro, mientras no tenga influencia ni mecanismo mediante el cual pueda controlarnos. Jesús le dijo a Satanás: «Nada tienes en mí» (Juan 14:30).

Las finanzas del mundo funcionan a base de comprar y vender, de oferta y demanda. Esta demanda a menudo no se basa en una necesidad real, sino en la codicia, la lujuria, el orgullo y los temores de los hombres. Sin embargo, el Reino de Dios es radicalmente diferente y más poderoso. El Reino funciona a base de dar y recibir. Las personas que escuchan al Espíritu Santo, obedecen al Señor, y dan libremente, están disminuyendo el poder del Rey de Tiro. Esta clase de donación sacude el control de Satanás sobre la tierra. Rompemos el estancamiento de la codicia con la generosidad guiada por el Espíritu.

Contrarrestamos el espíritu de manipulación y control teniendo un corazón de siervo. Enfrentamos el orgullo con humildad y dignidad serena. Y nos oponemos al temor con el amor perfecto de Dios, así como la luz hace retroceder a la oscuridad.

Cuando Juan el Bautista vino predicando antes de la venida del Mesías, le dijo a su audiencia que se arrepintiera, diciendo que el hacha estaba siendo puesta a la raíz de los árboles, y que todo árbol que no fuera bueno sería cortado. Cuando respondieron y preguntaron qué debían hacer para arrepentirse, Juan relacionó la generosidad con lo que acababa de decir acerca de poner el hacha a la raíz de los árboles. «El que tiene dos túnicas, que dé al que no tiene», dijo, «y el que tiene qué comer, que haga lo mismo». A los recaudadores de impuestos les dijo: «No exijáis más de lo que debéis», y a los soldados: «No extorsionéis y... contentaos con vuestro salario» (Lucas 3:11-14). Casi todos los actos específicos de arrepentimiento se centraron en el dinero.

La generosidad, entonces, estaba ligada al arrepentimiento y al corte de las raíces de los árboles malvados.

Hemos visto esto en la práctica. Cuando iniciamos las negociaciones sobre la propiedad para nuestro campus de la Universidad de las Naciones en Kona, Hawái, nos vimos obligados a contrarrestar la avaricia con la generosidad. La historia se cuenta en detalle en mi libro *Making Jesus Lord* (*Hacer de Jesús el Señor*).

La Hermandad Evangélica de María tuvo una experiencia similar. La Madre Basilea Schlink es la fundadora de este ministerio, que comenzó en Alemania en los días oscuros posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Las Hermanas de María mantienen comunidades religiosas que enfatizan una vida de adoración, confiando en el Señor para sus necesidades diarias. Con un puñado de monjas protestantes, en su mayoría jóvenes, compraron su primera propiedad en Darmstadt. Las mujeres aprendieron a construir por sí mismas. Confían en Dios para obtener los ingresos necesarios para construir gradualmente: primero una capilla, luego otros edificios para un centro de retiro para visitantes de todas las denominaciones que vienen a buscar al Señor.

Sin embargo, había un pequeño terreno de forma extraña justo al lado de su propiedad. Las hermanas se convencieron en oración de que esa propiedad debía

comprarse para un Taller de Jesús. Pudieron conseguir todos los terrenos necesarios, excepto este.

Pertenecía a una mujer mayor que se negaba a venderla o cambiarla por otra propiedad. La anciana sostenía que en ninguna circunstancia se debía renunciar a lo que se había heredado de los padres.

En cierta ocasión, la hermana Eulalia fue a la casa de la anciana con la esperanza de convencerla. La mujer no estaba en casa, pero sí un sobrino nieto.

Condujo a la monja hasta la habitación de su tía abuela. Con solo una mirada, se dio cuenta de que aquella mujer nunca se desprendería de nada mientras viviera. La habitación estaba llena de muebles, más de los que una sola persona podría utilizar o incluso mantener. En aquella habitación había muebles suficientes para amueblar una casa entera. La mayor parte estaban en ruinas. Entonces el sobrino nieto le mostró al visitante la escalera que su tía abuela usaba para subir a la cama. Su cama era una pila de colchones heredados de sus antepasados, uno encima del otro. Evidentemente, aquella mujer nunca había renunciado a ninguno de los objetos que había heredado.

Cuando la hermana Eulalia trajo su informe, las Hermanas de María decidieron que cualquier persona tan

atada a las cosas de este mundo sólo podía ser liberada mediante una oración sincera y continua. Había mucho más en juego que un terreno para construir una casa de culto. Un alma estaba en esclavitud. Decidieron ayunar, recordando que Jesús dijo: «Pero este género no sale sino con oración y ayuno» (Mt 17:21). Además de renunciar a la comida, también hubo un ayuno de otro tipo, renunciando a algo mucho más relacionado con la esclavitud de la anciana.

Las Hermanas de María ya vivían de manera muy sencilla. No tenían mucho dinero y apenas poseían posesiones personales. Pero cada hermana buscaba al Señor, pidiéndole que le mostrara si había en ella un espíritu de acaparamiento, un apego a algo que fuera mayor que su apego a Jesús.

Para una era una pequeña cruz de madera; para otra, una bonita postal. El valor monetario no era importante, pero sí la actitud de aferrarse a ella. Después de su «semana de rendición», un emisario de la hermandad visitó una vez más a la anciana vecina.

No podía creer lo que oía cuando la mujer dijo: «No estoy tan triste por el terreno, pero lo que pasa es que me duele perder los ciruelos». Estaba diciendo que estaba

dispuesta a venderles ese pedazo de propiedad, pero que iba a extrañar los ciruelos que había allí. Dios había hecho un milagro.

Redactaron un contrato para la compra de la tierra, en el que se estipulaba que todo lo que había en los árboles pasaría a manos de la anciana. Y, a partir de entonces, todos los años, hasta que ella murió, le enviaban todas las ciruelas.

Satanás está controlando la riqueza que por derecho pertenece a Dios. Nuestra guerra más poderosa contra él vendrá cuando nos rendamos al Señor y le obedezcamos en detalle. Es la obediencia, no el sacrificio, lo que el Señor quiere (1 Sam. 15:22). A menudo nuestra obediencia significará dar con sacrificio. Pero no es el sacrificio lo que derrota al enemigo; es la obediencia a Dios. No es sabio simplemente vaciarse los bolsillos. Leí acerca de una pobre viuda que se sorprendió al enterarse de los gastos extravagantes de un ministerio al que había dado dinero. «¡Y pensar que no comí nada más que palomitas de maíz durante una semana, para enviarle a ese ministro mi dinero para comida!»

Incluso si sólo donas a ministerios que tienen buena reputación y te aseguras de que no desperdicien tu

donativo, no puedes dárselo a todo el mundo. Dios no le está diciendo a todo el mundo que dé todo lo que tiene o que trate de satisfacer todas sus necesidades. Lo que Él quiere es que obedezcamos sus indicaciones. Y si ocasionalmente te dice que des todo, entonces Él proveerá milagrosamente para tus necesidades.

La obediencia al dar es un acto de guerra espiritual. Por ejemplo, si una persona en Chicago responde con generosidad, dando su dinero para ayudar con un proyecto misionero al otro lado del mundo, las fuerzas de Satanás son rechazadas de nuevo en Chicago. La cantidad no es importante, sino la actitud. Cualquier cantidad, incluso la ofrenda de una viuda, dada desinteresadamente y en obediencia, golpea a los poderes de las tinieblas hasta el mismo Lucifer. Dar desinteresadamente significa que el regalo no ayudará al dador de ninguna manera. No se da para que él o ella pueda tener un banco más cómodo o un vecindario más seguro. Se da, y sólo Dios puede devolver la bendición a ese dador. Este tipo de dádiva sacude a Satanás, aflojando su control en el país que recibe el regalo, pero aún más en el país del dador.

Por eso es necesario enseñar a los cristianos de Asia, África y América Latina a dar a las misiones, a los pobres, y

a los necesitados de otros países. Si no enseñamos a las naciones en desarrollo el poder de dar, los pobres seguirán siendo pobres.

Esto es lo que hace que la Navidad sea tan especial, incluso para aquellos que no entienden nada de Dios ni de Su Hijo cuyo cumpleaños celebramos.

La Navidad, a pesar de todo el comercialismo y demás adornos, sigue siendo una época de dar y de generosidad. Y algo sucede debido a toda esa generosidad: la economía se ve bendecida al menos durante los cinco meses siguientes de cada año.

Dar con sacrificio, hasta el punto de confiar en que Dios satisfará tus necesidades, también hace retroceder a Satanás en el área del temor. Tu fe en Dios mientras lo escuchas, haces lo que Él te dice que hagas, y luego esperas con simple confianza que Él te provea, contrarresta directamente la manipulación del Rey de Tiro a través del temor. Enfrenta el temor a la inseguridad financiera y deposita tu confianza directamente en Dios. Aprenderás por experiencia lo fiel que es Él.

Tuve un ejemplo curioso de cómo aprendí a renunciar a mi poder adquisitivo en un área en particular durante tres años. Dios satisfizo mis necesidades directamente. En este

caso, fue mi necesidad de ropa. Jesús prometió que nuestro Padre celestial, que viste los lirios de los campos, sin duda nos dará ropa bonita y adecuada.

Durante los primeros años de nuestra misión, una mujer se me acercó después de mi mensaje en su iglesia y se ofreció a comprarme un traje. Me imaginé que me firmaría un cheque o que nos encontraríamos con Darlene y conmigo en un centro comercial, donde podría elegir un traje. Pero resultó que era una costurera en la sección de ropa masculina de una tienda departamental Sears. Después de tomarme las medidas, buscó una buena oferta, compró el traje con su descuento, lo arregló para que me quedara bien, y me lo envió por correo.

Fue una provisión maravillosa porque, como orador, necesitaba un buen traje de vez en cuando. Durante los siguientes tres años, ella me envió tres o cuatro buenos trajes. Pero, si bien esto satisfacía una necesidad definida, y siempre eran trajes buenos y prácticos, descubrí que también era una prueba «a medida» de Dios para mi orgullo. Nunca pude elegir los trajes. Fue una pequeña lección, pero muy personal entre Dios y yo. Él me estaba mostrando que debía renunciar a ese pequeño derecho, esa área de elección, a Él. Él suplió adecuadamente mis

necesidades, y me enseñó Su fidelidad para satisfacerlas. Fue solo por un tiempo, solo tres años. Pero aprendí que Dios se ocuparía de esta necesidad más básica cuando yo renunciara a mis derechos.

Lo que más teme el rey de Tiro es que la gente renuncie a sus derechos y ponga su confianza en Dios. Satanás no tiene nada que retener sobre nosotros si nos hemos arrepentido de la codicia y si estamos continuamente respondiendo con generosidad y dando libremente sin condiciones. ¿Qué puede hacer si nos hemos alejado del orgullo, nos hemos humillado y nos hemos entregado al cuidado de Dios sin temor? ¿Qué puede hacer Satanás? ¿Qué poder puede tener sobre nosotros, nuestras finanzas, nuestras decisiones profesionales, o nuestras empresas comerciales? No quedará nada de su poder. Como se predijo en Ezequiel 28, será convertido en cenizas en la tierra a los ojos de todos. Casi se puede oír la risa incrédula de los hombres en Isaías 14:16, que predice un día futuro en el que todos vean a Satanás como lo que realmente es: «¿Es éste el hombre que sacudía la tierra e hacía temblar los reinos?» No tenemos que esperar a ese día para ver a Satanás como lo que realmente es. Podemos verlo ahora al ver a Dios tal como es y sentirnos impresionados por Él. En obediencia a

Su dirección, podemos despojar al Rey de Tiro de su influencia sobre individuos, comunidades, instituciones y naciones.

CAPÍTULO 6: CÓMO EVITAR ESTRELLARSE

«Cleveland Center, aquí 346 Alpha Charley. Estoy a diez mil quinientos pies. Estoy en las nubes... sin capacidad para instrumentos. Me gustaría tener vectores de radar. Fuera de servicio.»

-«Seis Alpha Charley, Cleveland. Recibido. Entiendo que no tiene habilitación para instrumentos. Configure el código de transpondedor 4582 para identificación por radar. ¿Cuál es su rumbo ahora, señor?»

«El Alfa Seis Charley se dirige a 250 grados. Repite el código. Es difícil. Me estoy desorientando... ¡No puedo ver el suelo!»

-«Seis Alpha Charley, Cleveland. Fije el código 4582. Concéntrese en su indicador de actitud, señor. Mantenga las alas niveladas y reduzca la potencia para iniciar un descenso lento. Tenemos contacto con usted por radar.»

«Estoy perdiendo el control... lo estoy perdiendo... girando... ¡voy a girar!... Estoy girando... hacia dónde. Ayuda, ayuda.»

-«Alpha Seis Charley, suelte los controles, señor. Mire su indicador de altitud. Timón opuesto, timón opuesto...»

«¡Ayuda! ¡Ayuda! No puedo parar...».

-«Seis Alfa Charley, Seis Alfa Charley, ¿me lees?»
(Silencio)

-«Se perdió el contacto por radar.»

Lo anterior se basó en la conversación grabada entre una torre de control y un pequeño avión que se estrelló, matando al piloto. La investigación de este accidente reveló que no había ningún problema con los instrumentos de vuelo del N346 Alpha Charley. El piloto, que no estaba entrenado para volar sin referencias visuales externas, se desorientó y perdió el control de su avión. Su panel de instrumentos contenía toda la información que necesitaba para completar su vuelo de manera segura. ¿Qué le faltaba? El entrenamiento y la disciplina para ignorar lo que le decían sus instintos y volar solo con referencia a una fuente externa de información, sus instrumentos. ¿Qué camino tomar? La realidad que percibía como verdadera era falsa.

Sus sentidos lo traicionaron y eso le costó la vida.

Para aprender a vivir por fe en el área de las finanzas, debemos confiar en una fuente externa de información, no sólo en nuestra propia percepción de las circunstancias. Es como volar un avión con instrumentos. El panorama que tenemos por delante a veces es turbio y sombrío, pero podemos mantenernos en el camino correcto con la información correcta. Esa fuente de información externa es la Palabra de Dios.

La Palabra escrita de Dios nos da muchos principios para guiar nuestras finanzas. Me gustaría centrarme en los más básicos. Estas verdades son fundamentales, ya sea que tengas un trabajo de 9 a 5 o que te estés embarcando en misiones pioneras.

PRINCIPIO #1: NO TE PREOCUPES POR EL DINERO

Uno de los principales mandamientos de la Biblia es el de no preocuparse. Es tan claro como el de no robar o no cometer adulterio. Las palabras «no temas» o frases similares aparecen aproximadamente cien veces en las Escrituras.

En su Sermón del Monte, Jesús nos dijo específicamente que no nos preocupáramos por el dinero.

Lo que se nos dijo y lo que no se nos dijo de lo que Jesús dijo e hizo fue divinamente dirigido. Por lo tanto, es significativo que se le haya dado tanto espacio a este único mandamiento en el Sermón del Monte. Pensemos en todos los males del mundo sobre los que Jesús podría habernos advertido. Podría haber llamado nuestra atención sobre las faltas y los errores comunes de los hombres o sobre la cantidad de sufrimiento que hay en el mundo, pero se concentró en nuestra preocupación y ansiedad por el dinero.

Quizás estés atravesando una crisis financiera en este momento. Escucha las palabras de Jesús como si nunca las hubieras oído antes:

Así que mi consejo es: No se preocupen por las cosas, la comida, la bebida y la ropa. Porque ya tienen vida y un cuerpo, y eso es mucho más importante que qué comer y vestir. ¡Miren a los pájaros! Ellos no se preocupan por qué comer; no necesitan sembrar ni cosechar ni almacenar alimentos, porque su Padre celestial los alimenta. Y ustedes son mucho más valiosos para él que ellos. ¿Todas sus preocupaciones añadirán un solo momento a su vida? ¿Y por qué preocuparse por su ropa? ¡Miren los lirios del campo! Ellos no se preocupan por la suya. Sin embargo, el

rey Salomón en toda su gloria no estaba vestido tan hermosamente como ellos. Y si Dios se preocupa tan maravillosamente por las flores que hoy están aquí y mañana se van, ¿no se preocupará más seguramente por ustedes, hombres de poca fe? Así que no se preocupen en absoluto por tener suficiente comida y ropa. ¿Por qué ser como los paganos? Porque ellos se enorgullecen de todas estas cosas y están profundamente preocupados por ellas. Pero vuestro Padre celestial ya sabe perfectamente que tenéis necesidad de ellas, y os las concederá si le dais el primer lugar en vuestra vida y vivís como él quiere. Así que no os preocupéis por el día de mañana. Dios cuidará de vosotros también mañana. Vivid un día a la vez (Mateo 6:25-34).

No podría ser más claro que eso. Una persona lo expresó sucintamente: «La preocupación es fe en el diablo». Lea el Salmo 3:7. Su mensaje clave es no preocuparse por las finanzas. ¡Tres veces este salmo dice: «No te aflijas»! También dice en el versículo 8 que la preocupación conduce al mal.

Ya sea que sus preocupaciones financieras sean el resultado de algo que está fuera de su control, como la economía o los despidos, o el resultado de algo que usted

hizo, como el uso excesivo de las tarjetas de crédito, el mandato bíblico sigue vigente. No se preocupe por el dinero. Dios le mostrará qué pasos tomar para superar su atolladero financiero. También puede ser necesario que busque asesoramiento financiero y tome medidas de arrepentimiento y restitución si sus problemas de dinero se deben al abuso financiero o a la falta de sabiduría. Pero no debe preocuparse. Preocuparse solo dará como resultado actitudes y acciones incorrectas.

Elegir no preocuparse requerirá tanta fuerza de voluntad como la que necesitaría un piloto para confiar en su panel de instrumentos en lugar de en sus propios sentidos mientras vuela en medio de la niebla. Una mujer que eligió no preocuparse por el dinero fue Lillian Trasher.

Lillian Trasher fue a Egipto a principios del siglo XX, simplemente por la palabra del Señor, sin la aprobación formal ni el respaldo financiero de ninguna junta misionera. Allí, el corazón de esta joven soltera se sintió cautivado por las necesidades de miles de huérfanos y niños abandonados. No había forma de que pudiera hacer nada para ayudarlos, porque no tenía una fuente segura de ingresos para ella misma, y mucho menos para sus hijos

dependientes. Pero estaba convencida de que Dios le estaba diciendo que hiciera algo.

En 1911 empezó a acoger niños, y pronto se hizo cargo de entre mil quinientos y dos mil niños y viudas. Durante cincuenta y un años, incluidos los difíciles de la Segunda Guerra Mundial, dependió de Dios y de la generosidad de su pueblo, ya fuera para alimentar a los huérfanos o para construir más edificios. La noticia de su obra se difundió y mucha gente envió ayuda, pero su estilo de vida básico siguió siendo el de depender diariamente de Dios y de no preocuparse. Escribió un libro sobre una experiencia muy típica.

«Un día fui a visitar a una amiga egipcia que estaba enferma. Pasé el día con ella y me preguntó cuántos niños tenía [en el orfanato]. Se lo dije y ella me preguntó cuánto dinero tenía. Le dije que tenía menos de 5 dólares y que había pedido prestados 2,5 dólares a una de mis amigas.»

La amiga de Lillian se alarmó. Al saber que el orfanato estaba a punto de construir un nuevo edificio, preguntó: «Por supuesto, no se empieza a construir un edificio hasta que se tiene algo de dinero extra a mano». Lillian dijo: «Oh, no esperamos a tener dinero. Cuando estamos completamente seguros de que necesitamos un nuevo

edificio, empezamos con sólo cincuenta centavos. Cuando el edificio está terminado, también está pagado».

Lillian trató de tranquilizar a su amiga contándole cómo había funcionado en el pasado. Le contó que recientemente habían construido un dormitorio de dos pisos para chicas, y que no debían ni un centavo por él. Después de varias historias similares, la mujer respondió: «Bueno, Lillian, si no supiera que es verdad, ¡diría que todo es mentira!».

Lillian escribió: «Cuando me fui esa noche, su esposo me dio 25 dólares. A la mañana siguiente llegaron 5,5 dólares de Estados Unidos. Pagué parte de los 2,50 dólares que debía.

«La tarde siguiente fui a la guardería. Cuando miré las camas de los bebés, vi que necesitaban urgentemente unas láminas de goma. Las suyas estaban bastante gastadas. Le dije a una de nuestras maestras: «¡Oh, si tuviera unos diez dólares ahora!». Mientras estaba hablando, una de las niñas llamó y dijo: «Mamá, la señora D. quiere hablar contigo por teléfono». La señora D. era una viuda egipcia muy rica.

«La mujer me dijo que le gustaría visitar el orfanato y, al poco rato, llegaron dos coches. Uno de ellos estaba lleno

de naranjas para los niños, y ella les dio una a cada uno de ellos cuando pasaron por la fila. Cuando se fueron, me entregó 150 dólares.»

Lillian fue directamente a la tienda y compró láminas de goma nuevas para las camas de los bebés, luego utilizó el resto para pagar su deuda de \$250. Al día siguiente, llegaron \$500 de un donante de Estados Unidos, una contribución saludable para el proyecto de construcción en curso. Llamó a su amiga preocupada y le contó lo que Dios había hecho en unos pocos días.

«¡Oh, gracias a Dios!», respondió la mujer. «¡Apenas he podido dormir por las noches, preocupada por ti y todos esos niños!».

La mujer egipcia había perdido el sueño, pero Lillian no. Ella había decidido no preocuparse, sabiendo que Dios proveería.

PRINCIPIO #2: ESTABLECER PRIORIDADES CORRECTAS

Debemos buscar primero el Reino de Dios y su justicia. Lo que ocupa el primer lugar en nuestras mentes consumirá la mayor parte de nuestras energías y tiempo. Será la base para tomar decisiones y será lo que más nos

entusiasme. Si somos honestos, admitiremos que el dinero a veces se ha convertido en nuestra prioridad número uno, no Dios y su Reino.

Si el Señor está en el lugar que le corresponde en nuestro corazón, no nos impresionará el dinero. Tanto si lo tenemos como si no, nuestros ojos seguirán puestos en el Señor y no en nuestros libros de contabilidad. A menudo, el grado de preocupación que mostramos por el dinero revela dónde hemos colocado nuestras prioridades.

PRINCIPIO #3: SER DILIGENTE Y RESPONSABLE

Sin embargo, buscar primero el Reino de Dios no significa que debamos ser irresponsables financieramente. Se nos dice que estemos seguros y conozcamos la condición de nuestros rebaños (Prov. 27:2-3) y que los diligentes gobernarán (Prov. 12:24). Cada persona debe ser productiva y ocuparse de sus propias necesidades (1 Tes. 4:11-12, 2 Tes. 3:10).

Recuerde el cuarto de los Diez Mandamientos. A menudo nos centramos en un solo aspecto de él, el respeto al sábado. Pero no olvide la otra mitad de ese mandamiento: «Trabajará seis días».

Algunos piensan que el trabajo es una maldición y que estaríamos mejor si no tuviéramos que trabajar. Yo no lo creo. Cuando Dios le dijo a Adán que tendría que trabajar para cultivar el grano para su pan, no fue del todo una maldición. El deseo de ser productivo está arraigado en lo más profundo de cada uno de nosotros. La ociosidad es la verdadera maldición. Por eso tantas personas mayores sanas que se ven obligadas a jubilarse mueren rápidamente después. Necesitamos volver a las verdades de la ética del trabajo puritana. Necesitamos trabajar duro. Entonces Dios bendecirá el trabajo de nuestras manos.

La Biblia también nos dice que somos responsables de nuestra familia. Se nos dice que cuidemos de nuestra familia inmediata y de nuestros padres ancianos (1 Tim. 5:4). La forma en que cada individuo se ocupa de sus responsabilidades financieras será diferente porque Dios llama a cada persona de manera única y capacita a cada uno individualmente para su llamado. Pero no eludimos la responsabilidad.

PRINCIPIO #4: INVERTIR DINERO Y VERLO CRECER

Jesús nos dio la parábola de los talentos. Esta parábola deja en claro que tenemos la obligación de hacer lo mejor que podamos para hacer inversiones sabias. Nuestro dinero debe usarse y crecer, trayendo bendición a muchos. No debe esconderse ni acumularse. Sin embargo, una advertencia: esto no significa necesariamente el crecimiento de la riqueza financiera. Eso puede incluirse, pero hay preguntas más importantes. ¿Está creciendo nuestro carácter? ¿Está creciendo el Reino de Cristo en la tierra? El crecimiento es un principio de vida. Y sí, una empresa o una inversión también pueden mostrar la gracia de vida y multiplicación de Cristo.

PRINCIPIO #5: SER GENEROSO

Todo cristiano debe ser generoso. Es parte de lo que cambia en nuestra naturaleza cuando nos convertimos en nuevas criaturas en Cristo. Cuando nos convertimos, nos volvemos como nuestro Padre celestial, que es el más generoso de todos.

La primera razón para ser generosos es mostrarle a Dios nuestra gratitud y amor por Él. No podemos enviar

cheques al cielo, a nombre del Señor Jesús. Desde que Él ascendió al cielo, la única forma en que podemos darle económicamente es dar a los demás. Dar, entonces, es una forma de adoración. Una de las formas más básicas de dar a Dios es el diezmo, dar el diez por ciento de los ingresos. Por ejemplo y por mandato directo, el diezmo se asumió como algo normal para todos los seguidores de Dios a lo largo del Antiguo Testamento. El diezmo comenzó antes de la ley (Génesis 14:20), y Jesús dejó en claro que el diezmo debía continuar sin descuidarse (Mateo 23:23).

Sin embargo, el diezmo no nos hace generosos. Si damos sólo el diez por ciento, eso nos hace un uno por ciento mejores que un ladrón. La Palabra de Dios nos muestra que Él considera que el diez por ciento es Su propiedad y cualquier cantidad menor es robarle (Mal. 3:8,9 y Lev. 27:30-32). Pero el diezmo sólo sirve para recordarnos que Él es dueño de todo, del cien por ciento de cada recurso. El Señor dice que la plata y el oro son Suyos (Hageo 2:8), y que la tierra y todo lo que contiene es Suyo (Sal. 24:1).

Según la Palabra de Dios, no somos dueños de nada. Todo lo que tenemos es simplemente un préstamo de Dios

y somos responsables de usarlo sabiamente para sus propósitos.

Por eso, el modelo de dar del Nuevo Testamento va más allá del diezmo. La generosidad ni siquiera entra en escena hasta que pasamos del mínimo del diezmo del Antiguo Testamento.

Lamentablemente, muchos cristianos aún no han dejado de robar el diez por ciento que pertenece por derecho a Dios. De hecho, la mayoría de los feligreses no diezman. Según una investigación de John y Sylvia Ronsvalle, aunque el ingreso per cápita aumentó drásticamente entre 1968 y 1985, el porcentaje de ingresos que los feligreses dieron disminuyó del 3 al 2,8 por ciento. Ellos proyectan que si esa tendencia continúa, pronto las donaciones podrían ser tan bajas como el 1,94 por ciento.

La Palabra de Dios dice que toda nuestra situación financiera está maldita si no diezmamos (Mal. 3:9). Tal vez usted se encuentre en esta situación y no ve cómo puede sobrevivir y pagar todas sus deudas existentes si no dispone del 100 por ciento de los pocos ingresos que tiene. Permítame contarle una historia.

Un ministro visitante acababa de terminar un sermón conmovedor sobre la obligación de cada cristiano de

diezmar. Hizo hincapié en cómo Dios mostrará su provisión fiel a quienes lo honran diezmando. Después, el pastor de la pequeña congregación que luchaba por salir adelante le confió al predicador visitante: «En realidad, mi esposa y yo no hemos podido diezmar desde hace varios años. ¡Apenas estamos reuniendo lo suficiente para pagar el alquiler y la comida!».

El evangelista escuchó con simpatía. Luego enfrentó a su nuevo amigo con un desafío. Le dijo que intentara diezmar durante un año, apartando primero el diez por ciento antes de pagar las facturas o gastar dinero. «Si alguna vez te encuentras sin el dinero que necesitas, por cualquier razón...», hizo una pausa y garabateó el número de teléfono de su casa en una tarjeta de presentación, «...simplemente llámame. Te compensaré la diferencia, sin hacer preguntas».

Pasó un año y el joven llamó al mayor con su emocionante informe: «No he tenido que llamarte ni una vez este año. Todas las semanas, tal como dijiste, apartábamos primero el diez por ciento. Y siempre teníamos suficiente dinero. Llegaba sin más. No sé exactamente cómo, pero siempre teníamos dinero para nuestras necesidades».

«Gracias a Dios, hermano», dijo el evangelista por teléfono. Y luego vino la frase decisiva: «Pero ¿por qué pudiste confiar en mí como suplente y no confiar en Dios?».

Dios mismo es quien prometió bendecirnos si diezmamos: «Ponedme ahora a prueba en esto —dice el Señor de los ejércitos—, si no os abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Mal. 3:10). Un ministro dijo que en todos sus años de ministrar a los desamparados de los barrios marginales, nunca conoció a nadie que fuera dador o que diezmara al Señor.

Si la generosidad del Nuevo Testamento va más allá del mínimo del diezmo, ¿cuánto das? ¿Cómo sabes cuándo responder a una necesidad y cuándo ahorrar el dinero para cumplir con tus responsabilidades financieras, incluyendo las de tu propia familia? La regla del Nuevo Testamento es sencilla: todo lo que eres y tienes pertenece a Dios. Y como Jesús, debes pedirle al Padre que te guíe en todo. Simplemente di: «Aquí estoy, Señor. Y aquí está todo mi dinero. ¿Qué quieres que haga?» Cuando veas una necesidad, pregunta si vas a dar y cuánto. Obedece al Señor. La generosidad del Nuevo Testamento se basa en la entrega total, en escuchar al Señor y obedecer todo lo

que Él te diga que hagas, y luego confiar en que Él hará lo que tú no puedes hacer.

CAPÍTULO 7: LA ECONOMÍA PRÁCTICA DE DIOS

Los dos hombres eran evidentemente de Occidente. Su ropa los delataba mientras avanzaban a toda prisa por una calle llena de baches, deteniéndose de vez en cuando para consultar un trozo de papel, y luego comparándolo con los pocos puntos de referencia que los rodeaban. No podían preguntarle a nadie cómo llegar; si no sabías cómo llegar a un lugar en Sofía, Bulgaria, en 1968, probablemente no debías estar allí.

Finalmente, los dos entraron en una casa, subieron por una escalera oscura hasta un apartamento en el ático y llamaron a la puerta. Una mujer de pelo gris abrió la puerta con cautela y luego les hizo un gesto rápido para que entraran. Una mirada alrededor de la pequeña habitación del ático hablaba claramente de su pobreza. Una bombilla desnuda arrojaba una luz débil sobre la cama, una mesa pequeña, dos sillas y varios baldes colocados estratégicamente, listos para atrapar las goteras del techo.

Los hombres se identificaron como Jens y Peter, dos cristianos daneses, luego metieron la mano en sus bolsillos y pusieron dinero búlgaro en las manos de la mujer.

«Esto es para las necesidades de los santos aquí», explicó Jens, «especialmente las esposas de los pastores».

«¡Oh, mis queridos hermanos!», exclamó, apretando los billetes con sus manos nudosas por el trabajo, «¡qué respuesta a la oración! ¡Sobre todo para los niños!». Jens no pudo evitar encogerse ante su arrebato, mirando por encima del hombro. ¿Había micrófonos ocultos en su casa? Sabía que lo que estaban haciendo era ilegal, pero también sabía que muchos pastores de ese país estaban encarcelados, dejando a sus familias sin medios de sustento. Otros cristianos se habían visto obligados a aceptar los trabajos más serviles debido a su postura cristiana. Y la mayoría de los creyentes tenían familias numerosas. Así que los extranjeros trajeron dinero para comida, alquiler y ropa. Se podía confiar en que esta mujer haría llegar el dinero a donde tenía que ir.

Cuando Jens y Peter se marchaban, la mujer búlgara protestó: «¡No, no os vais todavía! No os vayáis sin aceptar mi hospitalidad». Los daneses miraron a su alrededor. ¿Cómo podían aceptar algo de aquel santo tan

necesitado? «No, de verdad, acabamos de comer. Debemos irnos».

Pero ella insistió y orgullosamente los sentó a la mesa. Colocó cuidadosamente delante de ellos vasos de cristal sencillos. Luego, de un pequeño armario, sacó su premio de hospitalidad, un pequeño frasco de mermelada de frutas. Vertió agua fría en los vasos y luego ofreció cucharaditas de la preciada mermelada a sus visitantes. Eso fue todo: sólo vasos de agua y cucharaditas de mermelada.

¿Cómo se mide la generosidad? No se puede medir en dólares y centavos. La generosidad siempre se basa en la proporción entre el regalo y lo que posee el donante. Esta mujer, como la viuda a la que Jesús vio depositar sus dos blancas, era fabulosamente generosa.

Cada año, Estados Unidos dona una cantidad equivalente al dos por ciento de su producto nacional bruto, 90.000 millones de dólares en un año reciente. Una de las naciones más ricas del mundo debería estar donando para ayudar a satisfacer las necesidades humanas. Sin embargo, lo que sorprende es lo que están dando los estadounidenses. Según una encuesta realizada en 1988 por el Sector Independiente con sede en Washington, DC, el mayor porcentaje de donantes se

encuentra entre aquellos con ingresos inferiores a 10.000 dólares al año. La Oficina del Censo encontró lo mismo: las familias con ingresos inferiores a 15.000 dólares donaron el doble en términos porcentuales que las familias con ingresos superiores a 100.000 dólares. Si bien Estados Unidos ha tenido sus ocasionales ricos generosos, siguen siendo las viudas que dan sus óbolos las que están superando al resto con su generosidad.

DAR FE

Así era en tiempos de Pablo. Él puso como ejemplo a las iglesias de Macedonia, que en medio de una gran tribulación y profunda pobreza, se llenaron de gozo, sobreabundando en «la riqueza de su generosidad» (2 Cor 8:1-5). Estas personas dieron más allá de sus posibilidades, por propia voluntad, rogando a Pablo que les diera la oportunidad de participar en las necesidades de los santos de otros países. Estos versículos de 2 Corintios 8 nos muestran varios aspectos de la generosidad bíblica:

Nunca se legisla, sino que es totalmente voluntario. Conservamos el derecho a la propiedad personal, pero damos libremente lo que queremos compartir (versículo 3; ver también Hechos 2:43-47).

Es algo generoso, no algo que no se va a extrañar (versículos 2 y 3). • Aunque esté más allá de nuestra capacidad y sea costoso, si damos porque el Señor nos lo dice, hay gran gozo en el dar, incluso hilaridad (versículo 4; ver también 2 Cor. 9:7).

Primero surge del amor al Señor, luego del amor a las personas (versículo 5). Este tipo de entrega por fe siempre será recompensado por el Señor. Proviene de un corazón generoso, y la generosidad es una actitud que se extiende a otras áreas además del dinero. Si somos generosos de corazón, seremos generosos con nuestro tiempo, generosos con el perdón, generosos con la enseñanza, generosos con nuestra influencia, generosos con nuestra gente, generosos con cualquier recurso que Dios nos haya dado.

EL PLAN DE DIOS PARA LA PROVISIÓN

Hemos visto en el capítulo anterior que dar es una forma de adorar a Dios. Pero Dios planeó algunos resultados prácticos de nuestra generosidad, incluyendo la provisión para categorías especiales de personas. La Biblia revela maneras en que se hace provisión para las personas. Cada uno de nosotros cae en una de estas categorías:

Los sustentadores de familia

Los pobres y necesitados

Los Enviados

El Pueblo Maná

LOS SUSTENTADORES DE LA FAMILIA

Dios le dijo a Adán que ganaría su pan con el sudor de su frente. Este fue el primer mandamiento dado después de la Caída. La categoría de sustentador de familia incluye a la mayoría de las personas, aquellos que trabajan para producir bienes o servicios. La mayoría de los pastores y evangelistas están en esta clase porque brindan un servicio por el cual reciben un pago. Este principio de que los ministros de tiempo completo son dignos de un salario fue respaldado por Jesús (Lucas 10:7) y por Pablo (1 Corintios 9:7-14 y 1 Timoteo 5:17-18).

Un joven ministro dijo recientemente que su objetivo era hacer inversiones inteligentes para poder ejercer su ministerio sin cobrar nada en un par de años. Al principio, esto suena bien. Él tendría la libertad de asumir un pastorado donde la gente no pudiera apoyarlo. Podría ejercer cualquier ministerio que quisiera sin tener que preocuparse por conseguir ayuda de nadie. No cuestiono

los motivos de este joven ministro, pero sí cuestiono la sabiduría de este plan. En realidad, elude el modelo bíblico de que las personas den dinero a quien las ministra.

LOS POBRES Y NECESITADOS

Las necesidades de los pobres deben ser provistas a través de nuestra generosidad. En lugar de imponer impuestos a las personas y redistribuir la riqueza a través de medios gubernamentales impersonales, la Biblia defiende nuestro derecho a la propiedad personal, pero nos recuerda que debemos dar generosamente a los pobres y necesitados. La Biblia dice que siempre habrá pobres entre nosotros. Hay varias razones para esto. Algunas personas pobres son víctimas inocentes; otras son pobres debido a malas decisiones. Pero, en cualquier caso, no debemos endurecer nuestros corazones (Deut. 15:7,11; 1 Juan 3:17), ni poner excusas, ni despedirlos con las manos vacías (Santiago 2:16). Jesús no nos dijo que diéramos sólo a los pobres que lo merecieran. No dijo: «Dale al que te pida, a menos que, por supuesto, sea un estafador de la asistencia social o haya sido imprudente en el manejo de sus finanzas». No, dijo: «Dale». Dar es un acto de misericordia y la misericordia nunca es merecida.

Si uno de tus compatriotas empobrece y no puede subsistir entre ustedes, ayúdenlo como a un extranjero o a un residente temporal, para que pueda seguir viviendo entre ustedes (Levítico 25:35).

Cuando yo era un niño, vivíamos en El Centro, California, al otro lado de la calle del parque de la ciudad. Eran tiempos difíciles y en el parque solían dormir unos cien hombres sin hogar. A menudo se acercaban a nuestra puerta trasera, con el sombrero en la mano, y preguntaban respetuosamente si podíamos darles algo de comer. Nunca vi a mi madre rechazar a ninguno. Nosotros mismos teníamos muy poco que comer, vivíamos de los diezmos semanales y las ofrendas de la gente de la iglesia. Pero mamá les daba algo de comer y tal vez le prestaba a un hombre una colcha para que se abrigara mientras dormía en el parque.

Hay muchas maneras de ayudar a la gente, algunas de las cuales tienen un efecto más duradero. La Biblia hace una distinción entre el perezoso y el pobre oprimido. Se nos dice que «el que no quiere trabajar, que tampoco coma» (2 Tes. 3:10). Por lo tanto, debemos tratar de ayudar a los pobres a ser autosuficientes. Pero lo más importante es que no debemos endurecer nuestros corazones ni

justificar nuestra responsabilidad de hacer algo para ayudar.

El Señor tiene muchas promesas en la Biblia para quienes dan a los pobres. Estas son solo algunas:

Si das a los pobres, es como si le hicieras un préstamo a Dios (Proverbios 19:17).

El que da, recibirá más (Proverbios 11:24).

Serás bendecido (Prov. 22:9).

Serás grande (Is. 58:10).

Serás próspero (Prov. 11:25).

Todas tus necesidades serán suplidadas (Fil. 4:19).

Tu Padre te lo pagará (Mateo 6:4).

Serás librado en el tiempo de angustia (Sal. 41:1).

Tus graneros serán llenos con abundancia (Prov. 3:10).

No te faltará nada (Prov. 28:27).

Tendrás tesoro en el cielo (Mt. 19:21).

Conoceréis al Señor (Jer. 22:16).

Y serán benditos el pueblo y la tierra que Dios te ha dado (Lev. 26:5).

El Señor Jesús también dijo que cuando estemos ante Él en el juicio, nuestro trato a los pobres será uno de los criterios por los cuales seremos juzgados (Mateo 25:31-46).

LOS ENVIADOS

Otra categoría de personas a las que llamo «enviados». Utilizo este término en lugar de «misioneros» porque con demasiada frecuencia interpretamos a los misioneros de manera limitada como personas que usan cascós de médula y predicen bajo los árboles a los nativos en tierras selváticas lejanas. La raíz original de la palabra «misionero» significaba «enviado».

Estas personas son enviadas por un grupo, desinteresadamente, para hacer algo por otro grupo. Podría ser uno enviado a los guetos de Detroit. O podría ser enviado para construir un banco de datos informáticos en Suiza para seguir el progreso mundial del cumplimiento de la Gran Comisión. O un enviado podría llevar el Evangelio a una tribu no alcanzada en los confines más remotos de la cuenca del río Amazonas.

Los que dan generosamente a los enviados no reciben beneficios directos personalmente. Dan por amor a Dios y porque saben que los perdidos difícilmente pueden pagar

para que alguien les lleve el Evangelio. Romanos 10:14-15 dice: «¿Cómo oirán si no hay quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?» Dios quiere que nuestra generosidad sirva para pagar a los enviados para que lleven el Evangelio (3 Juan 6-8).

EL PUEBLO DEL MANÁ

Algunas personas reciben el apoyo directo de Dios para cumplir con propósitos y llamamientos especiales. Como los israelitas que recibieron maná en el desierto o Elías que fue alimentado por cuervos, este tipo de provisión directa de Dios es por un corto tiempo, en circunstancias inusuales o para una demostración dramática de Su poder.

Hemos visto casos similares en Juventud Con Una Misión. Mientras 175 de nuestros trabajadores estaban en Grecia, preparando el barco de misericordia Anastasis para zarpar, vieron una provisión directa, parecida al maná. Una mañana, durante un tiempo de relativa dificultad, 8.301 peces saltaron a la playa frente a su alojamiento. Los salaron cuidadosamente y utilizaron la provisión durante muchos meses para complementar su dieta. Nadie podía explicar por qué los peces saltaron del agua. Los griegos locales, incluso los más antiguos de sus vecinos, nunca habían visto que sucediera algo así. Y los peces solo

saltaron frente a donde se alojaban los JUCUMeros. Parecía ser una provisión de maná.

Un extraño incidente le ocurrió a Reona Peterson, la joven cuyo viaje a Albania compartí en el primer capítulo. En otro viaje misionero, Reona y una amiga llamada Celia estaban en Edimburgo, y debían partir al día siguiente en un ferry hacia las islas Hébridas. Estaban escasas de dinero y no sabían qué hacer. Reona y Celia oraron, pidiéndole a Dios que proveyera. Pero ¿cómo lo haría en veinticuatro horas en esta ciudad donde no conocían a nadie?

Caminaron por Princess Street entre la multitud de peatones del mediodía y se detuvieron en una intersección, esperando que cambiara el semáforo. Justo cuando Reona bajó de la acera, miró hacia abajo.

«¡Mira, Celia!», exclamó, «¡Ahí, en mi zapato! ¿Cómo ha llegado ahí?». Se agachó y sacó un billete de una libra que estaba atrapado en la hebilla de uno de sus zapatos. Entonces vio otro billete de una libra debajo de su pie. Miraron a ambos lados de la calle. Nadie se volvió. Además, si alguien había dejado caer el dinero, ¿cómo se había quedado uno de los billetes atrapado en la hebilla? Ese día no había viento que hubiera arrastrado el dinero y de alguna manera lo hubiera clavado en su zapato. Era

exactamente la cantidad que necesitaban para el viaje y otras necesidades en las Hébridas. Las mujeres estaban seguras de que, de alguna manera, el Señor había colocado ese dinero encima y debajo del zapato de Reona.

¿Por qué es esto tan poco común? ¿Por qué son estas historias tan inusuales, incluso difíciles de creer? Después de todo, Dios alimentó misteriosamente a millones de Su pueblo en el desierto durante cuarenta años, haciendo que se «materializara» comida en la tierra para ellos. Puso dinero en la boca de un pez para que Pedro lo encontrara. Entonces, ¿por qué no hace esto más a menudo?

Hay varias razones por las que estos casos de «maná» son poco frecuentes. Por lo general, Dios utiliza a personas para satisfacer las necesidades de otras personas. Una de las razones es que Él hace más que satisfacer necesidades físicas. Nos une mediante la generosidad. Veremos esto con mayor detalle en el próximo capítulo.

Otra razón por la que Dios suele usar a las personas es que quiere mostrarnos la verdad de que es más bendecido dar que recibir. Quiere que aprendamos las bendiciones de la generosidad. Entonces seremos como Él.

Dios ama al dador alegre (2 Corintios 9:7) porque Él tiene el mismo corazón generoso. El verdadero generoso

da libremente, sin condiciones, sin motivos egoístas y sin deseo de controlar. Un dador alegre simplemente da y permite que Dios vuelva a llenar su copa para que él pueda dar de nuevo.

Corrie ten Boom solía enseñar en nuestras escuelas de Juventud Con Una Misión antes de morir en 1983. Nunca olvidaré su sencilla ilustración de cómo Dios pagaría la generosidad. Se paró frente a la clase de jóvenes misioneros en formación y colocó dos botellas delante de ellos, cada una llena de arena. Una tenía una boca estrecha y la otra tenía una boca ancha. Tomó la botella de boca ancha y la vertió. La arena se derramó rápidamente sobre la mesa, dejando la botella vacía. Luego comenzó a verter arena de la botella de boca estrecha. La arena se derramó y tardó mucho tiempo en vaciarse.

«Veis, estudiantes», dijo, mientras esperaba la delgada línea de arena, «esta botella es como algunos cristianos. Le dan a Dios, pero no tan rápido y libremente. Pero mirad lo que pasa». Terminó y empezó a invertir el proceso, echando arena de nuevo en cada botella. El frasco de boca ancha se llenó rápidamente, derramando el exceso por la parte superior. Sin embargo, le llevó mucho tiempo rellenar con mucho esmero el frasco de boca estrecha con arena.

Había dado lentamente y ahora recibía con la misma lentitud.

¿A qué botella te pareces?

CAPÍTULO 8: APOYO A LAS MISIONES, AL ESTILO DE JESÚS

¿Por qué Dios no proporciona rápidamente todo el dinero que necesitamos para Su obra en la tierra? Seguramente Él podría hacer que algún multimillonario que lo ame le escriba un cheque enorme, financiando la finalización de la Gran Comisión. O podría ayudar a alguien que lo ame, alguien en quien se pueda confiar, a tropezar con un tesoro escondido o hacerse rico y darlo todo a la obra del Señor. ¿Y por qué el Señor no hace que uno de Sus seres queridos gane uno de esos sorteos de diez millones de dólares que llegan por correo?

Todo aquel que alguna vez haya luchado entre lágrimas, preguntándose cómo podría seguir adelante con su llamado, debe haberse hecho estas mismas preguntas. Un misionero gritó con frustración: «Nunca tenemos suficiente dinero para hacer lo que se supone que debemos hacer. Es como si Dios me hubiera atado una mano a la espalda y luego me hubiera dicho que hiciera el mismo trabajo. ¡No es justo!».

¿Y por qué los misioneros tienen que escribir boletines? Estoy seguro de que todos los misioneros se han sentido irritados alguna vez por el trabajo continuo de escribir cartas o producir boletines para la gente que está en su país. Después de todo, la mayoría nunca responde. Y uno o dos días de un mes de ministerio para hacer esa comunicación se echan mucho de menos. Después de todo, los obreros son pocos en la obra de Dios, y las presiones del trabajo son grandes para esos pocos. Entonces, ¿por qué tenemos que hacer el trabajo más importante del mundo de esta manera? Necesitamos tener bien arraigada en nuestra mente la manera en que Dios ve el ministerio y el dinero. Nos preocupamos por el trabajo que se está haciendo y por conseguir el dinero para asegurarnos de que se cumplan nuestras metas. Después de todo, son metas para la obra de Dios, ¿no es así?

Sin embargo, el Señor tiene un objetivo muy diferente. Su principal preocupación es restaurar las relaciones, entre nosotros y Él, y entre nosotros y los demás. Por eso ha diseñado las cosas de tal manera que dependamos de otros para el apoyo financiero mientras hacemos Su obra. Jesús nos dio este ejemplo. Se sostuvo como carpintero durante sus primeros años de adulto, pero durante los tres años de su ministerio de tiempo completo, Él y los

discípulos tenían a «Juana, mujer de Cuza, mayordomo de la casa de Herodes; a Susana; y a muchas otras... [que] contribuían al sostenimiento de ellos de sus propios bienes» (Lucas 8:3).

Cuando la gente da para la obra del Señor, suceden muchas cosas maravillosas. Una historia de Nueva Orleans ilustra algo de lo que Dios hace a través de nuestras donaciones. Lisa, de diez años, ganó quince dólares en una venta de garaje. En lugar de gastarlos en dulces, juguetes o ropa, Lisa decidió dárselos a un misionero urbano llamado Chuck Morris, que estaba trabajando con JUCUM en el centro de la ciudad. «Usa este dinero para misiones», le dijo la niña, poniendo los quince dólares en sus manos.

Chuck se dio cuenta de lo que significaban quince dólares para una niña de diez años y pensó cuidadosamente en qué invertirlos. Entonces pensó en David, un hombre que la mayoría de los niños de diez años nunca tendrían la oportunidad de conocer. David no tenía trabajo y había estado durmiendo en un parque de la ciudad. Pero Chuck acababa de guiar a David hacia el Señor. David quería conseguir un trabajo, pero no podía permitirse el documento de identidad necesario para trabajar en Luisiana. Chuck decidió usar los quince dólares

de Lisa para pagar el documento de identidad, de modo que David pudiera ganarse la autoestima trabajando en un empleo remunerado.

Más tarde, Chuck le envió a Lisa una fotografía de David y una carta en la que le explicaba lo importante que habían sido para él sus quince dólares. Unas semanas después, David también le escribió a Lisa para agradecerle y decirle que había conseguido un trabajo. Hoy Lisa ora regularmente por David, sabiendo que su donación al Señor ha marcado una diferencia en la vida de un hombre.

Esta es solo una pequeña historia entre lo que deben ser millones de historias similares, pero ilustra el resultado final en lo que respecta a Dios en materia de finanzas. El resultado final de su contabilidad son las relaciones. Dios mostró su amor al dar; no solo dio a su Hijo unigénito en el acto de generosidad más generoso de la historia, sino que dio continuamente a cada uno de nosotros.

La Palabra de Dios nos dice que todo buen regalo viene de nuestro Padre celestial (Santiago 1:17). Nosotros, a su vez, le demostramos nuestro amor al dar a los demás. Pero en lugar de simplemente fortalecer nuestra relación de amor con Dios, nuestra donación también une nuestro corazón con el receptor de nuestra donación.

DAR A TRAVÉS DEL CORAZÓN

Jesús nos dijo que donde está nuestro tesoro, allí estará también nuestro corazón. Cuando damos nuestro «tesoro» a personas específicas y a sus ministerios, nuestro corazón estará allí con ellos. Nos sentiremos responsables de orar por ellos, como la pequeña Lisa en la historia de Nueva Orleans. Puede que sea al otro lado del mundo, en una zona que tal vez nunca visitemos, pero estaremos más cerca de esas personas y de lo que Dios está haciendo en ese país gracias a nuestra donación. Es la manera que tiene Dios de forjar y fortalecer las relaciones.

Además, algo importante le sucede al receptor de un regalo. Es una experiencia humilde cuando alguien te da algo, especialmente si sabes que se ha sacrificado para darte algo a ti y a tu trabajo. Te hace querer ser cuidadoso y no abusar de su confianza en ti. Es importante que todos experimentemos esto. Nuestro orgullo se encoge cuando somos los receptores de una generosa donación cuando no podemos devolver el favor, sino solo agradecerle a la persona y orar para que Dios la bendiga. Preferiríamos ser autosuficientes.

Muchas veces he hablado con personas que querían ser misioneras algún día, cuando pudieran pagar sus

propios gastos. Pero lo triste es que, incluso si algunos pudieran lograr no enredarse en deudas y encontrar una manera de financiar su propio trabajo, se perderían el terrible, pero maravilloso y humillante vínculo de corazón que se produce cuando alguien pone dinero en tu mano y dice que el Señor le dijo que te lo diera.

Existe un vínculo especial para siempre entre usted y la persona que le ha dado. Usted se preocupa por ella y ora por ella de una manera diferente a como ora por aquellos que nunca le han dado personalmente. Naturalmente, también querrá compartir con ella noticias sobre su ministerio, informándole de lo que su don ha hecho en la obra del Señor.

Todas estas cosas suceden debido al método de Dios de darnos unos a otros en el Cuerpo de Cristo. Como cada ministerio necesita dinero, Él ha garantizado que siempre nos necesitaremos unos a otros y que siempre estaremos trabajando en nuestras relaciones. Al mismo tiempo, las necesidades de los ministerios serán satisfechas, y las personas con trabajos en ciudades y pueblos tendrán su visión personal ampliada y llegarán a ver el mundo como Dios lo ve, todo debido a sus donaciones y a los informes que reciben de sus representantes personales «allá afuera».

Y la oración se elevará por todos lados, haciendo el trabajo de guerra espiritual que es necesario para que cualquier cosa se logre. Nada de esto sucedería si no dependiéramos del dinero, y de la gente que da dinero, para mantener la obra de Dios en marcha.

Puede que a los misioneros o pastores que están pasando por dificultades les parezca imposible, pero si una fundación gigante financiara su trabajo o algún multimillonario les extendiera un cheque enorme, podría ser una sentencia de muerte para su ministerio. Los misioneros necesitan más que dinero. Necesitan personas que los respalden, que oren por la extensión del reino de Dios, y que participen con ellos en la guerra espiritual mediante la donación y la intercesión.

UN PLAN 30/30 PARA DONAR A LAS MISIONES

En África, un joven de Zimbabwe llamado Archie Guvi se me acercó con una pregunta.

«Loren, Dios me ha llamado a ser misionera, pero no tengo apoyo económico, y a nuestra gente no le han enseñado a dar a los misioneros.

¿Qué puedo hacer?»

Le dije: «Entonces debes enseñarles. ¿No dice la Biblia en su lengua local que hay que ir por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura?»

Cuando él se negó, diciendo que no creía que su pobre familia pudiera ayudarlo, le pregunté cuánto costaba un refresco en Zimbabwe. «Veinticinco centavos», respondió.

«Archie», pregunté, «¿conoces a veinticinco personas que te darían una Coca-Cola si fueras a su casa en un día caluroso y se lo pidieras?» «Oh, sí», respondió.

«¿Lo harían todos los días? ¿Te conocen y te quieren tanto?» «Creo que sí», respondió.

«Basta con conseguir que veinticinco personas se pongan de acuerdo para darte cada uno la misma cantidad que cuesta una cola al día.»

La siguiente vez que lo escuché, Archie era misionero. Debería haberlo desafiado a encontrar treinta, pero solo dije veinticinco. Sin embargo, este patrón funcionaría en cualquier lugar, en cualquier nivel de necesidad, con un pequeño ajuste. Hay alrededor de treinta días en cada mes (no veinticinco).

¿Qué sucedería si cada misionero se propusiera la meta de reunir treinta personas que fueran responsables de los gastos de un solo día para que él trabajara para el Señor? Tendría treinta personas cuyos corazones seguirían su tesoro, orando por él, creyendo en él, y respaldándolo cuando necesitara aliento.

¿Y si surgiera alguna emergencia? ¿Alguna crisis que exigiera oración adicional? Ese misionero podría contactar a sus treinta personas para pedirle oración, y esas treinta probablemente tendrían un círculo de influencia de otras diez personas. Cada una de ellas podría pedirle a diez personas que oraran, lo que significa que trescientas personas podrían estar orando por él rápidamente.

Si ampliamos esto a una organización misionera como JUCUM, que trabaja para llevar el Evangelio a todas partes del mundo y que, por lo tanto, depende de nuestra base de oración, podríamos tener entre 300.000 y 3.000.000 de personas orando.

Esta propuesta también podría resolver algunos problemas comunes. He visto pastores agobiados en todo el mundo escuchar la súplica de otro misionero. El pastor quiere ayudar, pero ya le resulta difícil inspirar a su gente a dar. Está empujando un peso muerto cuesta arriba,

tratando de lograr que su gente se preocupe por los extraños.

Existen otros problemas inherentes a la donación personal a las misiones. A menudo he visto la desilusión de los obreros que tienen que regresar de una misión porque la iglesia que los apoya de repente ha cambiado de pastor, y el nuevo pastor no los conoce ni cree en lo que están haciendo. En cuanto la iglesia se encuentra en una situación financiera difícil, se corta el apoyo a los misioneros. O, lo que es aún más triste, las iglesias se han dividido o disuelto, dejando a los misioneros abandonados a su suerte.

Sin embargo, cuando se apoya a las personas a través de relaciones con individuos (incluso si los fondos se canalizan a través de la iglesia local), como en el plan de treinta días/treinta personas, si uno de los patrocinadores muere o se declara en quiebra o abandona por alguna otra razón, el misionero solo tiene que ayunar un día al mes hasta que reemplace a ese patrocinador. En serio, sería más fácil reemplazar a uno que perder todo o la mayoría de su apoyo. Pero, sobre todo, piense en las amistades que se desarrollan a través de este «vínculo de corazón con propósito»: alcanzar al mundo para Cristo.

BENEFICIOS DEL APOYO A LAS MISIONES, AL ESTILO DE JESÚS

Jesús recibió el apoyo de amigos, no de un grupo o de un fondo impersonal, sino de amigos. No hay nada antibíblico en los medios impersonales de apoyo a las misiones, pero hay muchos beneficios en que haya personas que apoyen directamente a otras.

Quienes dan tienen la alegría de participar en el ministerio de alguien. Los vínculos del corazón se forman entre personas, no entre estructuras organizacionales.

Existe una responsabilidad directa entre el misionero y quienes lo apoyan.

El donante obtiene conocimiento directo y oportuno de lo que sucede en las misiones a través de la comunicación regular del misionero.

Las donaciones basadas en el corazón no son tan propensas a verse afectadas por la recesión o los tiempos difíciles.

Esto da a cada misionero la oportunidad de obtener la ayuda que necesita, no sólo a aquellos que están haciendo un ministerio más «glamoroso» o «emocionante». El difunto Dr. Donald McGowan, un experto en misiones del

Seminario Teológico Fuller hizo un llamado a los cristianos para que inicien miles de mini-juntas de misiones, para involucrarse directamente de manera personal con uno o dos misioneros. La razón es clara: hay muchas desventajas en la forma más tradicional, donde una iglesia mantiene una lista de misioneros.

A menudo, nadie en la iglesia conoce realmente a los misioneros que figuran en su lista. A veces han pasado ocho o diez años desde que un misionero en particular visitó la iglesia. Y como se trataba solamente de una reunión de la iglesia, la gente no llegó a conocer al misionero como persona. A menudo, nadie lee los boletines misioneros, excepto una secretaria de la iglesia muy ocupada que revisa el correo, o tal vez un director de misiones. Es posible que estas personas hayan comenzado a asistir a la iglesia recientemente y tal vez nunca hayan conocido a las personas cuyas cartas llegan por correo.

Incluso los pastores que están altamente motivados para guiar a su gente a donar para las misiones tienen una tarea difícil bajo este sistema. Algunos confiesan que tienen que sorprender a su congregación con un predicador misionero para no tener que quedarse fuera de otra reunión misionera «aburrida».

UN EXPERIMENTO NORUEGO

Uno de los planes más innovadores que he visto últimamente ha sido el iniciado por JUCUM en Noruega. Han creado las Confraternidades Go, pequeños grupos de apoyo organizados para enviar nuevos misioneros. Algunas de las características de estos grupos son:

Cada grupo de Go Fellowship está organizado como un grupo de apoyo para un misionero (ya existen veintiocho grupos de este tipo en funcionamiento en varias regiones de Noruega).

Cada grupo de Go Fellowship incluye personas de al menos dos congregaciones diferentes, para maximizar la cooperación en el Cuerpo de Cristo.

Estos grupos se reúnen una vez a la semana para orar por su misionero. Además, leen una carta enviada por su misionero esa semana, así como noticias de la oficina nacional de JUCUM. Una vez al mes, miran un video reportaje de la misión, Perspectiva Global de JUCUM.

Oran por el grupo de personas no alcanzadas al que va su misionero. A veces, comienzan una Confraternidad Go centrada en las personas no alcanzadas incluso antes de encontrar un misionero para enviar a ese grupo.

Tienen un coordinador de tiempo completo de las Confraternidades Go en la oficina nacional de JUCUM en Noruega. El trabajo de esta persona es mantener a los grupos de la Confraternidad Go informados en todo momento sobre las noticias de la evangelización mundial. ¿Puedes imaginar la dinámica de estos grupos? Planean aumentar el número de estos grupos cada año hasta que tengan mil grupos y mil nuevos misioneros. Estoy seguro de que los pastores locales encontrarán a estas personas de la Confraternidad Go entusiasmadas por promover las misiones de muchas maneras en sus iglesias locales. Algunos probablemente tomarán sus vacaciones para visitar a sus misioneros. Muchos probablemente terminarán siendo misioneros ellos mismos.

LIBERTAD PARA COMETER ERRORES, LIBERTAD PARA OBEDECER A DIOS

Algunos líderes temen este tipo de participación directa de las personas en las donaciones para la misión. Existe una cierta pérdida de control sobre las donaciones de los miembros de la iglesia. Sin embargo, la pérdida de control es parte de la generosidad. Siempre que eres generoso y das, pierdes el control.

Esta fue la misma prueba que enfrenté cuando el Señor nos llevó a formar una organización misionera sin personal asalariado. No recaudamos dinero para ponerlo en un fondo centralizado para los salarios del personal; por lo tanto, no podemos simplemente contratar y despedir a los trabajadores.

He tenido que permitir la máxima libertad a nuestros varios miles de misioneros de tiempo completo en todo el mundo. Esto les ha permitido una mayor libertad para buscar a Dios, obtener Su guía, y salir y obedecerlo lo mejor que pueden. ¿Han cometido errores? Por supuesto. Pero también ha habido un sistema natural de controles y contrapesos, ya que aquellos con nuevas ideas pueden realmente ponerlas a prueba y ver si fue el Señor quien los guio, o simplemente una idea descabellada nacida del celo juvenil.

Los líderes espirituales deben tener cuidado de no controlar ni manipular a los siervos del Señor, comprados con sangre y guiados por el Espíritu, en Su viña. Los cristianos debemos dar con las manos abiertas, como siervos. Nunca debemos tratar de rendirnos con un control estricto. Dar demasiado control ahogará la iniciativa y, en última instancia, puede incluso ponernos en complicidad

con el Rey de Tiro. El método de Satanás es controlar a las personas a través del dinero.

Recientemente, un empresario se ofreció a aportar el resto del presupuesto para una obra de Dios en la India, siempre y cuando se le otorgara la mayoría de votos en su junta directiva. Eso no es generosidad bíblica ni un corazón de siervo dispuesto a dar.

¿Qué tal una adecuada rendición de cuentas financiera para las juntas de mini-misiones? Esto se podría manejar con una iglesia local que ayude a la junta de mini-misiones emitiendo recibos de impuestos y pidiendo al misionero los estados financieros de fin de año. Una iglesia puede tener miedo de hacer esto, pensando que esto agotará su propia base de financiación. Sin embargo, en más de treinta años, he visto que las iglesias que están abiertas a que su gente dé a donde Dios las guíe, tienen sus propias necesidades satisfechas abundantemente. Es una extensión corporativa de la verdad bíblica de dar y recibir (Lucas 6:38).

A medida que los individuos apoyan a otros individuos, las iglesias podrían realizar el tipo de donación que mejor se adapte a ellos, donando a grandes proyectos con un comienzo y un final claros.

PRINCIPIOS BÍBLICOS PARA LA RECAUDACIÓN DE FONDOS

La Biblia enseña muchos principios en cuanto a la recaudación de fondos y el apoyo a las misiones, e incluso dedica capítulos enteros al tema. Por un lado, la Biblia enseña al ministro de tiempo completo a considerar las ofrendas de las personas como sagradas para el Señor. Así como las ofrendas dadas a los levitas en el Antiguo Testamento eran santas (Levítico 22), así también todo obrero de tiempo completo debe aceptar las ofrendas con cuidado y bajo el temor de Dios. Nunca debe aburrirse ante el hecho de que las personas se han sacrificado para darle.

Otro principio que podemos aprender de las Escrituras es la rendición de cuentas financiera que se espera de cualquiera que maneja dinero que la gente ha dado para la obra del Señor. Cuando Pablo envió a Tito en una gira de recaudación de fondos para los santos necesitados, también envió a un hermano anónimo, que era muy experimentado y diligente, para ayudar con la contabilidad, como dijo Pablo, «teniendo cuidado de que nadie nos difame en la administración de esta generosa ofrenda; porque buscamos lo que es honesto, no sólo a los ojos del

Señor, sino también a los ojos de los hombres» (2 Cor. 8:20-21). Observe que no era suficiente estar bien delante de Dios. También tenía que verse bien ante el público.

Algunos grupos han incumplido con su descaro las donaciones designadas, no entregándolas íntegramente al proyecto o a la persona a la que estaban destinadas. Esto no sólo es poco ético, sino que en muchos países va contra la ley. No está bien poner excusas y trasladar las donaciones a donde vemos que hay una mayor necesidad. Tal vez, si las circunstancias cambian, sea necesario ponerse en contacto con los donantes y preguntarles qué hacer con sus donaciones. Pero siempre debemos respetar las designaciones de forma estricta, destinando el dinero a donde los donantes quieren que se utilice.

REDES DE ORACIÓN E INTERDEPENDENCIA

Cuando las personas dan como Dios las guía en sus corazones, veremos una abundancia de Su obra. Lo fundamental para Dios no es el dinero, sino las relaciones. Él usará las asociaciones de donación para construir una red de oración y fortalecer la interdependencia entre Sus hijos. A medida que damos, nuestro tesoro estará en parte aquí en este obrero y en parte allá en aquel otro, un poco en un país en particular y un poco más en otro. Nuestra

visión y nuestro sentido de entusiasmo por ser parte de lo que Dios está haciendo en todo el mundo crecerán y crecerán. Tendremos un interés en ello.

Es extraño y maravilloso ver cómo funciona el sistema económico de Dios. En Juventud Con Una Misión, se da mucho para satisfacer las necesidades de los demás. Al observar cómo el mismo dinero cambia de manos, me asombra ver cómo Dios puede hacer tanto. Así fue en Hilo, Hawái, hace varios años.

Como líderes de una escuela de misioneros en formación en Hilo, nos preocupamos por la cantidad de matrículas pendientes de pago que se acumulaban. Nos reunimos como líderes para preguntarle a Dios qué estaba tratando de decírnos en esta situación.

Se me ocurrió buscar 2 Corintios 8 y leerlo. Sabía que se trataba de dar para las necesidades de los santos, pero cuando comencé a leer el pasaje, los versículos 14 y 15 me llamaron la atención.

«En este tiempo, vuestra abundancia suplirá lo que les falta... entonces habrá igualdad, como está escrito: "El que recogió mucho, no tuvo demasiado, y el que recogió poco, no tuvo demasiado poco"». Recordé las palabras de un viejo predicador, que dijo que, en cada grupo, Dios ya

había colocado la cantidad de dinero necesaria para lo que Él dirigiera a ese grupo a hacer. Y ahora parecía que Dios nos estaba diciendo que debíamos satisfacer las necesidades de estos estudiantes, miles de dólares en matrículas sin pagar, entre nuestros 150 profesores y estudiantes.

Reunimos a los estudiantes y al personal, y les dijimos lo que sentíamos que Dios había dicho. Primero, les pedí a los que tenían deudas escolares pendientes que se pusieran de pie y dijeran específicamente cuánto necesitaban. Luego le pedí al grupo que orara individualmente o como parejas casadas y le preguntaran a Dios si debían dar y, de ser así, la cantidad y a quién debían dar.

Mi esposa, Darlene, y yo oramos en silencio, uno al lado del otro. Después de unos minutos, susurré: «¿Qué recibiste, Dar?».

Ella dijo: «Sentí que Dios dijo que debíamos darle cien dólares a Tom Hallas».

«Pero, cariño, se suponía que debíamos estar orando por las necesidades de los estudiantes», le señalé. «Tom Hallas es parte del personal». No lo dije, pero mi intención era clara: te equivocaste, no pudo haber sido Dios quien te

estaba hablando. Luego le dije que tenía instrucciones claras de darle cincuenta dólares a cierto estudiante. No pude evitar decírselo claramente: «No tenemos cien dólares en nuestra cuenta bancaria, Dar, pero tenemos un poco más de cincuenta dólares».

Las cabezas seguían inclinadas. Algunos ya se movían por el grupo, se intercambiaban dinero, y la gente se abrazaba y reía suavemente o lloraba.

—Bueno, Loren —dijo Dar—, tal vez esto sea algo entre Dios y yo. Tal vez se supone que deba confiar en Dios por mí misma para darle cien dólares a Tom.

Entonces me di cuenta de que tal vez estaba a punto de perderme algo. Decidimos volver al Señor, pero con la impresión de la otra persona. Le pregunté al Señor si debíamos darle cien dólares a Tom, y Dar preguntó si debíamos darle cincuenta dólares al estudiante. Para mi sorpresa, cada uno de nosotros tenía la firme convicción de que ambas impresiones provenían de Dios. A veces las personas pueden tener diferentes indicaciones de Dios y no entender lo esencial: Dios no está diciendo una cosa o la otra, sino ambas.

Extendí un cheque por cincuenta dólares y se lo llevé al estudiante cuyo nombre me habían dado. Luego volví a

mi asiento y esperamos a ver qué haría Dios. No podíamos dar cien dólares que no teníamos.

En ese momento se acercó Tom Hallas, con el rostro como un gran signo de interrogación. Se quedó cerca y habló en voz baja, para no molestar a los demás que seguían orando y tratando de escuchar la voz de Dios.

—Diane y yo —empezó, señalando a su esposa—, hemos estado orando. Y creemos que el Señor nos ha dicho que le demos cien dólares a un estudiante. —Se rascó detrás de la oreja, entrecerrando los ojos pensativamente—. Pero no tenemos dinero. Loren, ¿crees que Dios haría eso?

Sonréí. «Sí, creo que Dios haría eso. De hecho, Dios nos ha dicho a Dar y a mí que te demos cien dólares, y nosotros tampoco los tenemos. Esperemos un minuto y veamos qué hace Dios». «Bueno», se encogió de hombros Tom, «al menos me siento mejor». Volvió a sentarse.

Luego, una empleada llamada Debbie Smith se acercó a Dar y a mí. Tenía el mismo signo de interrogación en su rostro. «Loren, Dios me ha pedido que te dé cien dólares, pero que diga que no es para ti». Parecía avergonzada. «¿Dios haría eso?».

«Seguro que sí, Debbie. Quédate ahí. No te vayas». Fui a buscar a Tom y a Diane. Luego le dije a Debbie: «Dame los cien dólares». Ella los puso en mi mano. Me volví hacia Tom, con Darlene a mi lado. «Tom, Dios nos ha dicho que te demos cien dólares». Él los tomó y se rió, luego se volvió para buscar al estudiante al que se había sentido impulsado a dárselos.

Sacudí la cabeza con asombro. ¿Por qué Dios no le dijo a Debbie que le diera los cien dólares directamente a ese estudiante? ¿Por qué involucró a Dar y a mí, a Tom y a Diane, y luego a Debbie? Creo que fue para que pudiéramos ver un microcosmos de la forma en que funciona la economía de Dios en todo el mundo. El mismo dinero (que Hageo 2:8 dice que pertenece a Dios de todos modos) pasa de mano en mano, satisfaciendo las necesidades y permitiéndonos a todos participar en el milagro de la provisión, fortaleciendo nuestra unidad y desafiándonos a la obediencia.

El Cuerpo de Cristo ya tiene el dinero necesario para cada obra del Señor. El Dr. David Barrett, editor de la Enciclopedia Cristiana Mundial, ha declarado que dos tercios de la riqueza del mundo está bajo la propiedad y el control de los cristianos. No necesitamos más dinero en el

Cuerpo de Cristo. Necesitamos que fluya más dinero. A medida que nos damos unos a otros, de individuo a individuo, de iglesia a iglesia, a través de líneas nacionales y denominacionales, el Cuerpo de Cristo se acercará más y más al Señor.

CAPÍTULO 9: VIVIR POR FE EN EL MUNDO DE 9 A 5

Hace mucho tiempo, en la historia de la Iglesia cristiana, se arraigó una idea que ha causado mucho daño: hay un mundo secular y un mundo sagrado. Algunas personas son clérigos y se ocupan del ministerio a tiempo completo. Eso es sagrado. Otras personas viven y trabajan en el «mundo real». Tienen trabajos seculares, pero pueden participar en la obra de Dios apoyando a quienes se dedican al ministerio a tiempo completo.

Quizás nunca hayas pensado en lo mucho que esto afecta tu perspectiva sobre tu trabajo diario. Como muchos cristianos, tal vez consideres que tu trabajo, en el mejor de los casos, es neutral en términos espirituales. O, en el peor, es algo un poco sucio, pero que hay que hacer de todos modos. Vas a la iglesia los domingos, y quizás a mitad de semana, para darte un baño espiritual antes de sumergirte de nuevo en la inmundicia del mercado.

Grandes victorias espirituales, milagros y provisión financiera ocurren, pero siempre en otro lugar, como en el campo misionero o en personas que se dedican al

ministerio a tiempo completo. O tal vez le suceden a alguien que tiene un trabajo secular y se toma un tiempo para hacer algo sagrado, como compartir su fe con un compañero de trabajo. Entonces cierra ese compartimento sagrado y vuelve a entrar en la caja secular, donde no ocurren cosas espirituales. ¿Es esta la realidad? No lo creo. Los milagros pueden suceder en el campo misionero o en tu trabajo habitual. Dios está ansioso por intervenir y ayudarte en el desempeño de tu trabajo. Pero primero, necesitas ver Su perspectiva sobre tu trabajo.

Si amas a Jesús y le sirves en el lugar y de la manera en que Él te ha llamado, puedes vivir por fe y ver victorias espirituales en una fábrica, un despacho de abogados o una tienda departamental. Como mencioné en un capítulo anterior, la palabra «misionero» simplemente significa «el enviado». Y Jesús dijo a todos sus seguidores: «Como me envió el Padre, así también yo os envío» (Juan 20:21).

La única pregunta que queda es la de la geografía y el tipo de trabajo. ¿Cómo empezó usted la profesión o el trabajo que tiene? ¿Le pidió al Señor su visión para su vida? O, como muchos cristianos, ¿decidió que, puesto que no había sido «llamado» al servicio a tiempo completo, esa decisión le correspondía a usted?

Muchos se han lanzado a trabajar sin pensarlo dos veces, y años después se encuentran infelices y nunca satisfechos. En lugar de que su trabajo les brinde satisfacción y gozo como Dios lo había previsto (Deuteronomio 12:18), es simplemente algo que hacer para llevar el pan a la mesa.

Dios tiene un llamado para cada cristiano. Todos debemos hacer todo para la gloria de Dios. Él no divide los llamados en sagrados y seculares. Nosotros ya lo hemos hecho. Él tiene un trabajo que hacer y quiere que todos participemos en él. Su trabajo es extender el señorío de Jesucristo a cada parte de la sociedad, y llevar sus buenas noticias a cada persona del planeta. Como Señor de la cosecha, Él nos dirá en qué parte del campo debemos trabajar.

CONOZCA SU LLAMADO

¿Tiene usted un llamado? ¿Un sentido de destino? ¿Un sentido general de misión para su vida? Si no, puede obtenerlo. Por supuesto, requiere renunciar a sus derechos, a su status quo. Tal vez Dios quiera trasladarlo a usted y a su familia al otro lado del mundo. Tal vez Él quiera que usted haga algo diferente de lo que está haciendo. Por otro lado, puede que Él quiera que usted permanezca

exactamente donde está. La única manera de ser guiado por el Señor de la Cosecha es entregarle la decisión.

Una vez que sabes que estás en el lugar correcto, el lugar elegido por Dios, haciendo lo que Dios te ha llamado a hacer, entonces actúas como misionero en ese lugar.

¿Cómo actúan los misioneros? Si son eficaces, buscan a Dios en detalles sobre cómo llevar a cabo su tarea. Oran y escuchan los impulsos internos del Señor, y actúan en consecuencia. Cuando parece imposible, siempre que hayan hecho lo que Dios les ha dicho que hagan, pueden confiar en que Dios hará lo que ellos no pueden hacer.

Esto nos lleva de nuevo a nuestra definición de fe en el capítulo dos. La fe es escuchar la voz de Dios, ponerla en práctica, y luego confiar en Él para lo que no podamos hacer. Ese tipo de fe funciona tanto si estamos fabricando aparatos en una cadena de montaje como si estamos predicando el Evangelio a una tribu no alcanzada a lo largo del Amazonas.

Muchos cristianos no harían nada que consideren espiritual, como enseñar una lección en la escuela dominical, sin orar. Sin embargo, esas mismas personas no considerarían orar por algo secular en el trabajo, como preguntar qué objetivos de marketing establecer, cómo

manejar las relaciones con los compañeros de trabajo, cómo hacer que un sistema funcione mejor, o cómo resolver un problema informático.

Dos científicos, Rod Gerhart y el Dr. Will Turner, estaban trabajando en el desarrollo de un nuevo instrumento controlado por microcomputadora como parte de un proyecto para la Universidad de las Naciones (U de N) de JUCUM. Mientras se dedicaban al trabajo, se encontraron con un problema con el sistema informático que los dejó perplejos durante varios días. Ni la asistencia telefónica del fabricante, ni los experimentos metódicos de su parte pudieron identificar el problema. Simplemente no estaba funcionando como debía.

Como se enfrentaban a una fecha límite muy importante, empezaron a trabajar de noche, a veces hasta altas horas de la madrugada. Una noche hicieron una pausa para tomar un descanso. Eran alrededor de las dos de la madrugada y los dos hombres salieron a la cálida noche hawaiana, estirando y relajando los músculos.

Rod miró hacia la brillante extensión de estrellas, enmarcada por palmeras que se movían suavemente. Oh, Señor, Tú sabes la respuesta a esto. Por favor, ayúdanos, oró en silencio. Justo en ese momento, la causa y la

solución aparecieron en la mente de Rod. Le gritó a Will: «¡Sé cuál es el problema! ¡Vamos!». Los dos hombres regresaron al laboratorio y pusieron en práctica la idea de Rod. Inmediatamente, el sistema estuvo en funcionamiento. Poco después, cansados pero jubilosos, los dos científicos cerraron la puerta y se dirigieron a sus casas para descansar un poco.

Rod reconoce que los escépticos pueden decir que la idea finalmente se le ocurrió, tal como se le ocurriría a un científico ateo que se enfrenta a un problema. Tal vez Robert Schuller tenga razón cuando dice que todas las ideas creativas provienen de Dios, independientemente de la fe de la persona que las recibe. Pero Rod y Wil están convencidos de que Dios les dio la respuesta esa noche.

No todas nuestras oraciones están dirigidas a Dios. A veces está involucrado el enemigo de nuestras almas, Satanás. A veces necesitamos dirigirnos a él directamente en una guerra espiritual, ordenándole que detenga cualquier actividad que esté promoviendo. Tal vez una dificultad en el trabajo o con un compañero de trabajo no sea simplemente de origen natural.

No debemos buscar actividad demoníaca en todo, pero debemos estar conscientes de que el enemigo puede

estar trabajando. Podemos enfrentarlo de manera sencilla y rápida si asumimos la autoridad que Jesús nos dio sobre él (Santiago 4:7; 1 Pedro 5:8,9). Si nos hemos rendido a Dios y estamos haciendo lo que Él nos ha llamado a hacer, entonces Él está comprometido con nuestro éxito.

El espíritu emprendedor está muy presente en mi hijo David. Cuando era adolescente, puso en marcha dos pequeñas empresas: un taller de coches personalizados, y David and David Video Productions, una sociedad con otro estudiante de cine, David Tokios.

Cuando empezaron a trabajar juntos, los dos David se comprometieron a orar juntos antes de filmar o editar. Sometieron su trabajo a Dios y resistieron cualquier actividad del enemigo. Y todos los días su trabajo transcurría sin problemas. Excepto un día.

Ese día, durante la frenética producción de una película, se olvidaron de orar. Tenían prisa y se pusieron a trabajar. Ese fue el día en que todo salió mal. Todo lo que puede salir mal en un sistema de edición, salió mal. Cuantos más problemas surgían, más molestos estaban, primero con el equipo, luego entre ellos. De repente, se dieron cuenta de lo que estaba mal. Se detuvieron y oraron, se tomaron un descanso y luego volvieron a

trabajar. Las dificultades se suavizaron y pudieron terminar el proyecto con éxito.

¿A Dios realmente le importa si un proyecto de video tiene éxito? ¿Acaso le importa al enemigo? A ambas partes les preocupa si hemos sometido nuestro trabajo a Dios. Entonces se convierte en Su trabajo, y Dios se encarga de Su negocio. Y como el enemigo trabaja contra Dios y Su pueblo, él también está trabajando, buscando la destrucción.

Más tarde, mi hijo David decidió que debía tomarse un tiempo libre de su negocio y de la universidad para asistir a dos escuelas de JUCUM, una Escuela de Estudios Bíblicos en Honolulu y una Escuela de Capacitación para Líderes en Chile. No tenía mucho sentido porque David y David Video Productions acababan de obtener un gran préstamo. Pero obedecieron a Dios y confiaron en Él durante la interrupción de seis meses. David Tokios se hizo cargo de la doble carga, pero durante esos seis meses Dios bendijo su negocio diez veces más.

COMPROMÉTETE CON LA EXCELENCIA

Si lo primero que los empresarios cristianos deben saber es que son misioneros y que necesitan tener un

llamado, entonces lo segundo que deben comprender es que el Espíritu Santo está comprometido a que sobresalgan en ese llamado.

Un amigo mío es David Aikman, corresponsal principal de la revista Time. David ha dirigido las oficinas de la revista en Pekín, Berlín y Jerusalén. David cree que el llamado juicio del mono Scopes, en 1925, marcó un punto de inflexión para los cristianos en Estados Unidos.

Tal vez haya leído sobre este juicio histórico entre el Estado de Tennessee, que había promulgado una ley que prohibía la enseñanza de la evolución atea en las escuelas estatales, y Jerome Scopes, un profesor que había desafiado la prohibición enseñando la evolución atea.

Los cristianos se mostraron muy preocupados por este proceso y llenaron la sala del tribunal todos los días. Lamentablemente, en la acalorada batalla legal y el fervor de la galería a veces rebelde, los cristianos salieron ilesos. Los evolucionistas ganaron el juicio. Pero lo peor fueron los informes de los medios de comunicación, que pintaron a los cristianos creyentes en la Biblia como personas ignorantes, sin educación y que rechazaban el pensamiento «científico».

Según David Aikman, esto, junto con los cambios de pensamiento en las universidades y seminarios a principios del siglo XX, obligó a los cristianos a adoptar una actitud defensiva. Hasta ese momento, los cristianos habían ocupado puestos de influencia en la educación, el gobierno, los negocios y las artes. Pero después, según Aikman, muchos cristianos simplemente se retiraron de la competencia. Comenzamos a aceptar la mediocridad, empezamos a sospechar de la educación y nos consideramos inferiores.

¿Es exagerado decirlo? ¿Qué sucedería si su hija le dijera que siente que Dios quiere que se dedique al campo de las comunicaciones? ¿Podría imaginarla como presentadora de noticias de una cadena de televisión, o trabajando como editora de un periódico importante? ¿O automáticamente le aconsejaría que busque un trabajo en el campo de las comunicaciones cristianas?

¿O alguna vez has dicho algo así como: «Bueno, para una novela (o película) cristiana, fue realmente bastante buena»?

Esto no pretende menospreciar las comunicaciones cristianas, pero muchos jóvenes automáticamente buscan

trabajo en entornos seguros, evitando inconscientemente la competencia más dura del mundo.

Estoy de acuerdo con mi amigo David Aikman. Necesitamos recuperar el liderazgo que hemos abdicado. Si vivimos en un «gueto cristiano», tal vez hayamos ayudado a construir los muros. Se necesitará mucho trabajo y dedicación, pero los cristianos deben ser capaces de tener éxito en cualquier campo al que Dios los llame. Siempre que nos esforcemos y pongamos en práctica los dones que Él nos ha dado, Dios suma su parte a nuestro esfuerzo. Eso es lo que quiere decir Isaías 48:17 cuando dice: «Yo soy el Señor tu Dios, que te enseña para que tengas éxito».

INTEGRIDAD

Muchos principios de las Escrituras se aplican directamente al mundo de los negocios. Uno de los más importantes es la integridad. La Palabra de Dios dice que Él odia las balanzas fraudulentas (Prov. 11:1). Las balanzas eran el instrumento de los comerciantes. Los cristianos que se mueven en integridad dejarán una marca no solo para sus negocios sino para el Señor a quien sirven. La forma en que realizan su trabajo y cumplen con sus obligaciones, así

como la calidad de sus productos, tendrán un impacto en su comunidad. Serán una bendición.

EL PRINCIPIO DE MULTIPLICACIÓN

El Señor ha incorporado el crecimiento a todos los esfuerzos saludables. Este es el principio bíblico de la multiplicación en acción. El crecimiento es el resultado natural de seguir a Jesús y usar los dones que Él nos ha dado con integridad.

En Génesis 1, Dios dijo que cada uno sería fructífero y se multiplicaría «según su género». Esta es la clave: ¿es perjudicial o una bendición que tu esfuerzo se multiplique «según su género»? Algunas personas están multiplicando un desastre. Pero si basas tu negocio en la palabra de Dios, si tiene un motivo y métodos cristianos, puede ser un prototipo para ser duplicado en todo el mundo, trayendo bendición a muchos. ¿Y cuál es un motivo cristiano para los negocios? Todo negocio debe tener en su centro a personas que amen a Dios con todo su corazón, personas que quieran glorificar a Cristo y servir a los demás de alguna manera.

SIRVIENDO A DIOS Y A LOS HOMBRES

Otro factor importante para el éxito es el principio del servicio. Jesús nos llamó a ser siervos. Esta es una parte vital de la vida del cristiano, ya sea que preste servicio en el ministerio a tiempo completo o en el mundo del trabajo de 9 a 5.

Un fabricante de equipos de oficina que mueve miles de millones de dólares aprendió recientemente este principio, que Jesús enseñó a sus discípulos (sin embargo, no sé si la empresa reconoció la fuente cristiana de este principio). Durante muchos años, esta organización ha estado sufriendo una reducción de la cuota de mercado, una caída de las ganancias, una creciente insatisfacción de los clientes y otros problemas. Todos los años, la dirección intentaba sacar a la empresa de su atolladero estableciendo objetivos claros, y animando a su gente a trabajar más duro, pero nada parecía funcionar.

Finalmente, idearon un nuevo enfoque. Invirtieron una enorme cantidad de dinero y tres años en capacitar a todos los miembros de la empresa, desde los altos directivos hasta cada uno de sus ochenta mil empleados. ¿Y en qué consistió su capacitación revolucionaria? En pocas

palabras, cada uno debía decidir a quién servía. Todos se preguntaron: «¿Quién es mi cliente?».

Para los vendedores era fácil pensar en términos de clientes, pero ¿quiénes eran los clientes de las secretarías, los mandos intermedios o los ejecutivos? Se puede decir que todos en una empresa aceptan una tarea de alguien, le añaden valor y la transmiten. Por lo tanto, sus clientes eran aquellos a quienes les pasaban su trabajo. Algunos grupos tenían que dedicar semanas e incluso meses simplemente a identificar a sus clientes, no siempre era obvio.

Luego, mediante un proceso formalizado, comenzaron a preguntarse: «¿Qué necesita mi cliente?». Una vez que se obtuvo la respuesta, se realizó un esfuerzo sistemático para determinar la mejor manera de satisfacer esas necesidades. Finalmente, se solicitó la opinión del cliente para asegurarse de que se cubrieran esas necesidades.

En pocos años, la corporación aumentó su eficiencia, redujo sus costos, obtuvo mayor calidad y producción y una mayor satisfacción del cliente. Pero este nuevo y audaz concepto que enseñaron a su gente se podría resumir así

de simple: «El que quiera hacerse grande entre ustedes será su servidor» (Mateo 20:26).

Si tienes el mismo deseo que Jesús de servir a la gente, siempre serás justo con tus empleados. No participarás en ninguna práctica comercial que obligue a tus trabajadores a poner sus compromisos laborales por delante de las prioridades que Dios les ha dado, como cuidar de sus familias. Tu filosofía de amar a la gente y usar las cosas, en lugar de amar las cosas y usar a la gente, se transmitirá de manera natural a todos los que trabajan bajo tu mando.

UN DÍA EN SIETE

Otro principio importante para todos los cristianos, incluidos los que trabajan de 9 a 5, se establece en el cuarto mandamiento: debemos santificar el sábado.

Muchos se ponen nerviosos cuando se habla de este tema. Han tenido una educación estricta con mucho legalismo. Algunos cristianos han llegado incluso a matar la alegría del sábado, como los fariseos. Una persona recuerda que su tía abuela le dijo a una joven que bordaba el domingo: «¡Estás violando el sábado! ¡En la eternidad tendrás que quitarte esos puntos con la nariz!».

Sin embargo, Dios diseñó el sábado. Sus principios tienen mucho que decir a una generación en la que incluso los jóvenes están agotados por el estrés. El sábado, apartar el trabajo un día a la semana, es un compromiso constante de confiar en Dios con el trabajo inacabado. Si pagar los diezmos y vivir por fe en lo económico es confiar en Dios incluso cuando no hay suficiente dinero, entonces esto es su contraparte en la realización de la carga de trabajo. Todos tenemos dos recursos preciosos: tiempo y dinero. A menudo no tenemos el dinero para hacer lo que Dios nos está guiando a hacer, y constantemente no tenemos el tiempo para completar nuestras tareas. ¿Qué haces cuando tienes demasiado trabajo que hacer en muy poco tiempo? ¿Trabajas cada vez más duro, quemándote las pestañas, trabajando todos los días de la semana, sacrificando la familia, el tiempo social, la participación en la iglesia, el ejercicio, todo, tratando de llegar a todo?

El descanso sabático es más que no cortar el césped el domingo. Tal vez cortar el césped sería más beneficioso y relajante, un descanso necesario de las presiones que enfrentas en el trabajo. El descanso sabático es tan importante que Dios lo incluyó como uno de los diez mandamientos.

Estoy en deuda con Fraser Haug, un compañero de trabajo de JUCUM en Kona, por algunas de estas ideas sobre el sábado.

El Señor fue el primero en observar el sábado. Podría haber seguido creando más especies, más plantas y más galaxias, pero se detuvo y dijo: «Ya basta».

Otro Shabat que se observaba en Israel era el de sembrar cosechas durante seis años y no sembrar en el séptimo año. Esto creaba un riesgo financiero, incluso un riesgo para la existencia del pueblo. Como no se proveían a sí mismos con el trabajo de sus manos, tenían que depender en mayor medida de Dios.

Siempre habrá más trabajo del que se puede hacer con el tiempo que tenemos. Si nos dejamos guiar por Dios diariamente, haciendo lo que Él nos muestra y en Su orden de prioridad, entonces Él se hará responsable de lo que no podamos hacer. Ese es el espíritu del sábado: la asociación con el Creador y la confianza en Él.

La clave para el descanso sabático es la obediencia. Es como entrenar a un perro para que traiga algo. Le tiras un palo seis veces diciéndole: «¡Trae algo!». Si en la séptima vez, le tiras el palo y le dices: «¡Siéntate!», es una prueba aún mayor de su obediencia. Por eso debemos aprender a

«sentarnos» o descansar, confiando en que Dios completará la obra que ha comenzado.

Hay muchas otras cosas involucradas en la observancia del sábado. Estas incluyen la reflexión y la evaluación, la celebración, la santificación, el descanso y el refrigerio. Dios nos ha diseñado de tal manera que, si quebrantamos la ley del sábado, ella nos quebrantará a nosotros. Sin embargo, no creo que debamos hacer un absoluto con respecto a qué día de la semana es el sábado. Después de todo, nuestro calendario actual no es inspirado como lo fue la Biblia. Fue creado en el siglo XVI y tiene fallas que deben corregirse en los años bisiestos. Ciertamente, los predicadores no tienen un sábado el domingo. Es un día largo y duro de trabajo para ellos. Además, necesitamos protección policial, departamentos de bomberos y muchos otros servicios el domingo. Pero aquellos que tienen que trabajar los domingos aún necesitan seguir el principio de Dios del descanso sabático. Todos debemos tener un día de cada siete.

Durante la Segunda Guerra Mundial, debido a la necesidad de material bélico, el gobierno de los Estados Unidos pidió a las fábricas que probaran a ofrecer semanas laborales de siete días para sus empleados. A varias

empresas les dieron contratos para construir barcos. Una de estas empresas, Correct Craft, era propiedad de Walter O. Mellon. Mellon era cristiano y se negó a poner a sus trabajadores en turnos de siete días. El gobierno respondió amenazando con quitarle el contrato, pero él los convenció de que le dieran un poco de tiempo. Garantizó que su empresa podría cumplir con sus cuotas de producción, aunque sus competidores pusieran a sus trabajadores en turnos de siete días. Después de un tiempo se hizo evidente que Christian y su empresa podían producir más que sus competidores, aunque trabajaran solo seis días a la semana.

¿QUÉ HACER SI TE VUELVES RICO?

Otro principio importante que los cristianos que trabajan en el mundo de los negocios deben recordar es el siguiente: Dios es quien les da la capacidad de ganar dinero. Puede parecer obvio, pero ¡cuán rápido lo olvidamos! Si en el curso de su trabajo comienza a tener éxito, recuerde las advertencias bíblicas a los ricos:

Tal vez digas en tu corazón: «Mi poder y la fuerza de mis manos me han producido esta riqueza». Pero acuérdate del Señor tu Dios, porque es él quien te da el poder para producir riquezas (Deut. 8:17,18). Y, «Aunque

aumenten tus riquezas, no pongáis el corazón en ellas» (Sal. 62:10).

Pablo le encargó a Timoteo que les dijera a los empresarios de su época que no se envanecieran ni pusieran su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios. También les dijo que hicieran el bien, que fueran ricos en buenas obras y en generosidad (1 Tim. 6:17-19).

Todos los cristianos debemos ser generosos y dar, pero Dios ha dado a algunas personas un talento especial para ganar dinero y así poder dar más a la obra de Dios. Podríamos llamarlos «empresarios del Espíritu Santo». Pablo se refirió a estas personas como personas que tenían el don de ayudar (1 Cor. 12:29) o el don de dar (Rom. 12:8). Una de las muchas maneras en que Dios provee es dándoles a estas personas ideas que les permitan ganar dinero.

Algunos se acobardan ante la idea de cristianos ricos, pues creen que la riqueza es injusta. Piensan que el hecho de que un hombre sea rico tiene que hacer que otro sea pobre. Pero yo creo que las ideas son el único límite a la riqueza. El control de los recursos naturales solía ser una garantía de la riqueza de una nación, pero esto se

contradice con Japón, Singapur, Hong Kong y Corea. Estos países tienen muy pocos recursos naturales, pero han prosperado. Y basta con mirar la creación de diminutos microchips, hechos de arena sin valor, que tanto están contribuyendo a enriquecer a la gente en nuestros días.

Si Dios nos da el poder de hacer dinero, como cristianos debemos tener cuidado de preguntarle cómo utilizar ese dinero. No deberíamos darle a Dios una propina a regañadientes en el plato de las ofrendas. En cambio, deberíamos tener la actitud de un hombre de negocios como RG LeTourneau, quien terminó «diezmando» el noventa por ciento de su riqueza. Su comentario fue: «No es una cuestión de cuánto dinero le doy a Dios, sino cuánto de Su dinero me quedo para mí».

Cuando Dios nos bendice y descubrimos que tenemos más dinero del que necesitamos, es el momento de pedirle su guía. Pregúntale a Dios: «¿Qué debo hacer con este dinero extra?».

¿Hay alguien a quien debería dárselo?

¿Debo dejarlo de lado y esperar que me muestres cómo invertirlo en Tu Reino?»

Otra razón para que los empresarios mantengan su generosidad es que operan en un mundo dominado por el Rey de Tiro. Como ya hemos visto en un capítulo anterior, el propio Satanás está muy involucrado en el área del comercio. Es quizás el área de su mayor actividad. Jesús vino a redimir el comercio y los negocios. Cuando damos generosamente para la gloria de Dios, especialmente a algo como las misiones, que no nos dan ningún beneficio directo, estamos destruyendo las obras del diablo en el mundo. Estamos haciendo retroceder al Rey de Tiro y a la codicia desenfrenada al actuar con el espíritu opuesto de la generosidad.

Dios busca canales abiertos en los que pueda confiar para bendecir a otros a través de ellos y de sus donaciones. Pero si se ponen manos pegajosas, Dios puede detener el flujo.

UN NUEVO TIPO DE MISIONERO

Necesitamos un enfoque totalmente nuevo para los negocios. Necesitamos personas que busquen a Dios y sigan Su voluntad en sus trabajos de 9 a 5. Necesitamos personas cuya primera lealtad sea hacia Dios y Su Reino, que vean sus trabajos como parte de la tarea general de llevar el señorío de Jesús a toda la tierra. Hace poco conocí

a una persona así. No puedo nombrarlo debido a lo delicado de su situación. Pero sintió el llamado de Dios a las misiones y fue a un país donde había muchas restricciones para predicar el Evangelio. Allí fundó una planta de fabricación de productos electrónicos. En pocos años su negocio ha crecido hasta emplear a cientos de personas.

Como ha permitido que Dios estimule su imaginación, ha inventado algunos aparatos electrónicos singulares. Por ejemplo, me mostró algo un poco más grueso que una tarjeta de crédito: un folleto que contiene un mensaje evangélico de treinta minutos grabado en un microchip; no necesita ninguna máquina para reproducirlo. Otro invento es una radio portátil que funciona con energía solar y está programada para reproducir un solo canal: una estación de radio cristiana que transmite en esa región predominantemente no cristiana. No todos sus inventos tienen fines evangelizadores, por supuesto, pero estos me interesaron particularmente.

Otra de sus ideas fue alternar cristianos con no cristianos en sus líneas de montaje, haciendo más fácil que los creyentes testificaran durante la jornada laboral.

¿Es mi amigo un misionero? No en el sentido tradicional, enviado por una junta misionera, con un casco de corcho y una gran Biblia. Pero en todos los demás aspectos, lo es. Necesitamos miles más como él que se atrevan a someterse a Dios y le permitan hacerse cargo de sus propios asuntos.

CAPÍTULO 10: COMO DAR

¿Le ha pasado esto a usted? Está sentado en su coche en una intersección, en el carril más cercano a la acera. De pie junto a la acera hay una familia desfavorecida, un hombre, una mujer y un niño. El hombre sostiene un cartel que dice: «Trabajará por comida». ¿Qué hace?

Llegas a casa, te desplomas en una silla y empiezas a ordenar tu correo: un montón de facturas, algunos folletos publicitarios y dos boletines. Uno es elegante y profesional. Parece que alguien ha subrayado pasajes clave para que los leas, pero si miras más de cerca, también está impreso. El otro boletín ocupa cada centímetro cuadrado de un aerograma extranjero.

En ambas cartas se pide dinero para ayudar a alguna buena causa, como comprar Biblia para distribuir en Rusia o alimentar a personas hambrientas en el norte de África. Luego abres una revista. Allí, invariablemente, aparece una niñita morena con ojos muy grandes. Sólo por el precio de tu pausa para el café de la mañana, dice el anuncio de la revista, podrías alimentarla regularmente. ¿Cómo respondes a todo esto?

Algunos han reaccionado endureciéndose ante todos los llamados. Se aíslan de los sintecho, diciéndose a sí mismos que si realmente quisieran un trabajo, podrían encontrar trabajo. O simplemente miran hacia otro lado. Sólo hace falta un esfuerzo de voluntad para olvidar la expresión del rostro de ese hombre junto a la intersección con su cartel. Siéntese en su automóvil y mire hacia adelante. ¿Cuándo cambiará ese semáforo? Busque una nueva estación en la radio. Tal vez incluso compruebe que el interruptor de bloqueo automático de las puertas esté en la posición correcta.

Cuando nos bombardean continuamente las necesidades, nos endurecemos o nos abrumamos. Incluso si limitamos nuestras donaciones a la iglesia, se nos presentan más necesidades de las que podemos atender. ¿Cómo podemos permanecer sensibles a las necesidades y abiertos al Señor en nuestras donaciones?

DAR GUIADO POR EL ESPÍRITU

La única manera de permanecer cuerdos, solventes y blandos de corazón es pedirle a Dios que dirija nuestras donaciones. El primer paso para aprender a dar es pedirle a Dios. Él promete que sus ovejas escucharán su voz. Decide ahora mismo que, siempre que se te presente una

necesidad, le preguntarás a Dios si vas a dar y cuánto. Si te dice que no, puedes confiar en que Él satisfará la necesidad de alguna otra manera.

A veces, no dar puede ser una verdadera prueba de obediencia. Don Price era el líder de un pequeño equipo que trabajaba en Zimbabue (en aquel entonces Rodesia) en los años 70. Uno de los miembros del equipo era un noruego larguirucho y rubio llamado Bjorn Skjellbotten. Un día, a principios de diciembre, Bjorn le pidió a Don que orara con él. Bjorn había estado trabajando como misionero de corto plazo en África durante un año, pero ahora tenía que regresar a Noruega para realizar el servicio militar.

«Don, lo que quiero que ores conmigo es el momento oportuno. Sé que es el momento adecuado para que me vaya a casa, pero no sé cuándo quiere el Señor que me vaya».

Entonces Don se inclinó y oró con Bjorn. Después de orar, Don sugirió que Bjorn podría partir a fines de ese mes, el 31 de diciembre. Había un grupo de estudiantes que salían en un vuelo económico de LuxAir con destino a la escuela de JUCUM en Suiza. Él podría viajar con ellos hasta Luxemburgo y luego continuar hasta Noruega. Bjorn

también se sintió bien al respecto y Don pronto se olvidó de ello en medio de la actividad normal del equipo.

El día antes de la partida del grupo, Bjorn se acercó a Don y le preguntó: «¿Sigues creyendo que es la voluntad de Dios que me vaya mañana?».

—Sí —respondió Don, buscando en su memoria, recordando aquel día en que oraron juntos—. Yo sentí que Dios nos había dado esa fecha, ¿tú no?

—Eh... sí —dijo la joven rubia, haciendo una pausa...

«¿Por qué, qué está mal?»

«Bueno... no tengo dinero. Pensé que si Dios me decía que tenía que ir y me decía cuándo, Él me daría el dinero para viajar a casa. Necesito doscientos rands para el billete. He intentado hacer reservas y me han puesto en lista de espera, ¡pero todavía no tengo el dinero!»

Don asintió, enmascarando su sorpresa. ¿Cómo podía explicar que, como Bjorn venía de un país más rico como Noruega, Don había dado por sentado que tenía el dinero para volver a casa? Y ahora faltaban menos de veinticuatro horas para que saliera el vuelo.

«Consultemos con Dios y veamos si hemos oído bien», sugirió Don. Los dos oraron juntos y luego esperaron en silencio.

—Sigo pensando que me voy a ir mañana —dijo finalmente Bjorn. Don tuvo que estar de acuerdo: tenía la misma impresión, aunque deseaba que no fuera así. Otra semana podría marcar una gran diferencia. Podría hablar con algunos amigos cristianos en nombre de Bjorn... o hacer algo.

Pero sólo tenían veinticuatro horas. De alguna manera, el Señor tendría que proporcionar doscientos rands antes de la mañana. «Confiaré en Dios», dijo Don, añadiendo confianza a su voz. «Nos vemos en el aeropuerto mañana».

Don llegó tarde, ocupado con los detalles de último minuto, ayudando al grupo a partir hacia Suiza. Cuando entró en la terminal, vio la cabeza rubia de Bjorn elevándose sobre la multitud. Cuando se acercó a él, Don vio su abultada mochila en el suelo, a su lado.

—Entonces, ¿llegó tu dinero, Bjorn? —preguntó Don. Bjorn se limitó a negar con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa—. No, pero supongo que el Señor todavía puede darme doscientos rands en los próximos minutos, ¿no?

Don se apresuró a ir al mostrador de facturación para ayudar a los demás, que conversaban, reían y luchaban con las pesadas maletas. Era un esfuerzo por ocultar su preocupación, que rápidamente se estaba convirtiendo en pánico. ¡Este joven estaba confiando en que Dios lo ayudaría! Don estaba seguro de que alguien se habría sentido impulsado a dar algo a Bjorn o que habría llegado una ofrenda inesperada por correo, pero no fue así. Ahora el avión saldría en unos minutos. ¿Cómo podría Don explicárselo? Él sería el responsable de que este joven creyente viera aplastada su fe en la guía y provisión de Dios.

Don encontró un asiento en la sala de espera y comenzó a vaciarse los bolsillos, contando el cambio que tenía, como si por algún milagro tuviera suficiente para ayudar. Había menos de veinte rands. Entonces llamó a su esposa y a su secretaria, les explicó la situación y les preguntó cuánto dinero tenían. Después de revisar sus carteras, encontraron unos cuantos rands más y algunos centavos.

A estas alturas, el grupo ya estaba haciendo cola para pasar el control de pasaportes de camino al avión. Algunos

ya estaban desapareciendo en la zona de acceso restringido.

«¡No! ¡No!»

Alguien gritó su nombre por encima de las cabezas del grupo emocionado que se apretujaba hacia la salida. Era Mike Killen, que salía para recibir capacitación en Suiza. «¡Esto es para tu ministerio aquí!», gritó Mike. Don sonrió cuando vio a Mike cerca del frente de la fila, agitando un sobre. Mike se lo devolvió antes de dirigirse a los rincones más recónditos del aeropuerto, y los JUCUMeros en la fila se lo pasaron de mano en mano hasta que llegó a Don. Bueno, Dios, ¡esta vez esperaste lo suficiente!, pensó mientras abría el sobre y encontraba un fajo de billetes. Cuando los contó rápidamente, descubrió que eran casi suficientes para pagar el pasaje de Bjorn. Entonces Don escuchó la voz de Dios hablar dentro de su mente, claramente. Demasiado claramente. Este dinero no es para él.

Su corazón se hundió. Don miró hacia donde estaba Bjorn, esperando, mirando distraídamente por una ventana. La fila de pasajeros que salían casi había desaparecido. Al menos no vio el sobre, pensó Don, con el

corazón apesadumbrado. Y luego, está bien, Dios. No le daré esto. Pero, por favor, ¡haz algo pronto!

En ese momento, una joven llamada Thelma Broodryck se acercó a Don. Era una nueva voluntaria que venía a trabajar con ellos en Rodesia. Evidentemente, había ido al aeropuerto para despedir a unos amigos que se iban a Suiza. Thelma le dijo: «Don, tengo doscientos rands aquí en cheques de viajero. Los traje conmigo para gastos imprevistos. Pero creo que el Señor me está diciendo que se los dé a ese muchacho noruego para su viaje de regreso a casa».

Don dejó escapar el aliento y dijo: «¡Alabado sea Dios!». Murmuró un rápido agradecimiento y corrieron con los cheques de viajero al centro de cambio. Cuando regresaron con el dinero en efectivo, todo el grupo se había ido. Bjorn estaba de espaldas a ellos, hablando con la esposa de Don, Cecilia, y otro amigo. Antes de que Don pudiera alcanzarlo, vio que el agente de boletos llamaba a Bjorn: «Sr. Skjellbotten, ha habido una cancelación. ¡Puede comprar su boleto ahora!».

Bjorn levantó su mochila y caminó hacia el agente. Don aceleró el paso para unirse a él y llegó a su lado justo cuando el agente le pedía el dinero a Bjorn. Antes de que

Bjorn pudiera responder, Don dijo: «Aquí está, señor», y le entregó los billetes al agente. Apenas tuvo tiempo de explicarle a Bjorn lo que había sucedido. Bjorn lo abrazó, se echó la mochila al hombro y se dirigió al control de pasaportes.

DAR SIN CONDICIONES

El segundo paso para aprender a dar es renunciar a los derechos sobre el dinero. Muchas personas confunden la buena administración con el deseo de seguir controlando el dinero que donan. Donarán, siempre y cuando puedan opinar sobre cómo se gasta su dinero. Inconscientemente, desean controlar a la persona o al ministerio al que están donando.

Si bien podemos destinar fondos cuando damos, no debemos manipular los acontecimientos ni a las personas a través de nuestro dinero. Si usted ha obedecido a Dios y ha dado a quienes Él le ha indicado que dé, entonces confíe en que Él los guiará en cómo usarlo.

La tercera cosa que hay que aprender a hacer al dar parece casi una contradicción con lo que acabo de decir, pero es importante averiguar cómo se gasta el dinero. La rendición de cuentas por los fondos donados a la obra del

Señor es bíblica y sólida y, en parte, es responsabilidad suya. Averigüe qué parte de su donación se destina al ministerio al que está destinada, cuánto se gasta en gastos generales y administrativos e incluso cuánto de su dinero se destina a recaudar más dinero.

Cada persona es diferente en lo que se refiere a dar. A algunos les gusta dar a las personas, mientras que a otros les gusta dar a proyectos que tienen un principio y un fin. Algunos prefieren dar a ministerios de misericordia; otros quieren que sus donaciones se destinen a la evangelización. Y a otros les gusta contribuir a ministerios de capacitación o de comunicaciones para multiplicar sus donaciones.

Estas preferencias no son malas, pero todos debemos permanecer abiertos al Espíritu Santo y a su guía. En mi opinión, los patrones más naturales son que las personas den a otras personas y que las iglesias o los grupos den a proyectos que tienen un principio y un fin.

En Juventud Con Una Misión, hemos estado en el lado receptor y dador de otro fenómeno, organizaciones cristianas que dan a otras organizaciones cristianas. En mi libro «*Making Jesus Lord*», compartí cómo pasamos por un proceso doloroso y humillante durante nuestro primer

intento de comprar un gran barco para fines ministeriales. El Señor nos impresionó para que le diéramos \$130,000 a Operation Mobilization para el barco que estaban en proceso de comprar para el ministerio. Luego, para nuestro asombro, el Señor llevó a otras organizaciones, como Last Days Ministries, The 700 Club, 100 Huntley Street, The Billy Graham Evangelistic Association y David Wilkerson Youth Crusades, a darnos dinero de sus propios ministerios, grandes donaciones que a su vez nos ayudaron a comprar finalmente nuestro primer barco de misericordia, Anastasis.

Todas estas donaciones pusieron de relieve nuestra necesidad del resto del Cuerpo de Cristo. Si había habido alguna tentación de pensar que éramos especiales, que de alguna manera JUCUM era un poco mejor que otras organizaciones misioneras o grupos cristianos, las donaciones de estos otros grupos silenciaron cualquier susurro de esa noción en nuestros corazones.

OBTENIENDO LA PERSPECTIVA DE DIOS

Al dar, evite la tendencia a dejar algunas necesidades fuera de la vista y de la mente. Todos nos preocupamos más por nuestra propia familia, nuestro propio vecindario y país. Pero el Dios de toda la tierra siempre está tratando de elevarnos por encima de nuestros estrechos y pequeños

mundos. Su preocupación y ternura de corazón no se limitan a los límites de nuestra ciudad o de nuestras fronteras nacionales. Consiga un buen atlas, si no tiene uno, y estúdielo. Lea la sección internacional de las revistas de noticias. Conviértase en un experto en geografía. Averigüe acerca del mundo entero, ore por todo el mundo y, como Dios lo guíe, dé a todo el mundo. Tampoco tire ese «correo basura». De hecho, cuando se trata de boletines cristianos, he dejado de usar ese término. No es basura si me familiariza con algo que Dios está haciendo con otros siervos en otras partes de Su cosecha. En la medida de lo posible, necesito escanearlos, o dárselos a otros que puedan hacerlo, y permanecer abierto a la dirección del Señor.

COMO TOMAR UNA OFRENDA

Esta es probablemente la parte del culto que se hace con menos frecuencia y en la que menos se piensa en la mayoría de las iglesias. Los predicadores van a una escuela bíblica o a un seminario para aprender a dar buenos sermones basados en la Palabra de Dios. Pasan una buena parte de la semana estudiando y preparándose para el momento en que suben al púlpito a predicar. Los músicos y los líderes de adoración también pasan años

desarrollando habilidades y dedican horas cada semana a prepararse para dirigir el culto los domingos.

Pero ¿a dónde va la gente para aprender a recoger una ofrenda y cuánto tiempo se dedica a orar sobre cómo debe hacerse cada semana? La mayor preparación para la ofrenda suele ser la música que se toca para mantener la mente de la gente ocupada mientras se pasan los platos por los pasillos.

Sin embargo, la Biblia tiene mucho que decir acerca de las ofrendas. De hecho, ¡hay 356 referencias a las ofrendas en la Biblia! Al leer acerca de las ofrendas bíblicas, verá que eran eventos llenos de color, drama y emoción. El líder primero pasaba tiempo con Dios y recibía Su guía, luego desafiaba a la gente a dar. Las ofrendas bíblicas no estaban intercaladas entre las partes más «espirituales» del servicio. Eran profundamente espirituales y a menudo marcadas por un alegre abandono.

Por ejemplo, lea Éxodo 2:5 sobre la ofrenda para la construcción del primer Tabernáculo. Observe que a aquellos cuyo corazón los movió se les dijo la necesidad. Y la necesidad fue detallada con mucho cuidado. Se solicitaron cantidades específicas de oro, plata, bronce, aceite, especias, joyas y telas de púrpura y escarlata, y se le

pidió al pueblo que donara para satisfacer esas necesidades.

Moisés también pidió trabajadores cualificados que donaran su trabajo (Éxodo 35:10). Al leer en Éxodo 3:5 acerca de la gran efusión de ofrendas y trabajo, vea qué contraste hay con la mayoría de las ofrendas de hoy. No podían haber usado un plato de ofrendas del tamaño de un pastel, como los que solemos usar en los servicios de la iglesia, o peor aún, la bolsa de tela en un palo, en la que escondes tu mano mientras dejas caer tu ofrenda. (Una vez leí que la ofrenda es significativamente más pequeña cuando se usa la bolsa de tela). Los hijos de Israel deben haber llevado sus ofrendas en carros y haber hecho grandes montones de ellas delante del Señor. La ofrenda continuó durante varios días, según Éxodo 36:3, hasta que los líderes tuvieron que impedir que el pueblo trajera más. Había más que suficiente para hacer la obra del Señor.

¿Han visto ustedes esto alguna vez en su iglesia? Nunca he visto una manifestación tan abundante de amor por Dios como para que haya que impedir que la gente dé. Sin embargo, he visto donaciones abundantes y he aprendido un poco de las maneras en que Dios anima a la gente a dar de esa manera.

LOS LÍDERES DEBEN DAR RADICALMENTE

Todo comienza con el líder y su disposición a escuchar la guía de Dios con respecto a una ofrenda, y su obediencia al declararla al pueblo. No estoy diciendo que cada domingo deba haber un evento importante de ofrendas, como en este ejemplo del liderazgo de Moisés. Pero hay momentos de donación pionera cuando Dios está guiando a un grupo hacia un gran desafío de fe. En esos momentos, los líderes deben escuchar al Señor y dar de manera radical y más generosa que lo habitual.

Como mencioné en un capítulo anterior, hace algunos años el Señor nos guio a comprar un castillo en Hurlach, Alemania. Nos habíamos mudado allí con mil trabajadores en la época de la obra de evangelización de los Juegos Olímpicos de Múnich. Después de la obra de evangelización, alrededor de cien miembros del personal y misioneros en formación se alojaron en este castillo, que fue pagado en varios pagos grandes. Una vez, llegamos a uno de estos pagos y teníamos muy poco dinero en nuestras cuentas. Sin embargo, necesitábamos alrededor de 200.000 marcos alemanes, o unos 120.000 dólares, en dos meses.

Reuní a nuestro pequeño grupo de líderes en el castillo. Éramos seis y nos reunimos en el pequeño apartamento de David y Carol Boyd, adyacente al castillo. Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y le pedimos a Dios que nos mostrara cómo quería satisfacer esa necesidad.

Después de esperar en la presencia de Dios, escuché a Dios hablar en mi mente: «Da todo lo que tienes y mañana traeré diez veces esa cantidad del personal y los estudiantes. Luego traeré diez veces el total de ellos de fuera de JUCUM».

Cuando les dije a los demás lo que percibía como la dirección de Dios, estuvieron de acuerdo. Alguien dijo que Dios quería que diéramos radicalmente y que habría gran alegría.

John Babcock, que en ese momento dirigía el mantenimiento de vehículos, estuvo de acuerdo y dijo: «Como líderes, tenemos que empezar primero. Mi esposa y yo hemos estado ahorrando todo el año para volver a Estados Unidos para la graduación universitaria de nuestros hijos. Creemos que se supone que debemos dar eso». John luego puso un cheque por varios cientos de dólares sobre la mesa.

El resto de nosotros seguimos su ejemplo hasta que hubo aproximadamente mil doscientos dólares sobre la mesa en efectivo y pagarés.

Al día siguiente le presentamos a nuestro personal y estudiantes la necesidad, pero no les dijimos lo que Dios nos había dicho como líderes, que nuestra donación sería una décima parte de lo que ellos dieron. Simplemente le dije al grupo de cien jóvenes que guardaran silencio ante Dios y le preguntaran si iban a dar y cuánto iban a dar.

Después de un tiempo de espera silenciosa, comenzaron a dar. Cuando se contaron todo el dinero y los cheques, incluidos los regalos de relojes y cámaras, la ofrenda total fue aproximadamente diez veces más de lo que nosotros, como líderes, habíamos dado anteriormente. Durante los días siguientes, recibimos donaciones financieras y materiales de otros cristianos, principalmente de Alemania. Entre estas donaciones y los ingresos inesperados, se logró multiplicar por diez la cantidad y se cumplió la obligación.

Desde entonces, he visto con frecuencia que Dios exige que un pequeño grupo de líderes dé el 10 por ciento de lo que más tarde dio el grupo más grande. No siempre ha sido exactamente el 10 por ciento, pero los líderes

siempre han tenido que ejercer una fe más agresiva. Los líderes marcan el ritmo. Cuanto más sacrificadamente dan los líderes, más dan sus seguidores, aunque no sepan lo que han hecho los líderes. El Espíritu Santo sabe lo que han hecho los líderes y commueve al pueblo según la obediencia de los líderes. Como dice en Jueces 5:2, «Los líderes de Israel dirigieron con valentía, el pueblo los siguió con alegría». La inspiración de la fe de un líder se multiplica en el pueblo a través de la obra del Espíritu Santo. El rey David mostró liderazgo al dar en otro gran momento de recaudación de fondos en el Antiguo Testamento. Estaban reuniendo finanzas y materiales para construir el gran templo. El capítulo 29 de 1 Crónicas nos dice primero lo que David dio personalmente en oro, plata, bronce, hierro, madera, ónix y joyas. Luego enumera lo que el pueblo dio, siguiendo su patrón de sacrificios.

UNA OFRENDA DE MADERA

A veces el Señor puede guiarnos para que se haga una clase especial de ofrenda, una que capte la imaginación de la gente. Cuando yo era niño, mi padre condujo un jeep hasta la plataforma del santuario de nuestra iglesia, pidiendo a la gente que lo comprara para un misionero en África. Fue un trabajo muy duro hacerlo. Papá tuvo que

quitar temporalmente una partición que separaba el auditorio de un salón de reuniones, solo para tener esa experiencia de donación espectacular para nuestra iglesia. Pero la vista de ese robusto jeep e imaginarlo en las selvas de África me impresionó cuando era niño. Me impresionó tanto que decidí dar el dinero que había ahorrado para mi primer automóvil. Y muchos años después tuve el privilegio de viajar en ese mismo jeep en la selva de África occidental durante un viaje de ministerio a Benin. Recordando el ejemplo de papá y siguiendo la inspiración del Señor, he dirigido algunas ofrendas inusuales entre nuestros trabajadores de JUCUM.

En cierta ocasión donamos madera para la construcción de la Universidad de Misiones en Hawái. Teníamos grandes cargamentos de madera, que todavía no habían sido pagados, cargados en el campus cerca del lugar de reunión.

Nuestro pueblo oró. Luego, según se sintieron guiados, cada uno fue a seleccionar una o más piezas de madera, poniendo sus iniciales en las que pagarían e incluso escribiendo promesas o compromisos bíblicos con Dios en las tablas. Más tarde, sus escritos serían cubiertos,

pero Dios y ellos mismos seguirían conociendo los mensajes.

Más tarde, cuando leí algunos de los mensajes, me entraron ganas de llorar. Pensé que algún día los niños que firmaron esa tarde un trozo de madera irían a la universidad a prepararse como misioneros. ¡Imagínense a un joven sentado en un aula preguntándose dónde estaba su trozo de madera!

LA OFRENDA DE LOS PANES Y LOS PECES

En otra ocasión, necesitábamos 250.000 dólares para completar un edificio para el estudio de la ciencia y la tecnología en la Universidad de las Naciones de JUCUM en Hawái. Doce de nuestros líderes se reunieron y el Señor dirigió nuestra atención a la historia de la alimentación de los cinco mil con los cinco panes y los dos peces. Estábamos ante una imposibilidad no muy diferente de la que enfrentaron los discípulos ese día. Sentí que Dios estaba diciendo que debíamos responder como lo hizo el muchacho y llevarle nuestro «almuerzo» para que se multiplicara.

Entonces, doce de nosotros, los líderes, oramos y le preguntamos a Dios cuánto debíamos dar personalmente,

creyendo que Él lo multiplicaría en la ofrenda del grupo más grande. Sin embargo, esta vez fue diferente a la experiencia en Alemania. Muchos de nosotros no teníamos dinero para dar, así que hicimos promesas de fe.

Alan y Fay Williams eran entonces parte del liderazgo del ministerio de Kona, y aunque no tenían dinero en ese momento, sintieron que Dios les estaba diciendo que confiaran en Él para que les diera mil dólares. Sin mencionarle a nadie la necesidad, "oraron para que se les diera". Mil dólares llegaron por correo de varias fuentes durante las siguientes semanas. El Dr. Bruce Thompson, otro de nuestros líderes, sintió que Dios le estaba diciendo que llamaría a una persona y le pidiera dos mil dólares, y así fue como Bruce dio su parte. El total en donaciones y promesas de donación de entre nuestros líderes fue de alrededor de veinticinco mil dólares.

Al día siguiente anunciamos a los cientos de miembros del personal y de los estudiantes que íbamos a celebrar una comida y una ofrenda de panes y peces. En ese momento había una gran extensión de césped entre los edificios.

A medida que la gente llegaba, los sentamos en grupos sobre esteras tendidas sobre el césped. Les

contamos la necesidad. Se hizo un silencio bastante profundo cuando anunciamos que esperábamos que Dios proveyera \$250,000 de entre nuestros setecientos miembros del personal y estudiantes. Pero algunos tenían emoción en sus ojos. Entonces leí en voz alta la historia de Jesús alimentando a los cinco mil. Después de leer la historia junto con palabras de exhortación y explicación, nuestros líderes comenzaron a repartir canastas que contenían trozos de pan francés y palitos de pescado, junto con vasos de agua fría. Mientras el grupo comía, cada uno de los varios cientos de personas le preguntó a Dios si debía darles y cuánto. Mientras tanto, nuestro grupo de canto polinesio, Island Breeze, dirigió la alabanza y la adoración.

Después de repartir pan y pescado, los líderes actuaron como acomodadores, utilizando las cestas para recoger el dinero. Luego lo llevaron a una oficina, donde un grupo de contables los esperaba con máquinas sumadoras.

Cuando Martin Rediger, el jefe de contabilidad me trajo el primer total, interrumpí el canto y anuncié: «¡Hasta ahora se han entregado 1.200 dólares de nuestro objetivo

de 250.000 dólares!». Se hizo el silencio entre el grupo que estaba sentado en el césped. Un silencio abatido.

Pero continuamos cantando y alabando al Señor mientras una persona aquí y allá garabateaba en un trozo de papel o buscaba algo de dinero en su bolsillo. Cuando Martin salió con un segundo total, pude anunciar que se habían donado \$6,000 para el proyecto de construcción. Toda la comida y el servicio duraron aproximadamente dos horas, y el total aumentó gradualmente a \$14,000, luego a \$27,000, luego a \$32,000, luego a \$47,000. Luego superó los \$100,000. Para muchos, no fue una decisión de dar lo que ya tenían o podían esperar dar. Varios miembros del personal y estudiantes se sintieron impresionados por la cantidad de dinero que no tenían forma de saber cómo podrían obtener. Al igual que Alan y Fay Williams, iban a orar para recibir su dinero.

Finalmente, cuando el crepúsculo hawaiano se hacía más profundo, una pareja de Minnesota tomó una decisión, escribió una cifra en un trozo de papel y la echó en una de las cestas. Habían perdido a su hijo, que estaba en la escuela secundaria, en un accidente automovilístico a principios de ese año. Él había querido servir a Dios en las islas del Pacífico en un área de ciencia y tecnología.

Decidieron donar un terreno que debía haber sido su herencia. El valor de ese terreno, que calcularon en su trozo de papel, sumado al saldo actual, elevó el total a los 250.000 dólares necesarios.

Cuando Martín vino y nos dio esa noticia, estallamos en aplausos, alabando a Dios por la manera en que había traído lo que se necesitaba.

La provisión de Dios está disponible en cada situación si las personas involucradas obedecen a Dios. Si escuchamos al Señor y hacemos lo que Él dice que hagamos en cuanto a las ofrendas, las necesidades serán satisfechas entre las personas. Dios ya las ha colocado allí con la cantidad correcta para dar. Pero la obediencia tiene que venir antes del milagro.

TIRAR DINERO EN UNA MANTA

En cierta ocasión, estaba volando hacia Pittsburgh para hablar en una conferencia. Mientras nos acercábamos al aeropuerto, el Señor habló en mi mente: "Quiero que aceptes una oferta para una nueva estación de televisión que quiero iniciar en esta ciudad". Esto fue una completa sorpresa, ya que no sabía que alguien estuviera pensando en iniciar una estación cristiana allí.

Sin embargo, la impresión fue tan fuerte que, tras mi llegada, se lo conté a mis anfitriones. Russ Bixler era el presidente de la conferencia en la que iba a hablar.

Cuando le conté a Russ la palabra que había recibido, se quedó de pie y me miró con la boca abierta, atónito. Finalmente, dijo: «Loren, estoy empezando una estación de televisión, pero deberías decirle esto a todo nuestro comité porque algunos no están convencidos de que la idea de una estación sea de Dios».

Más tarde me reuní con el grupo, quienes estuvieron de acuerdo en que debía ser Dios. Dijeron que podía aceptar la oferta. Fui a mi habitación y oré, preguntándole a Dios cómo debía hacerlo. Él me dirigió a la historia de Gedeón, quien recogió una ofrenda colocando una prenda de vestir y pidiendo a la gente que arrojara su oro sobre ella. Mencionaba específicamente que se habían dado aretes de oro.

Siguiendo este ejemplo, esa noche llevé una manta de mi habitación de hotel a la conferencia. Les conté a las personas lo que Dios me había mostrado, primero en el avión y luego en la historia de Gedeón. Les pedí que vinieran y arrojaran sus ofrendas sobre la manta.

El auditorio era grande, con gradas de balcones. Cuando comenzó la ofrenda, la gente comenzó a acudir al escenario y a arrojar dinero sobre la manta. Otros en los balcones simplemente se inclinaron sobre las barandillas y arrojaron dinero sobre la manta. Fue un momento de alabanza muy divertido, con cantos y regocijo mientras todos obedecíamos a Dios. Algunas personas arrojaron joyas, lo que lo hizo aún más similar a la historia de la ofrenda de Gedeón. Pero nada nos preparó para la emoción cuando los líderes sumaron la cantidad arrojada sobre la manta. Eran veinticinco mil dólares, casi exactamente la cantidad dada en Jueces 8:26.

Finalmente, se compró la cadena de televisión. De hecho, Russ Bixler informa que ahora tienen cinco estaciones.

Esta experiencia en Pittsburgh no fue única. Ha habido otras ofrendas igualmente dramáticas. Hubo una en la Conferencia Bíblica de Capel en Inglaterra, donde la gente amontonó una ofrenda y luego bailó en un círculo gigante alrededor del rosario en el césped afuera del lugar de reunión. En una conferencia de pastores en Arrowhead Springs, California, nos impresionó seguir el ejemplo de Hechos 4:37 y poner nuestro dinero «a los pies de los

apóstoles»; en este caso, a los pies de los maestros bíblicos de la conferencia. Los métodos han sido variados, pero por lo general han sido dramáticos y llenos de acción. Las ofrendas en la Biblia requerían movimiento por parte de la gente. Se acercaban para dar. No se quedaban sentados pasivamente esperando que les pasaran un plato.

Si todos somos sensibles al Espíritu Santo y a Su dirección, las ofrendas se convertirán en un momento destacado de nuestras vidas. Nuestras donaciones serán variadas, emocionantes y exuberantes. A menudo, irán más allá de lo que podemos hacer sin la ayuda de Dios. Y serán recompensadas. Como promete Su Palabra: Dad, y se os dará. Una medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, se os medirá (Lucas 6:38).

CAPÍTULO 11: MEDIOS INVISIBLES DE APOYO

Probablemente el mayor obstáculo para quienes están considerando la posibilidad de ser misioneros es la cuestión del dinero. ¿Cómo puedes saber que tendrás el dinero cuando lo necesites? ¿Y qué tal si mantienes a tu familia? ¿Podrás encargarte de cosas como que tu hijo vaya a la universidad o que le pongan frenillos? Muchos cristianos usan el término «misionero de fe», que parece intimidante en sí mismo. Quizás te preguntes: «¿Qué pasa si no tengo suficiente fe para ser misionero?».

En primer lugar, date cuenta de que, si Dios te está llamando a servir a tiempo completo, Él sabe todas tus necesidades. Él sabe cuántos hijos tienes (o vas a tener). Se preocupa por tus padres ancianos que tienen problemas de salud. Incluso ve los dientes de tu hija que necesitan atención de ortodoncia. Dios es práctico. No tengas miedo de obedecerlo, pensando que Él no está pensando en todas las cosas que tú estás pensando. Él está pensando en ellas y en las necesidades que tendrás y que aún no conoces.

Esto es de lo que hablamos en el capítulo dos, el secreto que tienen los pájaros. Su Padre celestial es responsable de ellos, así que no se preocupan. Y Él es ciertamente responsable de ti y de tu sustento. Dios tiene varias maneras de apoyar a quienes están en el ministerio de tiempo completo. No trates de dictarle al Señor cómo serás sustentado. Algunos son incapaces de soportar el sacrificio de su orgullo y dependen de los dones de otros. Deciden que sólo ministraran si pueden pagar sus propios gastos. Otros caen en la trampa del orgullo espiritual, creyendo que la única manera de hacer la obra de Dios es que Él les diga a las personas que les den sin que ellos den a conocer sus necesidades. Aun así, otros dependen demasiado de las personas, miran más a sus contactos que a Dios. Si Él los guiara a hacer lo contrario, tendrían problemas para confiar en Él.

La Biblia dice que la fe viene por oír la Palabra de Dios. Ya sea que estés empezando o que hayas estado en el ministerio durante años, escucha la palabra de Dios y haz exactamente lo que Él te diga que hagas en cada situación.

Observa la variedad de experiencias en las Escrituras:

Cuando Jesús y Pedro necesitaron dinero para los impuestos, envió a Pedro a pescar, diciéndole que encontraría una moneda en la boca de un pez.

Cuando la viuda de un ministro de tiempo completo estaba a punto de perder a sus hijos y convertirlos en esclavos por culpa de las deudas, Eliseo le dijo que fuera a casa de sus vecinos y les pidiera prestados unos frascos y comenzara a verter el aceite que ya tenía. Dios multiplicó ese aceite por el resto de su vida. Ella lo vendió y ella y sus hijos vivieron de los ingresos.

Cuando Elías tenía hambre, Dios le dijo que hiciera una «petición de fondos». Sin embargo, en lugar de enviar miles de cartas a posibles donantes con sobres de respuesta dentro, se le dijo que fuera a una mujer, también desesperadamente necesitada, y le preguntara directamente.

¿Qué medio de sustento es más bíblico? ¿Ir a pescar? ¿Vender aceite? ¿Hacer llamamientos directos? Al leer las Escrituras, le llamará la atención una cosa en la forma en que Dios proveyó para sus siervos de tiempo completo: variedad. Los levitas vivían de las ofrendas que la gente traía a la casa de Dios. Los profetas, que tenían un ministerio itinerante, a menudo dependían de las

donaciones espontáneas, junto con la hospitalidad de sus amigos. Durante algún tiempo, el apóstol Pablo hizo tiendas, trabajando «día y noche» para mantenerse mientras hacía su trabajo pionero en Tesalónica (1 Tes. 2:9). En otras ocasiones, recogía ofrendas. Los creyentes con medios, como Lidia, lo alimentaban y le daban alojamiento.

Hasta los treinta años, Jesús vivió de sus ganancias como carpintero. Pero cuando se dedicó por completo al ministerio, vivió con la gente y comió en su mesa. Como vimos en un capítulo anterior, tenía algunos amigos cercanos que contribuían regularmente a sus necesidades; el Hijo de Dios tenía misioneros que lo apoyaban (Lucas 8:3).

Aunque la historia de la moneda en la boca del pez demostró que podía confiar en que Dios satisfaría sus necesidades de manera soberana, Jesús también hizo llamados directos. Cuando necesitó transporte para su entrada triunfal en Jerusalén, envió a sus discípulos a pedirle a cierta persona que le prestara un pollino.

De hecho, el único elemento común en los relatos bíblicos sobre la provisión es la obediencia a la voluntad de Dios. La clave para vivir de medios invisibles de apoyo es escuchar Su voz y obedecer lo que Él te dice que hagas. Y

ten cuidado con la trampa de esperar que Él te guíe por el mismo camino cada vez. Mantente flexible y abierto a Su guía.

Pregúntale al Señor qué pasos debes dar. A veces Él puede pedirte que le cuentes a otros acerca de tus necesidades. Obedécele. En otras ocasiones Él puede pedirte que te quedes callado y que solo le expreses tus necesidades a Él. Obedécele. O puede que Él te lleve a hacer una inversión. O a vender algo que posees. Obedécele. Él puede incluso traerte una oportunidad de negocio. Algo que produzcas en el ministerio puede traerte ganancias financieras. Ten cuidado con cualquier oportunidad que te desvíe de tu llamado de tiempo completo. Pero tampoco descartes alternativas creativas, ni trates de obligar al Señor a proveer para ti de cierta manera. Todos los milagros de la provisión de Dios comienzan por prestar atención al consejo de María en las bodas de Caná: «Haced todo lo que Él os diga».

Karen Lafferty era una artista de discotecas establecida cuando el Señor la llamó al ministerio de tiempo completo. Sabía que habría potencial para ganar mucho dinero si continuaba haciendo lo que estaba haciendo, pero

también sabía que estaría desobedeciendo a Dios. Si dejaba de hacerlo, ¿de dónde sacaría el dinero para vivir?

Mientras asistía a un estudio bíblico en Calvary Chapel, en el sur de California, Karen recordó Mateo 6:33. El pasaje la impactó con fuerza. Más tarde, tomó una guitarra mientras una melodía se abría paso entre las palabras en su mente: «Buscad primeramente el reino de Dios... y su justicia...». Probablemente reconocerías la melodía que Karen escuchó en su mente. Es la misma melodía que se canta ahora en las congregaciones de todo el mundo. «... Y todas estas cosas os serán añadidas. Aleluya, aleluya».

Karen rápidamente escribió la melodía y luego la vendió a un editor. Hoy Karen es misionera. Las regalías de esa melodía anterior, que fue grabada y puesta en partitura, han seguido siendo parte del apoyo a la misión de Karen hasta el día de hoy.

LISTA DE VERIFICACIÓN PARA LA MUDANZA

¿Dios me está diciendo que haga esto?

¿Cómo sabes que es Dios quien te habla? A continuación, te presentamos algunos principios básicos. Recuerda que cualquier impresión puede provenir de una de cuatro fuentes: tu propia mente, la mente de los demás,

la mente de Dios y la mente de Satanás. Es sencillo silenciar cualquier impresión que provenga del diablo: ordénale que se calle en el nombre de Jesús. Como dice Santiago 4:7, resistidlo y huirá de vosotros.

¿Y qué pasa con tu propia imaginación? ¿Dios te está diciendo que hagas algo, o lo deseas tanto que crees que es Dios, pero en realidad eres tú? Para escuchar a Dios, pídele que te ayude a llevar cautivo todo pensamiento para obedecer a Cristo (2 Corintios 10:5). Él puede hacer que tu tumulto de ideas, incluidas las de otras personas, pasadas y presentes, se desvanezcan gradualmente y se silencien, y que Su propia voz se escuche claramente en tu mente. Si estás comprometido a obedecerlo, Él te dejará en claro lo que debes hacer.

Recuerda también que, si Dios te está hablando, será confirmado. Ya sea por las circunstancias, por el acuerdo de otros, como tus líderes espirituales, o por alguna señal, como la que recibió Gedeón al dejar los vellones. Dios no es tacaño con la confirmación si lo buscas honestamente y estás dispuesto a hacer lo que Él te diga que hagas. Toma todas tus decisiones en la presencia de Dios, escríbelas (Hab. 2:2), luego cúmplelas.

¿CUÁNTO VA A COSTAR?

Elaborar un presupuesto proyectado es una parte muy importante de obedecer el liderazgo de Dios. Algunos piensan que las personas espirituales son como soñadoras, que se aventuran a la nada esperando que los ángeles pongan algo bajo sus pies. Esto no es así.

Uno de los mayores milagros de la Biblia comenzó con un presupuesto proyectado. Cuando Jesús les dijo a los discípulos que alimentaran a la multitud hambrienta, Felipe hizo un cálculo rápido y dijo que doscientos denarios, o el equivalente al salario diario de doscientos hombres, no cubrirían el costo. Jesús no lo reprendió por calcular eso. No hay nada anti-espiritual en los presupuestos.

Haz una lista. ¿Cuáles son tus necesidades previstas? Ya sea que Dios te esté guiando hacia un proyecto a corto plazo o hacia una carrera misionera, necesitas investigar los costos y anotarlos.

Al hacer sus proyecciones, evite los extremos de la penuria o la extravagancia. Una joven que confiaba en Dios para sus finanzas al entrar en misiones preguntó: «¿El Señor proveerá dinero para cosméticos?». Si es una necesidad para usted, entonces es importante para Él

también. Pero, por otro lado, debemos recordar que Él promete suplir nuestras necesidades, no nuestras «avaricias».

¿QUÉ TENGO YA?

Cada vez que Dios te habla, tiene en cuenta lo que ya tienes en tu poder. No actúa milagrosamente hasta que estés haciendo todo lo que está a tu alcance para que algo suceda. La alimentación de los cinco mil comenzó con el niño que entregó su almuerzo. Eliseo le preguntó a la viuda necesitada: «¿Qué tienes en tu casa?» (2 Reyes 4:2). «Nada», respondió ella, «... excepto un poco de aceite».

Puede que lo que ya tienes parezca nada, pero Dios te pide que se lo des. ¿Tienes un coche para vender? ¿Estás guardando algo para cuando llegue el momento de las vacas flacas? Pregúntale al Señor qué hacer con lo que tienes. Puede que Él quiera que vendas cosas, o puede que te pida que inviertas lo que tienes. Una vez más, la obediencia a Su guía es la clave.

Algunos piensan erróneamente que la única manera de obedecer a Dios es no poseer nada. Jesús le dijo al joven rico que diera todo lo que tenía, pero no le dio el mismo

consejo a Nicodemo, aunque él también era un hombre adinerado.

En nuestra misión, muchas veces hemos visto a Dios decirle a la gente que dé lo poco que tiene, aunque ellos mismos le estén pidiendo dinero. Muchas veces, la manera de conseguir dinero es darlo, siempre y cuando se haga en obediencia al Señor y no por avaricia de nuestra parte, o como resultado de la manipulación de otra persona.

¿Debo contarles a los demás sobre mis necesidades?

En los primeros años de Juventud Con Una Misión, sentí que nuestros trabajadores no debían dar a conocer sus necesidades. Durante años, nunca mencioné una necesidad financiera en los boletines de JUCUM. No creía que esta fuera la única manera bíblica de dirigir una misión; era simplemente la manera en que Dios nos estaba guiando en ese momento.

Luego, en 1971, cuando estábamos en el proceso de comprar nuestra primera propiedad, un hotel en Suiza para usarlo como centro de capacitación, sentí que Dios me impulsaba a escribir una carta a nuestra lista de correo de varios miles de personas, diciéndoles cuánto confiábamos en Dios y pidiéndoles que oraran para ayudarnos.

Me sorprendió mi reacción inicial ante esta guía. Fue una lucha obedecer a Dios y escribir esa carta. No me había dado cuenta de lo mucho que me enorgullecía el hecho de que éramos diferentes de muchas organizaciones misioneras. ¡Podíamos simplemente confiar en que Dios guiaría a la gente a darnos dinero!

Tampoco estaba preparada para la reacción de algunos de los que recibieron nuestro llamado. Un amigo cercano escribió una carta enojada, diciendo: «¡Pensé que JUCUM no creía en hacer llamados financieros!». Fue suficiente para hacerme volver al Señor. Cuando lo hice, me di cuenta de que sí lo había escuchado y lo había obedecido. Estas reacciones mostraron cuán estrechos nos habíamos vuelto, tratando de asegurarnos de que el Señor continuara trabajando de la misma manera que lo había hecho en el pasado. Y sin saberlo, transmitimos a otros la creencia de que Dios solo trabaja cuando no compartes tus necesidades.

Nuestra necesidad de comprar ese hotel fue satisfecha, en cifras exactas, en dólares (o en ese caso, en francos suizos), y el último día se hizo efectivo el pago. Obedecimos a Dios y compartimos nuestras necesidades.

La fe es obediencia a lo que Dios te dice, nada más. Por eso, pregúntate si debes dar a conocer tus necesidades o no. ¿Recuerdas cómo Elías estaba junto al arroyo de Querit, siendo sostenido únicamente por Dios? Dos veces al día el Señor enviaba cuervos con su comida. Pero luego el arroyo se secó, y Dios le dijo a Elías que fuera y le hiciera saber sus necesidades a una persona, una viuda de Sarepta.

¿Qué hubiera pasado si Elías le hubiera dicho a Dios: «Pero Señor, Tú sabes que yo no le digo a la gente mis necesidades. Sólo te las digo a Ti y Tú me alimentas. ¡Soy demasiado espiritual para preguntarle a la gente!»

Puede haber razones concretas para dar a conocer tus necesidades o para no hacerlo. Parte de ello tiene que ver con la etapa en la que te encuentres en tu ministerio.

En aquellos primeros años de JUCUM, por ejemplo, teníamos poca credibilidad como misión. Se nos consideraba como jóvenes que salían de vacaciones de verano a hacer evangelismo. Algunos temían que aceptáramos el dinero que se necesitaba para misioneros «regulares». ¡Tomó tiempo para que el público viera que también éramos misioneros regulares! (JUCUM tiene actualmente siete mil misioneros de carrera sirviendo en

todo el mundo). También tomó tiempo para que el público viera el valor de las misiones de corto plazo. Cuando comenzamos en la década de 1960, las misiones de corto plazo eran una idea nueva y radical. Para las empresas pioneras, a menudo hay un momento de provisión dramática y soberana de Dios. Luego, cuando un ministerio o un individuo se establece, más personas dan y se unen en oración y comprensión.

Esa etapa no es menos espiritual que los primeros días, cuando a menudo se necesitaban provisiones más milagrosas.

Cuando los israelitas vagaron por el desierto durante cuarenta años, recibieron alimento sobrenatural todos los días, excepto el sábado. Recogieron el doble de maná el día anterior al sábado. Esto sucedió durante cuarenta años, todas las semanas sin falta. No tuvieron que trabajar en un huerto ni siquiera comprar en un supermercado. Todo lo que tenían que hacer era salir de sus tiendas y recogerlo.

Imagínese cómo se sintieron cuando entraron en la Tierra Prometida y se les dijo: «Ahora irán a trabajar, plantarán viñas y granjas, y comerán lo que cosechen». ¿Comer maná era vivir por fe, pero plantar viñas no? En

ambos casos, porque ambos obedecieron a Dios en diferentes etapas de su camino.

A veces, el Señor puede guiarte a no hablar de tus necesidades para demostrar de manera dramática Su amor por ti. Estos momentos se convierten en hitos de fe que puedes recordar cuando las cosas se ponen difíciles.

Hace algunos años, un joven llamado Clay Galliher estaba sirviendo con JUCUM en Filipinas. Cuando pasé por Manila, Clay fue quien me recibió en el aeropuerto. Estaba casi sin aliento por la emoción, no como su habitual actitud relajada.

«¡Oh, Loren, acabo de tener un milagro maravilloso!», dijo. Continuó explicando que estaba en la ruina. Ni siquiera tenía dinero para el franqueo y escribirles a sus familiares en casa. Sólo tenía unos pocos centavos y necesitaba un peso más para enviar una carta. El Señor le dijo que siguiera adelante y escribiera la carta. Lo hizo y pasó por la oficina de correos de camino a recibirme en el aeropuerto.

«Justo cuando me dirigía a la oficina de correos, Loren, vi algo con el rabillo del ojo, volando en el viento. Lo agarré. ¡Era un billete de un peso!» Clay entró en la oficina de correos y envió su carta. Bryan Andrews es pastor de

una gran iglesia en Brisbane, Australia. Estaba de paso por Kona recientemente, de camino a casa después de una gira de ministerio en los EE. UU. Lo invitamos a quedarse con nosotros durante unos días. No sabíamos que se había quedado sin dinero.

Un día fue a Magic Sands Beach, no muy lejos del campus de nuestra universidad. Es una playa pequeña y tumultuosa, conocida por sus fuertes mareas y olas. Mientras caminaba por la línea donde el agua se junta con la arena, Bryan miró hacia abajo y vio veinte dólares flotando en las olas que se alejaban.

«¡Significó mucho para mí!», dijo Bryan. «Podría haberles pedido dinero a algunos amigos de aquí, pero sólo le pedí a Dios. Realmente quería saber de Él».

¿QUÉ HAGO PARA EMPEZAR?

Son muchos los que esperan toda su vida, queriendo hacer grandes cosas para Dios, pero nunca empiezan. Esperan que Dios haga algo.

Me gusta preguntarle a la gente: «¿Alguna vez has visto a un perro persiguiendo a un auto estacionado?». Por supuesto que no. En la versión King James de Marcos 16:17 se lee: «Y estas señales seguirán a los que creen...». Pero

las «señales» no pueden seguirte si estás «estacionado». Tienes que ponerte en movimiento y romper la inercia. La fe no es pasiva. Pablo dijo: «Prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús» (Fil. 3:12).

Hace varios años, el Señor utilizó a un amigo mío llamado Sam Sasser en un avivamiento que se extendió por las Islas Marshall. Sam fue allí como misionero cuando tenía poco más de veinte años y pronto condujo a uno de los reyes de las Islas Marshall al Señor, así como a un gran número de su pueblo. Bautizó a cientos de personas en las lagunas azules de esas islas lejanas. Pero a menudo era difícil para Sam y su esposa, Florence, conseguir el dinero necesario para iniciar una obra para Dios en un país tan pobre.

Un día, Sam estaba «simplemente deprimido», como él lo describió. Uno de sus amigos era un hombre de sesenta y tres años de las Islas Marshall llamado Barton Batuna, que había predicado en las islas la mayor parte de su vida. Ese día, Batuna fue y encontró a Sam.

«¿Qué te pasa, Sam?», preguntó.

Sam miró al hombre, cuyo cuerpo negro, fibroso y melanesio era como un resorte en espiral, lleno de energía.

¡De pronto se sintió mayor que ese hombre que casi le triplicaba la edad!

«Dios me ha dicho que construya aquí una escuela bíblica. Quiero llamarla Instituto Bíblico del Calvario». Sam suspiró y dio una patada a la grava coralina que tenía bajo sus pies. «¡Pero no tengo dinero para construirla!».

«¿Cuánto tienes?», preguntó Batuna.

«Casi nada. Sólo doscientos dólares.»

«Eso no va a construir una escuela», dijo el predicador marshalés. Sam lo miró con los ojos entrecerrados bajo el brillante sol del Pacífico. Ahora no sólo estaba deprimido, sino molesto.

«No, no lo es. Y además, no tengo ni la menor idea de cómo se va a construir».

«Bueno, ¿por qué preocuparse? Utilicemos doscientos dólares y lleguemos hasta donde podamos».

Así que ahora somos «nosotros», pensó Sam, sintiéndose un poco mejor. «Pero, hermano Batuna, no lo entiendes. No se trata sólo de empezar a construir. No tenemos cemento y se necesitarían más de doscientos dólares sólo para llegar a Guam a comprarlo».

Guam se encontraba a mil setecientas millas de distancia en avión, pero seguía siendo el lugar más cercano para comprar materiales de construcción. No había forma de que te los entregaran a domicilio, había que ir a buscarlos.

«¿Dónde está tu fe, hombre?», le desafió Batuna. «Tienes doscientos dólares. ¡Llevémoslos hasta donde podamos!»

Sam escuchó al hombre mayor, aunque ciertamente iba en contra de todo sentido común. ¿Por qué abandonar la seguridad de su base para cruzar el Pacífico, tomar un costoso vuelo en avión, comprar no un boleto, sino dos, y terminar varado en alguna isla sin un lugar donde quedarse ni nada para comer?

Tal vez se debió a que el reverendo Batuna repetía una y otra vez «nosotros», pero una voz interior se impuso a los argumentos mentales. Sam fue a comprar los billetes. Sus doscientos dólares les permitieron llegar hasta el atolón de Kwajalein, donde apenas había nada más que una base naval estadounidense.

Cuando desembarcaron en la calurosa y soleada isla, tenían treinta y seis centavos entre ellos y mil trescientas millas de océano que los separaban de Guam.

Decidieron entrar en el bar de la Marina y pedir una hamburguesa con los últimos treinta y seis centavos que les quedaban. Al menos podrían sentarse un rato en la comodidad del aire acondicionado.

Cuando llegó la hamburguesa, la cortaron cuidadosamente por la mitad y luego procedieron a comerla lenta y deliberadamente. A Sam se le revolvió el estómago.

«¿Qué he hecho?, se preguntó. ¡Debería haberme quedado en casa! ¿Cómo voy a poder volver a casa? ¡No puedo creer que me haya gastado doscientos dólares en dos billetes para ir al medio de la nada!

Hicieron que las mitades de sus hamburguesas duraran lo máximo posible. De vez en cuando, el reverendo Batuna tranquilizaba a su joven amigo.

«No te preocupes, lo lograremos».

En ese momento, un hombre filipino se acercó a su mesa. Sam sabía que había algunos filipinos allí que trabajaban como civiles para la Marina de los Estados Unidos. La Marina tuvo que importar trabajadores a ese lugar desolado.

«Hermanos», les dijo, «y sé que ustedes son mis hermanos en el Señor...» Sam miró al reverendo Batuna, pero él también parecía desconcertado. ¿Quién era ese tipo?

«He estado en mi habitación orando. Soy de Manila», dijo y les contó que pertenecía a una iglesia grande de esa ciudad.

«Ustedes no me conocen y yo no los conozco a ustedes. Pero Dios me envió aquí para darles esto.»

El filipino puso una bolsa de papel sobre la mesa entre los dos hombres. «Los amo a ambos. ¡Dios los bendiga!».

Luego salió y Sam se quedó sentado, mirando al extraño.

—Bueno —Batuna miró a Sam por encima de sus gafas—, ¿vas a mirar dentro de ese saco o no?

Sam agarró la bolsa y miró dentro, tomando aire con fuerza. Luego, con cuidado, empezó a sacar fajos ordenados de dólares estadounidenses y los puso sobre la mesa. Los contaron. Había diez mil dólares, ahorrados por un trabajador filipino que trabajaba lejos de su país, que se los dio a desconocidos.

Por supuesto, bastó con llevarlos a Guam y comprar todo el cemento, además de gran parte de la madera y los materiales para el techo necesarios para comenzar la construcción. Sam aprendió ese día que hay que ponerse en movimiento, hay que romper la inercia, hay que obedecer a Dios. Si Él te dice que hagas algo, empieza con lo que tengas. Él proveerá el resto.

PUEDES LIMITAR LA PROVISIÓN DE DIOS

Cuando Dios te haya hablado, ¡hazlo! A Dios le encanta la fe agresiva. Establece tus metas con una combinación de iniciativa individual y la guía de Dios.

En la historia de Eliseo y la viuda con un poco de aceite, la cantidad de provisión de Dios estaba limitada únicamente por el número de vasos que ella tomó prestados de sus vecinos.

Cuando Dios te promete algo, eso está condicionado a que hagas tu parte. Un esfuerzo humano a medias puede impedir o retrasar el cumplimiento de la palabra de Dios, o puede limitar lo que Él puede hacer. Así que nunca seas a medias. Haz lo que Él te ha dicho que hagas, y hazlo con todas tus fuerzas.

En 1972 estábamos orando en un pequeño grupo con algunos de nuestros jóvenes. Habíamos pedido al Señor que nos hablara y nos mostrara por qué debíamos orar.

Ese día, Dios puso en nuestros corazones la idea de orar por nuestros equipos que ministran en más de trece bases militares en Europa. Una persona fue guiada a orar para que la Palabra de Dios fuera enfatizada en las bases militares estadounidenses. Tuve la impresión de que debíamos pedirle al Señor el privilegio de distribuir 100.000 Biblia en las bases. Otra persona tuvo la idea de orar para que hubiera maratones de lectura pública de la Biblia. Entonces pensé en contactar al Dr. Kenneth Taylor (el editor de The Living Bible).

Después de terminar de orar, llamé por teléfono a mi amigo, el hermano Andrew, que estaba en Holanda, para ver si conocía al Dr. Taylor. Fue el momento perfecto. El hermano Andrew me dijo que Ken Taylor estaba en Europa y que tenía previsto reunirse con él en unos días.

Me puse en contacto con el Dr. Taylor, quien, según me enteré, había cambiado de planes y tenía que regresar a los Estados Unidos inmediatamente. Pero aceptó reunirse conmigo al día siguiente en el aeropuerto de Frankfurt. Volé hasta allí y le expliqué brevemente sobre nuestra

reunión de oración y la idea de distribuir Biblias. Me dijo que su organización tenía 100.000 Biblias que habían sobrado de una cruzada de Billy Graham. Si podíamos garantizar una distribución responsable, podríamos tenerlas gratis.

El Dr. Taylor y los editores de The Living Bible enviaron las Biblias a Alemania. Allí, gracias a los arreglos de otro amigo, el coronel Jim Ammerman (capellán principal del V Cuerpo del Ejército de los EE. UU. en Frankfurt), los camiones militares estadounidenses recibieron las Biblias y las distribuyeron entre nuestros equipos en bases militares en toda Alemania, donde nosotros, junto con otros cristianos, comenzamos a repartirlas entre los soldados.

Antes de que terminara, todo lo que habíamos pedido en oración se hizo realidad. Se organizaron maratones de lectura de la Biblia en las que se leía la Palabra de Dios por los altavoces de las bases militares. Distribuimos 100.000 Biblias de forma gratuita a quienes se comprometían a leerlas. Se leyeron ejemplares y se dejaron con las esquinas dobladas en capillas militares, cuarteles y comisarías de policía militar por toda Europa.

Miles de personas sintieron el impacto, desde soldados rasos hasta generales, y muchos entregaron sus vidas al

Señor. Varios soldados salieron como misioneros después de terminar sus períodos de servicio. El coronel Ammerman regresó a Frankfurt hace unos años y descubrió que algunas de esas mismas Biblia se estaban leyendo y que los soldados seguían encontrando la salvación. Dios quiere darnos grandes visiones, desafíos y hazañas mayores que hacer para Él. Hoy puede que estés orando por unos cientos de dólares para ir a un viaje misionero corto. En unos años, puede que estés confiando en Él para que te dé millones para un proyecto ministerial. En cada situación, acude primero a Dios, recibe Su guía y luego trabaja duro para lograrlo.

CAPÍTULO 12: CÓMO PEDIR DINERO

Leí el siguiente boletín misionero «típico» en una revista cristiana de Inglaterra:

Querido hermano o hermana:

Disculpe la letra deslucida y la mala calidad del papel de nuestro boletín, pero los fondos son escasos porque estamos entrando en la fase 9-8 de nuestro proyecto de construcción del Colegio de Conversión Universal. Como ya sabe por nuestra carta anterior, nuestro objetivo es recaudar una suma total de 2 a 3,5 millones de libras. En la actualidad, acabamos de superar la marca de 13,50 libras y es maravilloso ver cómo crece el trabajo.

Es un gran estímulo para quienes viven por fe ver cómo se les proporciona todo lo que necesitan. Comemos con regularidad. Me toca a mí los martes y jueves. Y es sorprendente la cantidad de juegos y actividades que se pueden organizar con éxito en la oscuridad.

Anoche, mientras intentaba dormir sobre el linóleo, se me ocurrió algo: nuestra política de no pedir nunca ayuda económica es lo que nos distingue de aquellos proyectos que parecen estar constantemente mendigando. Algunos

han puesto en duda nuestra palabra profética original, que predijo que el colegio estaría construido y toda Inglaterra se convertiría el miércoles pasado. Sugieren que no se ha cumplido. Sin embargo, ahora creemos que esto se debe a un espíritu de [tacañería] en algunas personas ajenas al proyecto. Anoche oramos por ellos mientras leímos la historia de Ananías y Safira a la luz de las velas.

¿Conoces esa historia, amigo? Atentamente.

Entiendo que la firma en el boletín estaba temblorosa y era difícil de leer. ¡Probablemente el pobre hombre también sufría de raquitismo!

Quizás nos ayudaría aprender cómo hacer apelaciones financieras si primero aprendiéramos cómo no hacerlo.

Dios juzga todas nuestras acciones según nuestros motivos. Por lo tanto, es muy importante tener el motivo correcto al dar y apelar a los motivos correctos de los donantes potenciales.

CÓMO NO RECAUDAR DINERO

No uses la culpa para pedir dinero.

Aunque nuestro ejemplo humorístico de Inglaterra exagera para ilustrar su punto, todos hemos leído boletines

que decían algo así: «¡Si no nos ayudas ahora mismo, este programa dejará de emitirse y millones irán al infierno!» o «¿Sabías que con la cantidad que gastarás en un restaurante después de la iglesia hoy, una familia de Centroamérica podría comer durante un mes?».

La culpa es un mal motivador. El Señor ama al dador alegre, no al que se muestra culpable y renuente. Puesto que «Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo», nosotros tampoco debemos hacerlo (Juan 3:17).

No hagas llamamientos económicos basados en la lástima.

¿Qué hay de malo en apelar a la compasión de la gente? Ciertamente, no hay nada de malo en tener compasión por las personas que sufren en nuestro mundo, o por aquellos que permanecen en la ceguera espiritual sin esperanza de vida eterna. Pero si uno continuamente despierta la compasión de la gente, corre un riesgo. La gente se vuelve insensible a la compasión, y se necesitan ejemplos cada vez más crudos para que vuelvan a sentir compasión. Se convierten en adictos a la compasión, y solo responden a dosis cada vez más altas.

La primera impresión que se lleva un visitante de Calcuta, en la India, es la multitud de necesitados. Los mendigos pululan a tu alrededor dondequiera que vayas.

La gente te mira con ojos suplicantes y las palmas extendidas.

Sin embargo, lo segundo que llama la atención es la falta de reacción de quienes rodean a estos desgraciados. Los trabajadores de clase media, vestidos con dhotis blancos, pasan por encima de los cuerpos dormidos y se apresuran a pasar junto a los mendigos para subir a los autobuses y llegar al trabajo. Parece que ya no ven el sufrimiento.

Comprendo el dilema que enfrentan quienes ejercen el ministerio de la misericordia. Luchan por mantener un rostro humano ante la pobreza y el dolor del mundo. Las cifras de personas hambrientas y desposeídas son tan grandes que tienen que encontrar formas de llevar estos hechos al nivel personal, y mostrarnos qué podemos hacer para ayudar.

Sin embargo, la compasión por sí sola no es suficiente. Debemos dejarnos guiar por Dios en nuestra donación. Siempre debemos comunicarnos con los donantes de una manera que les permita preguntarle al Señor si van a

satisfacer sus necesidades y cómo. No debemos tratar de lograr que respondan por la emoción del momento.

3. No apeles a la avaricia.

Aunque la Biblia promete: «Dad, y se os dará», nunca debemos apelar a la avaricia de los donantes para que den para la obra del Señor. ¡Eso es tentarlos a pecar! Todos hemos visto abusos de esta actitud. «¿Necesitas un coche mejor? ¡Dad para nuestro ministerio y Dios os bendecirá! ¡No se puede dar más que Dios!». Trágicamente, los más susceptibles a estos llamados son los pobres.

La Palabra de Dios es verdadera, y a menudo Él bendice donde puede, incluso cuando quienes hacen el llamado están manipulando al público. Sin embargo, a menudo, cuando damos dinero, Él no nos bendice con más dinero, sino que nos bendice de otras maneras: con alegría y con la revelación de Él mismo, de Sus caminos y de Su carácter; con un sentido de participación en el avance de Su Reino; con paz y satisfacción en nuestras situaciones.

No apeles al miedo

En los días previos a la glásnost y al desmoronamiento del poder comunista, este era un llamado común: «¡La única razón por la que Dios mantiene a nuestra nación libre

del comunismo es porque estamos dando a las misiones extranjeras!». Si bien Dios ciertamente bendice a una nación que está dando a Su obra, es un error jugar con los miedos de la gente para lograr que den. Lo que están diciendo es: «¿Tienen miedo de que hordas extranjeras invadan nuestra tierra? Entonces será mejor que den generosamente en la ofrenda, o ¿quién sabe qué sucederá?». Otros insinúan que si le dan a Dios, Él protegerá a sus seres queridos de enfermedades, lesiones o muerte.

Nuevamente, nuestra motivación para dar a Dios debe surgir de nuestro amor por Él y del deseo de ver Su reino extendido por toda la tierra. Además, tales apelaciones parecen sugerir que el Señor está buscando lagunas en nuestra obediencia para poder hacer caer cosas terribles sobre nuestras cabezas. Este tipo de apelaciones distorsiona el carácter de Dios. Tenemos un Padre celestial amoroso que envía una lluvia suave sobre justos e injustos. E incluso cuando tiene que traer juicio sobre un pueblo, lo hace con gran renuencia y compasión.

S. No apeles al orgullo de los donantes.

Este tipo de llamado se hace más frecuentemente con personas de recursos. «Dona para el fondo de construcción

y colocaremos una hermosa placa en el pasillo con tu nombre». Si bien no está mal honrar a quienes dan, no los influyas para que se enorgullezcan, haciendo de ese el motivo de su donación. Jesús dijo que las personas que dan para ser honradas por los hombres ya han recibido su recompensa. Solo aquellos que dan con un corazón puro, sin importarles si alguien más sabe lo que han hecho, son recompensados por el Padre (Mateo 6:4).

HACERLO BIEN

Entonces, ¿cómo debemos hacer nuestros llamados a favor de las finanzas? En primer lugar, debemos tener claras nuestras prioridades. Nunca debemos ver a las personas como fuentes de dinero, sino siempre valorarlas como amigos. Debemos cuidar nuestro corazón para amar a las personas y usar el dinero, nunca al revés.

Toda comunicación, incluso aquella en la que presentamos necesidades, debe tener como objetivo acercar a cada individuo al Señor y a nosotros en una relación. Si pudieras imaginarlo como círculos concéntricos, piensa que el círculo más alejado de ti es un conocido tuyo que apenas está interesado; o para un boletín de un grupo, el círculo más alejado podría ser alguien del público que ha mostrado suficiente interés en

tu misión como para firmar algo. El objetivo de cada comunicación es tratar de acercar a la gente cada vez más, un círculo más cerca. Aquellos en los círculos más cercanos a ti pueden escuchar tu necesidad más profunda. Estos son tus intercesores más comprometidos, socios de donación financiera y consejeros valiosos. Y, en última instancia, no debería sorprenderte si estas personas terminan siendo llamadas a misiones. Esto significa que puedes perder un apoyo financiero, pero el Señor de la Mies gana otro trabajador, y tú ganas un colaborador para ayudar a terminar la Gran Comisión.

Los misioneros primerizos que recién comienzan a misionar suelen decir: «Pero no tengo a nadie a quien contarle mis necesidades». Algunos señalan el hecho de que sus familiares detestan las peticiones de dinero y ni siquiera creen en lo que están haciendo. (De hecho, algunos preferirían que sus hijos no fueran salvos y que estuvieran en casa ganando dinero en un buen trabajo que hacer algo «loco» como ir a misiones).

Otros dicen que no tienen forma de conseguir apoyo porque ninguno de sus amigos es cristiano; tal vez el trabajador acaba de conocer a Jesús mismo o proviene de

una iglesia que no dona a las misiones, o sólo dona a los misioneros de su denominación.

Si estás obedeciendo lo que Dios te dice y estás en Su tiempo, entonces Él ya ha colocado a tu alrededor las personas y los recursos necesarios para que hagas Su voluntad.

LIBERANDO EL MINISTERIO DE DAR

Hace unos años, estaba hablando con cincuenta y cinco líderes de nuestra misión. Les pregunté: «¿Cuántos de ustedes han desafiado a alguien a involucrarse en el ministerio de evangelización describiendo una necesidad particular?». Todas las manos se levantaron. Luego pregunté: «¿Cuántos de ustedes han ayudado a que personas con capacidad para enseñar utilicen sus dones en ministerios de capacitación?». Nuevamente, todos levantaron la mano. «¿Alguna vez han identificado a alguien con un don de administración y han ayudado a encauzarlo hacia un aspecto administrativo del ministerio?». Una vez más, todas las manos se levantaron.

Me detuve un momento... «¿Y cuántos de ustedes han identificado a alguien con el don de dar y lo han desafiado

a involucrarse en el ministerio de dar?» Esta vez solo se levantaron dos manos. Dos de cincuenta y cinco.

¿Por qué esta vacilación? Porque no hemos visto que el don de dar es tan espiritual y está impulsado por el Espíritu Santo como los otros dones enumerados en Romanos 12 y 1 Corintios 12. El don de dar del Espíritu Santo necesita ser liberado en el mismo grado que los dones de predicar, sanar, servir, enseñar, exhortar, guiar y hacer obras de misericordia.

Preséntate ante el Señor con un papel, y pídele que te traiga nombres a la mente. ¿Quién ha demostrado confianza en lo que estás haciendo? ¿Quién te ama y cree en ti? Puede que tengas sólo uno o dos, o puede que tengas varios. Luego, pregúntale qué debes pedirles y cómo. ¿Por carta? ¿Por teléfono? ¿En una visita? ¿O una carta de tu líder o futuro líder?

SER ELOGIADO POR ALGUIEN MÁS

Una idea que escuché recientemente es que alguien más te elogie y te pida apoyo en tu nombre. En realidad, esto no es nada nuevo. Mi padre, TC Cunningham, ha recaudado fondos para cientos de misioneros a lo largo de su vida. Lo que sí fue nuevo para mí fue la idea de que,

según las Escrituras, hay una influencia adicional cuando otra persona te elogia, en lugar de que seas tú quien tiene que elogiarte a ti mismo.

En 2 Corintios 5:12, Pablo habló de no tener que elogiarse a sí mismo. Elogiaba o daba referencias de otros, como Febe (Rom. 16:1). Pablo tampoco se abstuvo de elogiarse a sí mismo cuando era necesario. Expuso su caso para obtener apoyo financiero en 1 Corintios 9. En 2 Corintios 11, presentó su currículum completo sin vergüenza. Pero de alguna manera, cuando alguien más te elogia, él o ella se siente más libre de señalar el bien que estás haciendo, y pedirle a la gente que te ayude.

Wally Wenge, miembro de nuestro Consejo Internacional, dirige un ministerio de JUCUM llamado Gleanings for the Hungry, que ayuda a alimentar a cientos de miles de personas necesitadas tomando toneladas de productos sobrantes en el centro de California, deshidratándolos y enviándolos al extranjero.

El año pasado, Wally y su esposa Norma decidieron diezmar uno de sus diez boletines anuales. Desafiaron a sus donantes con otra necesidad misionera, la de los equipos de JUCUM en el Amazonas. No dijeron nada sobre las necesidades de Gleanings en ese boletín. El resultado

fue que recibieron aproximadamente la cantidad habitual de donaciones para enviar a Amazonas, ¡más donaciones no solicitadas para Gleanings que duplicaron su cantidad normal!

Vale la pena considerar este principio de que una persona recomienda a otra. Si usted tiene un amigo o líder comprometido con su ministerio y dispuesto a brindarse en su nombre, él puede reunir a personas para que lo ayuden con su apoyo.

¿QUÉ PASA CON LOS NO CRISTIANOS?

Al considerar a quién contactar, no descarte automáticamente a las personas que no son cristianas nacidas de nuevo. Por supuesto, debe ser especialmente sensible en la forma en que se presenta a sí mismo y a su trabajo, y orar con cuidado para que el Señor lo ayude. Pero si es cierto que cuando alguien da su tesoro, su corazón gradualmente se va con su tesoro, entonces un incrédulo puede acercarse al Reino de Dios al dar para la obra de Dios.

LA OBEDIENCIA ES MÁS IMPORTANTE QUE EL DINERO

Cuando comunicamos necesidades, siempre debemos alentar a las personas a obedecer al Señor en sus ofrendas. Si realmente nos convencemos de que dar al Señor es una verdadera adoración, no solo algo terrenal que hacemos para mantener en marcha la obra espiritual, entonces podemos sentirnos libres para alentar a las personas a dar. Dar es un ministerio espiritual. La obediencia a Dios es nuestra meta y es más importante que el dinero.

Hace poco, una persona respondió a una carta de pedido dirigida a uno de nuestros trabajadores misioneros, Paul Hawkins, diciéndole: «Oré por tu necesidad, pero el Señor me dijo que no debía dar en este momento». Paul inmediatamente le escribió a esta persona un cálido agradecimiento. No sólo debemos escribir una nota de agradecimiento a las personas que nos dan. Si están obedeciendo a Dios al no darnos, también debemos expresarles nuestro agradecimiento.

Cuando compartimos nuestras noticias y necesidades con las personas mediante una comunicación regular, les estamos dando la oportunidad de contribuir a nuestra obra tal como lo indica el Señor. Les estamos brindando un gran

privilegio: el privilegio de participar en lo que Dios está haciendo en algún otro lugar del mundo. No debemos disculparnos cuando les brindamos esa oportunidad. Tampoco debemos dudar cuando nos damos cuenta de que el Señor verdaderamente bendice a quienes dan.

Otra cosa que hay que tener en cuenta es que un boletín es para noticias y sólo de vez en cuando (o en una pequeña parte de la carta) se deben mencionar las necesidades, salvo en caso de una verdadera crisis. Como en la fábula de Esopo, donde el niño gritó «¡Lobo! ¡Lobo!», podemos hacer que la gente sea menos sensible a las verdaderas necesidades si estamos constantemente pidiendo dinero.

Un último recordatorio para cuando manifiestes tus necesidades: recuerda buscar la guía del Señor mientras lo haces. A veces, Él puede guiarte a escribir una o dos cartas personales. En otras ocasiones, puede que necesites viajar a algún lugar para hablar con una persona. O puedes enviar un boletín impreso a varios amigos, pidiéndoles que oren acerca de dar. Mantente flexible en cada situación.

NUNCA SUPERARÁS LA NECESIDAD DE ORIENTACIÓN

El Señor no sólo te guiará en cuanto a quién contactar, sino también en cuanto a qué decir. Recuerda, Él está tan comprometido con tu ministerio como tú, de hecho, más, y Él también está ansioso por bendecir a quienes dan. No te embarques en la obra espiritual de liberar a las personas para que se dediquen al ministerio de dar sin pedirle la ayuda y la guía a Dios.

¿Hay un precio que pagar por pedir dinero? Sí, por supuesto. Tienes que humillarte y dejarle saber a la gente que confías en que Dios guiará a algunos de ellos para que te ayuden en lo que estás haciendo. Serás vulnerable. Puede que tengas miedo o vergüenza. Algunos te rechazarán. Pero si pasaras el día dando testimonio de Jesús en las calles, muchos también te rechazarían. Te sorprendería saber quién te da y quién no. Moisés dijo: «Tomen de entre ustedes una ofrenda para el Señor; el que tenga un corazón generoso, que la traiga como ofrenda para el Señor» (Éxodo 35:5). Moisés no se preocupó por aquellos que no tenían un corazón dispuesto, sino que desafió a aquellos que estaban dispuestos a traer su

ofrenda a Dios. Haz como Moisés, obedeciendo a Dios y confiando en Él con los resultados.

CAPÍTULO 13: LA CUESTIÓN DE LA RIQUEZA

Los invitados se agolparon con entusiasmo alrededor de la mesa. La anfitriona entró apresurada y sirvió una cena típica de Nueva Zelanda, a base de carne y patatas. Pero cuando llegó la hora del postre y el té, se disculpó mientras servía la pálida bebida en cada taza.

«Lamento que el té sea tan débil», explicó a sus invitados. «Lo hacemos así para que dure más. Ya ven, vivimos por fe». Sus invitados le aseguraron que a ellos no les importaba. De hecho, como eran estadounidenses, se sintieron bastante aliviados de que el té no fuera tan fuerte como el que solían servir los neozelandeses. Y ciertamente apreciaban el ministerio que estas personas estaban haciendo, abriendo sus hogares a personas necesitadas y confiando en Dios para su sustento semana tras semana. Pero la ironía y el humor de su declaración los impactaron más tarde, de camino a casa.

¿Vivir por fe significa beber té flojo? ¿Significa llevar zapatos con tacones gastados y coches que apenas arrancan o que se oyen venir cuando están a una cuadra

de distancia? ¿Y qué era flojo, el té o la fe? La cuestión de la opulencia -en particular para los siervos de Dios- es una cuestión emocional. Es difícil separar nuestros sentimientos de los hechos. Los cristianos de «Bendícame» predicán que si tienes fe, tendrás riqueza material. Si no vives en prosperidad, es porque no has ejercitado tu fe.

Los cristianos que apoyan la ética del trabajo sostienen que el trabajo duro dará como resultado la bendición material de Dios. Dicen que si no tienes dinero es porque has sido perezoso. Desafortunadamente, estas personas suelen tener mucho trabajo e iniciativa, pero poca misericordia y generosidad para la misión.

En el otro extremo de las opiniones de los cristianos que defienden la idea de que la riqueza es un mal, se encuentran aquellos que miran con desprecio a cualquiera que posea bienes materiales. Estos cristianos que creen que la riqueza es un mal no llegan al comunismo, pues atribuyen todos los males del mundo a una distribución desigual de la riqueza. Según ellos, cualquier cristiano serio debería regalar todo excepto lo más necesario. Algunas de estas personas casi deifican la pobreza: cuanto menos tienes, más cerca estás de Dios.

Cualquiera que sea nuestra opinión, la mayoría de nosotros sentimos una mezcla de emociones con respecto a la riqueza, especialmente en lo que respecta a aquellos en el ministerio.

Algunos amigos míos han trabajado en JUCUM durante casi veinte años, principalmente en los Estados Unidos. A lo largo de los años han tenido una sucesión de vehículos usados, la mayoría con altos costos de mantenimiento, dudosa confiabilidad, bajo consumo de combustible y bajos valores de reventa. Un vehículo que nunca olvidarán fue un Travel-All, que solo rendía diez millas por galón y se estropeaba constantemente.

Entonces encontraron un coche usado a buen precio. Aunque tenía siete años, estaba en excelentes condiciones, rendía veintiocho millas por galón, era confiable, las reparaciones eran económicas y costaba mucho menos que un coche americano nuevo de tamaño económico. Era un Mercedes-Benz. Mis amigos lo compraron, convencidos de que era una excelente manera de ser buenos administradores del dinero del Señor.

Condujeron este coche y otros Mercedes usados durante varios años, y cada vez podían cambiar un coche y comprar otro por aproximadamente la misma cantidad,

pagando mucho menos en mantenimiento y combustible de lo que habían pagado antes. Estaban muy agradecidos por la provisión del Señor.

Luego empezaron a oír comentarios sobre su Mercedes. Uno utilizó la palabra «opulencia», mientras que otro preguntó: «¿Cómo puede un misionero permitirse un coche así?». Uno incluso dijo: «¿Cómo pueden conducir ese tipo de coche cuando en el mundo hay gente muriendo de hambre?».

Ojalá pudieran colgar un cartel en el costado del auto, indicando su costo, las pocas reparaciones que necesitaba, y cuánto ahorraba en combustible cada semana. Tal vez hasta podrían escribir en el costado: «¡Este auto le está ahorrando dinero al Señor!». Pero no pudieron. Oraron y decidieron que no querían ser un obstáculo para nadie. El Mercedes tenía que desaparecer.

Lo cambiaron y compraron una minivan, que en realidad costó más que su Mercedes usado. La minivan terminó costando más también en mantenimiento y se deprecia más rápido. Pero ya nadie se queja de que están malgastando el dinero del Señor.

¿Qué lugar ocupa Dios en todo esto? ¿Existe un límite de riqueza por debajo del cual debemos permanecer para agradarle?

Hace poco fui bendecido de una manera que me hizo comprender esta pregunta. Hace unos años, después de que nuestra familia había vivido en un pequeño apartamento en el campus de JUCUM en Kona durante años, tuvimos una gran sorpresa. Los JUCUMeros de todo el mundo participaron en una ofrenda especial, y nos dieron un auto nuevo y un anticipo para una casa.

Fue maravilloso, sobre todo por el amor que nos dieron. La casa es preciosa, pero Darlene comentó después de unas semanas: «¡Sigo esperando que quien viva aquí venga y nos encuentre en su casa!».

Hace unos meses, un hombre se me acercó con un regalo inusual. Quería darme algo de dinero, pero yo solo podía usarlo para una de tres cosas. Podía apartarlo para mi funeral (que probablemente necesitaría pronto, según mi amigo), o podía ahorrarlo para usarlo en cuidados de enfermería después de mi derrame cerebral (que también me señaló que podría suceder en cualquier momento), o podía usarlo para construir una piscina y hacer ejercicio regularmente, ¡evitando que sucedieran otras cosas!

Me doy cuenta de por qué mi amigo hizo su donación con una designación tan clara para su uso. Sabía que sería difícil para mí tener una piscina, aunque en nuestro clima tiene mucho sentido. Otros amigos también donaron para nuestra piscina, y otro querido amigo donó su mano de obra experta para construirla. La piscina es un recordatorio constante del amor de Dios y de la sabiduría de mi amigo.

Cuando el Señor quiso ponernos ejemplos de fe, en el capítulo 11 de Hebreos enumera a todo un elenco de héroes. Se mencionan a Abraham, Isaac, Jacob, José, David y Salomón, y cada uno de ellos era un hombre rico. Pero en el mismo capítulo se enumeran otros como ejemplos de fe. Estos héroes fueron torturados, burlados, azotados, encarcelados, afligidos e incluso asesinados, y anduvieron en la indigencia, vestidos con pieles de oveja y de cabra, viviendo en cuevas y agujeros en la tierra.

Pablo nos recordó que tanto la pobreza como la riqueza podrían ser la voluntad de Dios para nosotros, y que podemos aprender a adaptarnos a cualquiera de ellas:

Sé lo que es vivir en necesidad y sé lo que es tener abundancia. He aprendido el secreto de estar contento en cualquier situación, ya sea bien saciado o hambriento, ya sea en abundancia o en necesidad. Todo lo puedo en

Cristo que me fortalece (Fil. 4:12-13). He descubierto que es más difícil tener abundancia que estar en necesidad. Es mucho más fácil escuchar al Señor todos los días cuando confías en Él para la próxima comida que cuando las cosas son más fáciles.

Según el Señor, tener dinero es peligroso. Jesús dijo que es difícil para el rico entrar en el reino de los cielos y que hay que tener cuidado con el «engaño de las riquezas». Dios advirtió a su pueblo cuando les dio grandes y espléndidas ciudades y casas llenas de todo bien, que «tuvieran cuidado de no olvidarse del Señor» (Deut. 6:12). El escritor de Proverbios lo puso en equilibrio cuando dijo: «No me des pobreza ni riquezas, sino dame sólo el pan de cada día, no sea que tenga demasiado y te niegue, y diga: “¿Quién es el Señor?”, o que me haga pobre y robe, y deshonre así el nombre de mi Dios» (Prov. 30:8-9).

¿Dónde trazamos el límite? ¿Cuánta pobreza es demasiada o cuánta riqueza es peligrosa? El límite varía ampliamente según tres factores:

Carácter. No es una cuestión de cuánto puedo confiar en que Dios me dará, sino de cuánto puede Él confiarme. Si somos fieles en lo poco, Él puede hacernos fieles en lo mucho. Sin embargo, hay otros dos factores. Nuestro nivel

de provisión también depende de nuestro llamado, y la cultura en la que trabajamos.

Aunque Dios puede confiar en mí y en mi carácter, Él sabe lo que necesito, ni más ni menos, para cumplir Su llamado en mi vida.

La provisión puede variar ampliamente según lo que estés haciendo y el lugar donde Dios te haya colocado para trabajar para Él. Tengo un amigo que era ministro en una generosa organización cristiana, ganaba un buen salario, conducía autos nuevos, y vivía en una hermosa casa en el campo.

Después de varios años allí, el Señor lo llamó a trabajar en el centro de la ciudad de Los Ángeles.

De la noche a la mañana, él y su familia se encontraron viviendo en un barrio asolado por la delincuencia, con rejas en las ventanas de su casa, y comprando la comida en tiendas cuyas ventanas estaban tapiadas. En lugar de comprar ropa nueva con regularidad, estaban regalando gran parte de su dinero a los miembros de su iglesia, ayudándolos a tener comida en sus mesas.

Después de varios años de eso, el Señor los llevó nuevamente a cambiar de ministerio. Aceptaron el

pastorado de una iglesia bastante adinerada en el suroeste. Si bien todavía no eran extravagantes, este pastor y su esposa descubrieron que se les exigía que salieran a comprar ropa con más frecuencia, y que vivieran en una casa que se parecía más a las casas de su gente.

En cada una de estas tres fases de la vida, mis amigos estaban en el centro de la voluntad de Dios, usando Sus recursos sabiamente para ministrar a la cultura donde Él los había colocado.

¿Cuánto dinero es suficiente y cuánto es demasiado? No se puede dar una cifra exacta. Depende de la situación, de la vocación, y de las personas con las que se trabaja. Norman Vincent Peale fue pastor de una prestigiosa congregación en Manhattan durante años. La Madre Teresa trabajó entre los más pobres de entre los pobres en Calcuta, India. Sin embargo, la forma en que cada uno se viste, vive y viaja depende de su vocación. ¿Cómo se puede saber si se está viviendo con demasiado lujo? Si bien no podemos dar una cifra exacta, sí podemos ofrecer pautas.

No debemos vivir ni muy por encima ni muy por debajo de aquellos entre quienes servimos.

Mi hermana y mi cuñado, Jan y Jim Rogers, describieron una situación: estaban visitando a unos

misioneros en Asia, en un país que recientemente se había empobrecido a causa de los disturbios políticos.

Debido a la economía de ese país, muchos misioneros vivían en hermosas casas, mucho mejores de las que podían permitirse en los Estados Unidos, pero por un alquiler promedio de sesenta dólares al mes.

Una noche, Jim y Jan estaban en la casa de uno de los misioneros con otros misioneros extranjeros, disfrutando de un momento de compañerismo. Llamaron a la puerta. Era un pastor principal, nacional de ese país. «Se quedó allí de pie, incómodo, en el porche delantero», dijo Jan. «Parecía que no se atrevía a entrar en la casa. Nuestro anfitrión salió con él y rápidamente se ocupó de sus preguntas antes de regresar a la fiesta. No estábamos haciendo nada malo esa noche, pero de alguna manera sentí que una inquietud invadía la habitación, casi como una sensación de culpa».

¿Cómo sabes si estás viviendo muy por encima (o por debajo) de aquellos entre quienes estás ministrando? Hazte esta pregunta: ¿Este (automóvil, casa, estilo de vida) me ayuda o me impide ganar y disciplinar a las personas para Jesús?

CUIDADO CON LA AVARICIA.

La Biblia hace esta advertencia repetidamente, especialmente a quienes se dedican al ministerio a tiempo completo. Se nos dice: «Apacentad la grey de Dios que está bajo vuestro cuidado, no por obligación, sino voluntariamente, como Dios quiere. No ávidos de ganancias deshonestas, sino deseosos de servir; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey» (1 Pedro 5:2-3). Buscar riquezas que excedan las necesarias para cumplir el llamado de Dios es avaricia y está condenado en la Biblia.

Dos cosas enfurecen al público hoy en día: cuando se muestra a los predicadores viviendo vidas de lujo y desenfreno, y cuando los políticos se enriquecen mientras ejercen el servicio público. ¿Alguna vez se ha preguntado por qué sucede esto? Creo que se debe a la memoria colectiva que nuestra sociedad tiene de la Biblia. La gran mayoría no se daría cuenta de que obtuvo estas ideas de la Biblia, pero lo hizo.

El Señor le dijo a su pueblo que eligiera un líder (o rey) que no multiplicara caballos ni acumulara en abundancia plata y oro para sí, para que «no se enaltezca sobre sus hermanos...» (Deut. 17:15-20). De la misma manera, se

debe elegir un líder espiritual que «no sea amante del dinero» (1 Tim. 3:3).

Nunca utilices el ministerio para adquirir riquezas para ti mismo. Había una razón por la que los levitas eran la única tribu a la que no se les dieron bienes raíces. Su herencia debía ser el Señor mismo, no cosas materiales (Números 18:20).

Debemos evitar que los valores de este mundo se conviertan en nuestros propios valores. Necesitamos entregar nuestro poder adquisitivo a Jesús y dejar que Él gobierne en esta área de nuestra vida. Si tu corazón está comprometido a obedecer al Señor, Él puede hablarte y evitar que tus deseos naturales te dominen.

Evita la envidia de los demás y siéntete contento.

La Biblia no nos dice que evitemos la riqueza o la pobreza, pero sí nos dice que estemos contentos. Nos dice que no comparemos nuestra suerte con la de los demás ni codiciemos lo que tienen.

¿Cómo podemos vencer en esta área? El antídoto contra la envidia es estar absolutamente convencido de la justicia de Dios. Haz un estudio bíblico sobre la justicia de Dios. Deja que esta verdad penetre en tu corazón y coloree

todo lo que veas. Él es justo y te bendecirá, si no financieramente en esta vida, pero ciertamente de otras maneras, y por toda la eternidad. Él nunca prometió que tendríamos igualdad de bienes y provisión en esta vida, solo que se nos proveería con lo que necesitáramos.

4. Sigue dándole al Señor como Él te guíe.

El camino del Señor en las Escrituras no es aprobar leyes o impuestos y redistribuir por la fuerza la riqueza de manera igualitaria entre todos. Tampoco es hacer votos de pobreza, de esta manera ya no podrías dar. Su voluntad es que aquellos que son bendecidos por Él compartan su riqueza generosamente, por su propia voluntad. Esta es Su voluntad para ti si te ha bendecido con abundancia:

A los ricos de este mundo, mándales que no sean arrogantes ni pongan su esperanza en las riquezas, que son tan inciertas, sino que pongan su esperanza en Dios, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Mándales que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, generosos. De esta manera, atesorarán para sí un sólido fundamento para el mundo venidero, para que echen mano de la vida que es verdaderamente vida (1 Tim. 6:17-19).

CAPÍTULO 14: CUANDO SIMPLEMENTE NO FUNCIONA

¿Qué pasa cuando escuchas al Señor, te pones en acción para obedecerlo, y el dinero se acaba? Te encuentras revisando el buzón una y otra vez. Intentas concentrarte en tu trabajo, pero lo único que puedes pensar es: «¿Por qué Dios no está cumpliendo mis necesidades? ¡Estoy haciendo lo que Él me dijo que hiciera! ¿Por qué esto no está funcionando?».

Dios es absolutamente fiel, no puede ser otra cosa. Cuando Él da Su palabra, la cumplirá. A menos que...

Verás, las promesas de Dios siempre se basan en el cumplimiento de nuestras condiciones. Nunca son automáticas. Veamos algunas preguntas que puedes hacerte en esos momentos en los que simplemente no funciona:

¿Amo las cosas más de lo que amo a Dios (materialismo)?

No hace falta ser un rico avaro para estar enamorado del dinero o de los bienes materiales. No hace falta ser rico

para ser materialista. No es cuestión de cuánto posees, sino de cuánto te poseen tus posesiones.

El materialismo puede introducirse sutilmente, poco a poco, incluso en el ministerio de tiempo completo, incluso en las misiones. Ves las necesidades del trabajo, empiezas a centrarte en las necesidades del trabajo y, finalmente, las necesidades se vuelven mayores que tu concentración en Dios. Te has convertido en materialista, y todo en nombre del ministerio.

Mateo 6:24 dice que nadie puede servir a dos señores. No se puede servir a Dios y al dinero. Hay varias indicaciones de que, en lo más profundo de nuestro corazón, hemos empezado a servir al dinero en lugar de servir a Dios.

Pregúntese:

Cuando estoy orando o nuestro grupo está orando, ¿cuánto tiempo se dedica a orar por las necesidades financieras?

Cuando nos reunimos con otros para planificar o revisar el ministerio, ¿cuánto tiempo se dedica a hablar sobre el presupuesto y cómo podemos conseguir más dinero?

Lo que sea que esté más importante en tu corazón se manifestará por sí solo. La Palabra de Dios dice que busquemos primero Su Reino y todas las demás cosas nos serán añadidas. Parece como si Jesús estuviera poniendo «todas las demás cosas» casi como una idea de último momento. No te preocupes por eso, dijo. Simplemente haz el trabajo que Dios te ha guiado a hacer. Él se ocupará de tus necesidades.

¿Cómo tomas tus decisiones? ¿Le preguntas a Dios qué hacer y luego cómo hacerlo? ¿O analizas tus ingresos previsibles y luego decides qué debes hacer?

Cuando verdaderamente aceptas a Jesús como Señor, tomarás tus decisiones de una manera radicalmente diferente a la de quienes te rodean. Multitudes viven para el ídolo de los bienes materiales. Nadie pensará que eres raro si te mudas de un lado a otro del país para conseguir un salario más alto, incluso si eso significa desarraigarte a tu familia y dejar atrás amigos, barrios familiares y todo lo que amas. Pero si le dices a la gente que te mudas para obedecer a Dios, tal vez aceptando una reducción de salario o incluso entrando en un ministerio donde no tienes ingresos garantizados, sin duda te considerarán raro.

Algunos incluso pueden acusarte de involucrarte en una secta o de volverte mentalmente desequilibrado.

Cuando se amenaza a los dioses de las personas, ellas mismas se sienten amenazadas. Mis viejos amigos, Graham y Treena Kerr, eran ricos y famosos cuando conocieron al Señor por primera vez. Probablemente recuerden a Graham por su programa de televisión, «The Galloping Gourmet».

Cuando se convirtieron, Dios les dijo que lo dieran todo, y así lo hicieron. Millones de dólares. Eran los jóvenes ricos que obedecieron.

Lo sorprendente fue la crítica que recibieron de parte de los cristianos por su obediencia. Algunos los acusaron de no ser buenos administradores y dijeron que deberían haberlo invertido para poder seguir dando más y más al Reino de Dios.

Este tipo de reacciones muestran dónde se encuentran los verdaderos valores de las personas. Al igual que los discípulos, cuando la mujer rompió el costoso frasco de alabastro que contenía el perfume sobre la cabeza de Jesús, dicen: «¡Este dinero se podría haber gastado mejor!».

No escuchamos muchos sermones contra la idolatría, pero la Biblia habla de este pecado más que de cualquier otro. Tres de los primeros cuatro Diez Mandamientos, el primero, el tercero y el cuarto, tratan de este pecado en general, y el segundo lo trata de manera específica. Sin embargo, necesitamos una nueva comprensión de la idolatría en la Iglesia. La idolatría es mucho más que un pagano que se inclina ante una imagen. La idolatría es simplemente vivir para algo que no es Dios. Sólo Él merece nuestro compromiso final, nuestra máxima devoción y adoración.

Así que, si te encuentras sin dinero, pregúntale al Señor si te está mostrando que el dinero se ha vuelto demasiado importante para ti. Esto no es para hacerte sentir condenado. Dios no condena, pero sí nos corrige y nos llama al arrepentimiento. E incluso en la corrección, Él es amable y perdonador. Él te ama y quiere verte viviendo de una manera que te haga feliz y completo. Pero Él sabe que eso solo sucederá cuando lo pongas a Él primero en todas las áreas. Por lo tanto, en amor por ti, Él puede retener el dinero hasta que establezcas tus prioridades en orden.

¿He perdido la voluntad de Dios?

Esta es una pregunta muy obvia, pero a menudo pasada por alto.

¿Qué sucede si el dueño de una estación de servicio se va de vacaciones y te deja a cargo mientras él está fuera? Te muestra qué hacer: cargar combustible para los clientes, cambiarles el aceite y hacer reparaciones sencillas en sus automóviles. Sin embargo, después de que él se va, se te ocurre una buena idea: ¿por qué no abrir un área de servicio de comidas en la estación?

Pronto estarás ocupado vendiendo perritos calientes y donas y sirviendo helados. El problema es que te falta personal y la gente que necesita servicio para sus autos espera y espera, y finalmente se va disgustada. Mientras vendes muchos perritos calientes, los ingresos bajan, no puedes pagarle al proveedor la gasolina y terminas cerrando las gasolineras.

Cuando el dueño regresa, el déficit ya ha aumentado, lo que le pone en serios problemas económicos. Le pides al dueño más capital para salir de ese apuro, y él se niega. ¿Por qué? Porque es el dueño de la gasolinera y no le autorizó a vender perritos calientes, sino solo gasolina. No sería prudente que el dueño pagara por su presunción, ¿no?

Tampoco sería sabio Dios si simplemente respaldara todos los deseos y fantasías que la gente emprende en Su nombre. Hay una gran diferencia entre la fe y la presunción. La fe se basa en escuchar la voz de Dios y hacer lo que Él te dice que hagas. La presunción puede parecer espiritual en la superficie, tal vez algo que estás «haciendo para Dios», pero, de hecho, has actuado por tu cuenta sin consultarle.

¿Estoy en deuda?

«No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros» (Rom. 13:8).

Las deudas pueden ser la razón por la que atraviesas dificultades económicas. Dios, en su amor por ti, sostiene tus finanzas hasta que arregles las cosas y aprendas a vivir de manera responsable dentro de lo que Él ha dispuesto para ti.

¿Significa esto que todo endeudamiento es malo? Si no debemos deberle nada a nadie, ¿deberíamos comprar alguna propiedad con una hipoteca o pagar los pagos del automóvil?

Existen dos extremos a la hora de abordar las Escrituras: uno es el legalismo y el otro es el liberalismo. La

Biblia establece verdades absolutas, como los Diez Mandamientos y la declaración de Jesús de que nadie puede llegar a Dios excepto por medio de Él. El liberalismo toma estos absolutos de la Biblia y los convierte en verdades relativas, diciendo que sí, Jesús es un camino hacia Dios, pero Buda es otro camino.

Otros principios de la Biblia son verdades relativas, principios relativos al contexto y la cultura, como la advertencia en 1 Corintios capítulo 11 sobre que los hombres no deben llevar el cabello largo. Algunos leen este versículo y se vuelven legalistas, convirtiendo un principio bíblico relativo en un principio bíblico absoluto. Pero si Dios está en contra de que los hombres lleven el cabello largo, ¿estaba también en contra de Sansón, Juan el Bautista y todos los demás que hicieron el voto de nazareato?

De la misma manera, si esta advertencia de «no deber a nadie» en Romanos 13:8 es un absoluto de la Biblia, ¿por qué la Biblia dice que se debe prestar a los pobres en Deuteronomio 15:8? Si la persona pobre acepta el préstamo, ¿está desobedeciendo a Dios?

Lo que Dios nos dice en Romanos 13:8 es que estemos al día con nuestras obligaciones. Es una decisión financiera

sensata pedir prestado solo lo que razonablemente podemos esperar devolver, y solo pedir prestado para comprar bienes con valor real que se puedan revender para pagar nuestra deuda si no podemos cumplir con nuestra obligación.

En otras palabras, pide dinero prestado para un vehículo, pero no caigas en la trampa de pedir dinero prestado para comida u otros artículos que se consumen, apostando a tu futuro. Tampoco estoy diciendo que nunca debas usar una tarjeta de crédito. Si puedes mantenerte al día sin acumular deudas que superen tu capacidad de pago, no estás desobedeciendo la admonición de no deberle nada a nadie.

Existen otras aplicaciones de este principio de no deberle a Dios otras razones por las que no reciba provisión financiera. Usted puede deberle algo a alguien porque lo engañó, le robó, o lo lastimó de alguna manera. Usted puede deberle algo al gobierno porque evadió el pago de impuestos. Y el hecho de que estas cosas hayan sucedido antes de que usted fuera cristiano no lo exime de la necesidad de hacer restitución.

Por ejemplo, ¿qué pasaría si yo robara tu coche, lo pintara y empezara a conducirlo? Mientras tanto, me

convertiría al cristianismo, pero seguiría conduciendo tu coche, sólo que de un color diferente. Un día, lo miras más de cerca y reconoces una pequeña abolladura en el guardabarros trasero derecho y una muesca en el parabrisas. Me enfrentas: «¡Oye! ¡Ese coche que conduces es mío!». ¿Qué pasaría si yo respondiera: «Oh, hermano mío, robé tu coche antes de venir a Jesús, pero eso ahora está bajo la sangre!».

No es probable que me dejes ir con esa excusa, y Dios tampoco. Tal vez Él te esté reteniendo provisiones financieras, esperando que obedezcas ese empujón de conciencia y corrijas un viejo error.

¿He estado diezmando?

Malaquías capítulo tres afirma que estamos robando a Dios si no damos regularmente la décima parte de nuestros ingresos. Si le obedecemos y comenzamos a diezmar, Dios promete en Malaquías 3:11 «reprender al devorador por vosotros, para que no os destruya el fruto de la tierra, ni vuestra vid en el campo se pierda». Si vuestras finanzas están siendo devoradas, tal vez no habéis estado obedeciendo diligentemente a Dios en esta área.

¿He sido generoso?

La generosidad comienza después de haber pagado el diezmo. Si padeces de una grave y crónica falta de fondos, es posible que estés recibiendo de la misma manera que has estado dando, débil y lentamente, en lugar de hacerlo con libertad y prontitud, como te lo indica el Espíritu Santo. En 2 Corintios 9:6 se nos dice: «El que siembra escasamente, también segará escasamente».

Cuando te encuentres en necesidad de fondos, pídele al Señor que te muestre cómo puedes dar. Quizás te dé dinero, pidiéndote que lo des, tal vez varias veces, antes de darte más para satisfacer tus propias necesidades. O puedes regalar objetos preciados, siguiendo sus indicaciones, para romper un espíritu de codicia mediante la guerra espiritual. Sólo el espíritu opuesto obra contra el enemigo en cualquier situación. Sioras contra el diablo y su retención de fondos para la obra de Dios, puede ser necesario que rompas ese espíritu de codicia mediante un acto de generosidad de tu parte.

José y Rosana Liste son dos JUCUMeros argentinos que fueron a iniciar un ministerio en Resistencia, una zona muy pobre de su país.

Cuando los Listes llegaron, se quedaron estupefactos por las condiciones. Los niños pobres acudían a su puerta

pidiendo comida y ellos compartían lo que tenían. Pero tenían dificultades para alimentar a sus tres hijos: su familia de cinco miembros recibía el equivalente a sólo veinte dólares estadounidenses de ayuda mensual comprometida.

A los argentinos les encanta hacer barbacoas los domingos. Un domingo de abril, los Liste volvían a casa caminando desde la iglesia y sintieron un olor a carne cocinándose en el patio trasero de alguien.

«Papá», gritó uno de sus hijos, «¡quiero un asado! ¡Quiero carne!». Su madre, Rosana, comenzó a llorar y José se sintió bastante impotente. Se habían quedado sin dinero y casi no les quedaba nada para comer en la casa. Al llegar a casa, llamaron a la puerta. Era un niño de nueve años que solía venir a pedir comida. Ahora estaba allí, junto con sus dos hermanos, pidiendo ayuda.

¿Qué podrían hacer?

Entonces Rosana recordó la historia de la alimentación de los cinco mil con el almuerzo de un niño. Ella y José buscaron en sus alacenas. Todo lo que encontraron fueron cuatro paquetes de lentejas de medio kilo (unas cinco libras). Los pusieron en una olla y luego pidieron a alguien del barrio que preparara una lista de los niños más pobres.

Había treinta y seis. José y Rosana los invitaron a todos a comer y, de alguna manera, Dios multiplicó sus lentejas, cucharada a cucharada.

A partir de ese momento, comenzaron a alimentar a los niños diariamente. Cada día ha sido un milagro, pero no han dejado de alimentar a los niños durante meses. Los números han aumentado, están alimentando a cien niños y algunas madres todos los días, y su apoyo comprometido ha crecido un poco. Ahora reciben sesenta dólares de apoyo al mes. Eso es mucho, mucho menos de lo que necesitan para lo que están haciendo. Cuando le preguntan a José cómo lo hacen, se encoge de hombros y sonríe. «No sé cómo... ¡simplemente lo hacemos!». Piden productos a los agricultores y van a los comerciantes para obtener los productos sobrantes. Una vez, un cazador les dio algunas palomas... José imita a los niños chupándose los dedos con la carne. Cada día es diferente, pero Dios nunca ha dejado de proveer para ellos. Nunca suponga que porque está en el ministerio, está exento de dar. Todo cristiano debe dar. Dar podría ser la clave para su avance financiero.

Además, cuando confíes en Dios para su provisión diaria, evita la trampa de la mentalidad de pobreza. Sé

generoso: paga la cuenta del restaurante siempre que sea posible. No importa si el destinatario de tu generosidad tiene un ingreso de seis cifras. Tú eres un representante del Rey del Cielo.

¿He estado agradecido por la provisión de Dios?

La formación del carácter de Cristo en nosotros es lo que Dios considera más importante. Nos centramos en nuestras necesidades, aunque Él siempre puede proveer abundantemente para nosotros. Él podría hacer por nosotros como lo hizo con Elías: que los cuervos nos trajieran Chateaubriand en el desierto, con ángeles a nuestro lado para servirnos, preguntando: «¿Más salsa, señor?». Sin embargo, el Señor está más interesado en cambiarnos a su semejanza que en alimentarnos. La gratitud por lo que Él ya nos ha dado es una gran parte de nuestro aprendizaje de sus caminos y su carácter.

En el Antiguo Testamento, los levitas comían las ofrendas que el pueblo traía al templo, pero estas ofrendas seguían considerándose sagradas. En Levítico 22:2, se les ordenaba a los sacerdotes: «Respetaréis las ofrendas sagradas que los israelitas me ofrecen».

Cuando hoy la gente da para la obra del Señor, también debemos considerarlo sagrado y santo. A veces es

difícil hacerlo cuando es evidente que alguien no ha dado lo mejor de sí para la obra del Señor.

Se cuenta la historia de un predicador que recibió un montón de manzanas de uno de sus feligreses. Cuando después le preguntaron cómo habían disfrutado las manzanas su familia, el predicador respondió: «¡Estaban en su punto! Si hubieran estado mejor, no nos las habrían dado, y si hubieran estado peor, no las habríamos podido comer».

Pero, hablando en serio, hay momentos en que el Señor mismo pone a prueba nuestra gratitud. Mientras éramos pioneros en la Universidad de las Naciones en Kona, Hawái, hubo momentos de escasez económica. Durante uno de esos momentos, comimos pez espada todos los días durante tres meses. Fue la provisión de Dios para nosotros, el regalo de unos pescadores. ¡No se imaginan cuántas maneras de servir ese pez espada se les ocurrieron a nuestros cocineros! Había pez espada al horno, pez espada frito, pez espada a la crema con arroz, lasaña de pez espada e incluso tacos y enchiladas de pez espada. Nos podíamos identificar fácilmente con los israelitas, que se cansaron del maná.

Los tiempos han cambiado para nosotros en Kona. Sería un error si, quince años después, todavía estuviéramos comiendo pez aguja, a menos que Dios nos estuviera llamando a hacerlo de por vida por alguna razón. Los días de la pesca del pez aguja fueron días de pioneros, y las bendiciones espirituales de aquellos días fueron verdaderos festines. Nuestro deleite se convirtió en lo que Jesús estaba haciendo entre nosotros, en cómo hablaba y dirigía, no en lo que veíamos en nuestros platos cuando nos sentábamos a cenar.

¿He sido fiel en las pequeñas cosas?

La parábola de los talentos de Jesús en Mateo 25 es uno de los pasajes más importantes de las Escrituras en relación con las finanzas. A los dos siervos que invirtieron su capital sabiamente se les dio más. Al siervo que no le quitaron ni siquiera su pequeño tesoro, el amo le dijo: «Bien hecho... Has sido fiel en lo poco; sobre mucho te pondré» (versículo 23).

Este principio de ser fieles en lo poco antes de que se nos dé la responsabilidad de mucho se repite en muchas áreas de nuestra vida. Dios en Su fidelidad no nos someterá a la prueba de la abundancia de dinero hasta que hayamos sido fieles con nuestros centavos. Dios pregunta en Su

palabra: «¿Quién menosprecia el día de las pequeñeces?» (Zacarías 4:10). No debemos despreciar los pequeños comienzos. Debemos ser fieles a ellos. Cualesquiera que sean los grandes proyectos o metas que Él haya puesto en nuestro corazón para que los hagamos, Él no los soltará hasta que pasemos nuestras pruebas en el día de las pequeñeces.

Aprendí el principio de la fidelidad sobre las cosas pequeñas de forma clara cuando confiábamos en el Señor para obtener dinero para comprar nuestra primera propiedad en Suiza.

Habíamos planeado una reunión especial de oración y una ofrenda entre nosotros para el pago inicial del hotel. La tarde anterior a la ofrenda, yo estaba en el centro de Lausana, simplemente mirando los grandes almacenes Innovation. Allí, mi vista se posó en unos conjuntos deportivos estupendos, rebajados al equivalente de sólo veinte dólares. Todas las mañanas había estado corriendo con unos pantalones viejos y desaliñados. Cuando los suizos pasaban a mi lado luciendo elegantes con sus conjuntos deportivos, yo anhelaba conseguir un equipo deportivo más adecuado.

Mientras estaba en la tienda, un pensamiento cruzó por mi mente: «Mejor compro uno hoy, mientras tengo veinte dólares. ¡Dios puede pedirme que le dé todo mi dinero durante nuestro tiempo de oración mañana!» Hice mi compra apresuradamente.

«Ahí está», pensé mientras salía de la tienda con la bolsa bajo el brazo, «ya está». Incluso salí a correr esa tarde para confirmar que era el propietario del conjunto deportivo.

Al día siguiente, me senté en la parte delantera de la sala de conferencias. Como de costumbre, dirigí la oración y luego les pedí a todos que esperaran en el Señor y que hicieran lo que Él les dijera. En el silencio de la sala, Dios me habló a la mente.

«No puedo darte sesenta mil dólares para que compres este hotel, Loren.»

«Pero ¿por qué, Dios?»

«Porque ni siquiera puedo confiar en ti veinte dólares.»

Se me partió el corazón al ver la terquedad de mi corazón. Eran mis veinte dólares, sí, pero los había gastado a toda prisa por si acaso Dios me hubiera dicho que los diera en la ofrenda. Afligido, me puse de pie y confesé a

nuestro personal y a nuestros estudiantes lo que había hecho, luego oré y pedí perdón a Dios.

¿Dios me habría dejado comprar ese chándal si se lo hubiera pedido? Tal vez sí. Pero no había sido lo suficientemente fiel como para pedírselo. Sin embargo, en su misericordia, me perdonó. También, como yo había previsto, nos pidió a Darlene y a mí que diéramos todo lo que teníamos en esa ofrenda, incluyendo todo lo que había en nuestra cuenta bancaria y la propiedad en alquiler que teníamos en California, nuestro fondo de ahorros. Mencioné antes en el libro otros pasos de obediencia que dimos y cómo el resto de los sesenta mil dólares llegó por correo el último día de nuestra fecha límite.

¿He desobedecido algo que Dios me ha dicho?

En el pasado, cuando un tren se salía de las vías, los maquinistas tenían que tirarlo hacia atrás hasta el punto donde se había salido de las vías antes de que el tren pudiera volver a ponerse en marcha. No podían simplemente levantarla con una grúa y volver a colocarlo en su sitio. A veces la falta de recursos económicos puede ser la señal que Dios nos da de que nos hemos salido de las vías en algún momento. Es sorprendente cómo nuestros bolsillos pueden captar nuestra atención, incluso

cuando ignoramos las alarmas que retumban en nuestra conciencia. Dios lo sabe, y en su amor y misericordia hacia nosotros a veces nos niega nuestra provisión hasta que lo busquemos y nos arrepintamos.

En las Escrituras, la desobediencia está relacionada con la incredulidad. Hebreos 3:18 dice que a los hijos de Israel no se les permitió entrar en la Tierra Prometida debido a su desobediencia. El versículo siguiente, Hebreos 3:19, dice: «Vemos, pues, que no pudieron entrar a causa de su incredulidad». La desobediencia conduce naturalmente a la incredulidad. Un ateo es ateo porque ha desobedecido la verdad revelada en el pasado. Hasta que no esté dispuesto a confesar esa desobediencia y comience a obedecer a Dios, no puede tener fe.

Puede que, a nosotros, como cristianos, nos resulte más difícil discernir nuestra propia incredulidad. Tal vez nos digamos: «¡Oh, pero yo creo en Dios! ¡Creo en Su Palabra!». Pero ¿qué tan difícil es para usted tener fe para creer en Él, en relación con algo específico, para que algo suceda hoy? ¿A usted? La incredulidad que surge de la desobediencia puede ser su problema.

¿Le he pedido a Dios que supla mis necesidades?

Esto parece demasiado obvio, ¿no? Pero ¿le has pedido a Dios que satisfaga tus necesidades? Santiago 4:2 dice: «No tenéis lo que deseáis, porque no pedís a Dios». Muchas veces suponemos que Dios sabe todo acerca de nuestras necesidades y simplemente esperamos que Él nos las provea. Puede que Él esté esperando algo tan simple como que se lo pidamos. Tampoco tienes que reservar diez días para orar y ayunar para pedirle. Simplemente pídeselo.

¿Estoy más interesado en aprender lo que Dios está tratando de enseñarme, o estoy más interesado en que mis necesidades sean satisfechas?

Esto es algo muy importante. Después de más de treinta años de vivir con medios de subsistencia invisibles, puedo decirles que no es fácil responder a esta pregunta. Recuerdo en particular cómo me sentí en una ocasión. Estábamos en un grupo de JUCUM, y estábamos orando por varios miles de dólares para el alquiler de las instalaciones de nuestra escuela. Estábamos desesperados. Varios de los estudiantes se habían retrasado en el pago de sus cuotas escolares; ya estábamos en la posición de comprar las comidas para la escuela un día a la vez. Y no teníamos reservas a las que recurrir.

Mientras estábamos en oración, Joy Dawson, quien estaba enseñando con nosotros, se puso de pie y declaró: «Dios, te pido que no nos des el dinero que necesitamos hasta que cada uno de nosotros haya aprendido lo que estás tratando de enseñarnos». ¡Debo admitir que en ese momento me hubiera conformado con que algunos de nuestros estudiantes esperaran a aprender más acerca de Dios más adelante en sus vidas!

Eran aproximadamente las 9:00 AM cuando comenzamos a orar. Nos quedamos ante Dios, preguntándole qué hacer. El Espíritu Santo comenzó a obrar, convenciendo a algunos de los que estaban en desobediencia y mostrando a otros pasos radicales de obediencia que debían tomar. La oración continuó hasta la 1:30 de la tarde.

Entonces Dios nos indicó que, aunque sólo éramos sesenta estudiantes y un puñado de miembros del personal, recogíramos una ofrenda entre nosotros. Entre ese grupo se donaron más de tres mil francos suizos (unos setecientos dólares). Eso, combinado con lo que el Señor trajo de fuera de la misión, satisfizo la necesidad.

Eso sucedió hace veintiún años, pero hasta el día de hoy todavía tengo que recurrir a Dios cuando hay crisis

financieras y decirle: «¡Estoy más interesado en aprender lo que estás tratando de enseñarme que en que se satisfagan mis necesidades!». Lo que Dios nos enseña está incorporado a nuestro carácter, y a nuestro conocimiento de Él y de Sus caminos. Estos son los tesoros en el cielo de Mateo 6:20 que estamos acumulando. Estos tesoros nunca nos los podrán quitar. Dentro de millones de años en la eternidad seguiremos usando los principios que Dios está tratando de enseñarnos hoy.

¿Hay «pecado en el campamento»?

Esta es una pregunta que se debe hacer si usted está liderando un grupo o una organización que ha estado enfrentando necesidades no satisfechas. La frase, «pecado en el campamento» proviene de la historia en Josué 7 de la derrota en Hai debido al pecado de un hombre: Acán. Se suponía que Hai había sido una batalla fácil, pero perdieron treinta y seis hombres. Josué se arrojó sobre su rostro después, preguntándole a Dios por qué los había abandonado. El corazón del gran guerrero se volvió como el barro mientras imaginaba en voz alta ante Dios todos los desastres previsibles. «¡Oh, si tan solo no hubiéramos cruzado el Jordán!», se lamentó. «Todos se enterarán de esto y vendrán a exterminarnos. ¡Somos carne muerta!»

El Señor le dijo a Josué que se levantara del polvo, que había pecado en el campamento. Se lo señalaría. Efectivamente, mediante un proceso de eliminación sobrenatural, se redujo el número a la tribu correcta, luego a la familia correcta, luego a la tienda correcta y, finalmente, al hombre, Acán.

Si eres un líder, no tienes que contratar a un detective ni lanzar una campaña de sospechas cuando el Señor te muestra que el pecado en tu entorno es la causa de que Él retenga la bendición. Él lo dejará en claro a Su manera.

A menudo Él llama nuestra atención con una situación de «bendición mixta», similar a lo que Amós describió en el capítulo 4, versículo 7, donde la lluvia cayó sobre una ciudad y sobre otra no.

En uno de nuestros grandes centros de JUCUM, donde cada departamento del ministerio tiene su propio presupuesto, un departamento no cumplía con los requisitos mes tras mes. Los líderes trataron de anticipar mejor las necesidades y planificarlas. Sin embargo, este departamento no solo estaba continuamente en números rojos, sino que también sufría de «mala suerte». Había averías mecánicas y todo tipo de problemas.

Finalmente, los líderes oraron y buscaron al Señor. Entonces se supo que un miembro del personal había admitido que había tenido una relación inmoral con una joven. Cuando se arregló su pecado, ese departamento pronto volvió a funcionar sin problemas.

Es importante señalar que esta pregunta sólo es apropiada si usted está en el liderazgo y un grupo está sufriendo reveses financieros que de otra manera serían inexplicables. Se puede causar mucho daño si las personas sospechan de pecado en otros cada vez que un grupo tiene dificultades financieras.

Además, recuerda que la provisión de Dios para ti no depende de la obediencia de los demás, sino de la tuya. Incluso si los demás son desobedientes, si permaneces fiel y obediente a Dios, Él encontrará la manera de satisfacer tus necesidades.

¿Estoy cosechando pecados pasados o malas decisiones?

Una de las razones de las dificultades económicas es que quizás estés cosechando los frutos de tus pecados pasados. Aunque Dios nos perdona cuando confesamos nuestros pecados, muchas veces hay consecuencias que seguimos cosechando, a veces durante años. En cincuenta

y cuatro versículos de Deuteronomio 28, la Biblia enumera las «maldiciones», o las formas en que cosechas los frutos de tus pecados. Muchas de las maldiciones mencionadas en ese capítulo son financieras: «Tu canasta... los frutos de tu tierra y los becerros de tus vacas... serán malditos».

Estas maldiciones son inherentes a nosotros. Dios no tiene que intervenir para traernos maldiciones; ocurren automáticamente, como resultado de ciertas acciones. ¿Por qué Dios usa esas maldiciones? ¿No es Él un Dios de amor? Sí, lo es. Es precisamente debido a Su profundo amor por nosotros que Él crea consecuencias en el pecado. Él sabe que nada nos hiere tanto a nosotros y a los demás como nuestro pecado. Cuando tenemos que vivir con las consecuencias de nuestros pecados, cosechando sus efectos incluso después de haber recibido el perdón de Dios, se crea en nosotros un odio hacia el pecado.

Como alguien dijo una vez, una ley sin consecuencias es solo un consejo. Cuando sufrimos las consecuencias, no tendremos tantas probabilidades de volver a pecar de esa manera.

Otra posibilidad es que te enfrentes a los resultados de decisiones insensatas, no pecaminosas. ¿Qué haces? En cualquier caso, pide a la gente que ore contigo. Esas

maldiciones o consecuencias pueden ser eliminadas, aligeradas, o acortadas mediante la oración intercesora de otros.

¿He estado trabajando duro?

Un pastor joven se acercó a uno mayor y le pidió consejo sobre sus necesidades financieras y las de su pequeña iglesia. El pastor mayor le pidió que le contara cómo era una semana típica. «Bueno, tengo una congregación pequeña, solo cinco o seis adultos. Primero, preparo mi mensaje para el domingo. Eso me lleva unas horas. Luego hago algunas visitas. Por lo general, termino jugando al golf y haciendo otras cosas el resto de la semana».

El ministro mayor respondió: «En realidad te pagan muy bien, ¡pero Dios te paga por hora!»

En otras palabras, ponte a trabajar. Trabajar para el Señor implica que realmente estás trabajando, y trabajando duro. Vivir con medios invisibles de sustento significa que debes ser el más responsable y el más trabajador de todos.

La pereza y los pecados relacionados con ella, como la glotonería y la embriaguez, están rotundamente

condenados en las Escrituras. A continuación, se ofrecen algunos versículos para tener en cuenta:

El que trabaja su tierra se saciará de pan, pero el que sigue sus vanidades se saciará de pobreza (Prov. 28:19).

Porque los bebedores y los comilones empobrecen, Y el sueño los viste de harapos (Prov. 23:21).

Si alguno no quiere trabajar, que tampoco coma (2 Tes. 3:10). Dios puso en cada persona el deseo de ser productiva. Por supuesto, algunos no pueden trabajar, y debemos mostrarles misericordia y brindarles ayuda. Pero nunca debemos alentar la irresponsabilidad. A casi todas las personas se les pueden dar tareas útiles para realizar.

14. ¿He tocado la gloria de Dios?

Este es un término bíblico que significa quitarle el crédito al Señor y dárselo a uno mismo.

Éste fue el tema en 1 Crónicas 29:11-12:

Tuyo, oh Señor, es la grandeza y el poder y la gloria y la majestad y el esplendor, porque todo lo que hay en los cielos y en la tierra es tuyo. Tuyo, oh Señor, es el reino; tú eres exaltado como cabeza sobre todo. La riqueza y el honor vienen de ti; tú eres el gobernante de todas las cosas. En tus manos están la fuerza y el poder para exaltar

y dar fuerza a todo. Existe un peligro para el éxito en todos los aspectos de la vida, incluido el ministerio. Podemos permitir un cambio sutil de atención que se aleja de Jesús y se centra en nosotros mismos como líderes. Los problemas de dinero son una de las formas que utiliza el Señor para señalar que algo anda mal.

¿He sido independiente y orgulloso?

Se contaba la historia de un creyente devoto que quedó atrapado en una inundación que avanzaba. Se negó a ser evacuado. Estaba decidido a demostrar que Dios lo liberaría. Las aguas de la inundación subieron cada vez más y el hombre terminó varado en el techo de su casa, orando por un milagro. Tres veces llegaron los rescatadores con un bote, pero él los despidió. Finalmente, fue arrastrado y se ahogó. Cuando apareció en las puertas del cielo, se indignó.

«Señor, ¿por qué no honraste mi fe?», le preguntó. El Señor le respondió: «¡Te envié la barca tres veces y no quisiste subir!».

Muchas veces le pedimos a Dios que nos ayude a suplir una necesidad, pero rechazamos Su ayuda cuando Él nos la envía. Tal vez tengamos una idea preconcebida de cómo Él debería satisfacer esa necesidad. Tal vez no estemos

dispuestos a humillarnos y pedir a otros que nos ayuden en nuestro ministerio. Podemos decir que queremos tener más fe, pero en realidad lo que estamos diciendo es: «No quiero depender de otros. Quiero ser autosuficiente».

La independencia es un rasgo de carácter respetado, pero esta fortaleza también puede convertirse en pecado. Satanás tentó a Eva apelando a su independencia. La serpiente le prometió: «¡Seréis como Dios!».

Dios quiere que dependamos de Él y que seamos interdependientes unos de otros, no independientes. Si tenemos problemas con un espíritu independiente, Él puede usar obstáculos financieros para intentar llamar nuestra atención.

¿He estado buscando a las personas en lugar de a Dios para suplir mis necesidades?

La Biblia llama a esto confiar en el «brazo de carne» (2 Crónicas 32:8; véase también Jeremías 17:5). Esto puede ser un cambio gradual a lo largo de los años. Comenzamos con una fe mínima, sin tener idea de dónde va a venir el dinero para sostenernos en el ministerio. El Señor en Su fidelidad usa a alguien para que nos dé. A medida que este patrón se repite, podemos ir trasladando gradualmente nuestra dependencia de Dios a la persona que nos ha

dado. Inconscientemente, podemos incluso caer en la comunicación manipuladora, «el ministerio de las indirectas», o directamente en la mendicidad.

Es posible que no nos demos cuenta de que hemos trasladado nuestra confianza de Dios al hombre hasta que algo les sucede a nuestras fuentes: un fiel partidario pierde su trabajo y nos escribe para decírnos que ya no puede darnos más dinero; o una iglesia que ha estado dando dinero pierde a varios de sus grandes donantes: se mudan o el vecindario cambia. Entonces nos enfrentamos al hecho de que hemos estado confiando en la gente, no en Dios. De hecho, la idea de confiar en Dios de nuevo suena bastante aterradora.

Esto es lo maravilloso de vivir una vida de fe. Nunca podemos alejarnos demasiado de nuestra dependencia del Señor. Él puede usar la necesidad financiera para llamar nuestra atención y hacer que confiemos en Él nuevamente.

¿Tengo miedo del futuro?

Muchos están tan atados por el temor al futuro que no pueden dar un paso adelante y obedecer a Dios. Rechazan Su llamado y se quedan donde están, en desobediencia. El temor al futuro es algo terrible, porque crece. ¿Cómo puedes saber si tienes suficiente seguro y suficientes

ahorros? ¿Has invertido en las cosas correctas? ¿Has pensado en cada contingencia?

Este tipo de inseguridad crece y crece hasta convertirse en una esclavitud paralizante.

«El amor perfecto echa fuera el temor», según 1 Juan 4:18. Podemos recurrir a Jesús para liberarnos completamente del temor. Podemos confiarle nuestro futuro. Todo lo demás es, en última instancia, inseguro. ¿Está usted poniendo su confianza en los ahorros? ¿Qué sucedería si los programas federales que respaldan su institución de ahorros se declararan en quiebra? ¿Qué sucedería si las economías del mundo fracasaran?

Por cierto, estas nociones no son descabelladas. En los últimos años hemos presenciado meteóricos ascensos y caídas de fortunas económicas. Esto se debe en parte a los veloces sistemas de telecomunicaciones computarizados que conectan los centros financieros y comerciales de todos los continentes. Un «hipo» financiero puede causar pánico financiero mundial en cuestión de minutos. Si pones tu confianza en los sistemas del mundo, te fallarán. Sin embargo, Jesús es más grande que el mundo que Él creó, más grande que el universo que Él sostiene cada segundo «con su palabra poderosa» (Hebreos 1:3).

Si usted está atado por el temor al futuro, eso puede ser una razón para la falta de recursos económicos. La palabra de Dios dice: «No se preocupen por el día de mañana... Cada día tiene sus propios problemas» (Mateo 6:34). Esto no quiere decir que esté mal ahorrar o invertir para el futuro. José fue llamado a guiar a Egipto hacia un programa de ahorro, apartando el 20 por ciento para el futuro. Escuche al Señor y haga lo que Él le dice que haga, incluso si le dice que haga una tortilla con sus ahorros y la disfrute hoy, o que se la dé a otra persona.

CAPÍTULO 15: SI TE CAES DEL BORDE

Si usted está viviendo una vida de fe, su vida se basa en saber quién es Dios. Tener fe en alguien se basa en conocer su carácter, en saber que hará lo que ha dicho que hará. ¿Cómo es este Dios al que usted sirve? ¿Quién es esta Persona en la que confía para sus necesidades diarias? Una de sus mejores descripciones es la de un padre. Él es su padre, un buen padre, el mejor padre del universo.

Los buenos padres proveen lo necesario para sus hijos. Los buenos padres también responden las preguntas de sus hijos. Cuando algo va mal, cuando el dinero deja de llegar, simplemente acuda a su Padre celestial en oración y pregúntele qué está causando el retraso.

En el capítulo anterior, mencionamos diecisiete razones por las que se producen dificultades económicas. Si te encuentras sin dinero, puede deberse a una de ellas o a otra. El primer paso es pedirle a Dios que te lo diga.

Proverbios 4:7 dice: «Sobre todas tus posesiones, adquiere inteligencia». Son muchos los que no lo hacen. Reciben la guía de Dios para hacer algo, pero no funciona, y se alejan cojeando sin detenerse a averiguar por qué. La

próxima vez que sienten el desafío de hacer algo, tratan de confiar en Dios y siguen adelante, pero no pueden. Las preguntas sin respuesta les roban la fe.

Vivir por fe significa que hay que saber por qué no funciona cuando no funciona. Aprender a tener fe en Dios significa hacer preguntas. Dios no se deja intimidar por nuestras preguntas o nuestros fracasos. No le sorprendemos con nuestra falta de comprensión. Él nos conoce mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos. Responderá a cualquier pregunta honesta y no se enojará porque se la hayamos hecho. No es pecado hacerle preguntas a Dios.

Job no tenía miedo de hacerle preguntas a Dios. Experimentó grandes problemas económicos, a los que se sumó la tragedia de perder a todos sus hijos y el dolor de una enfermedad debilitante. La Biblia dice que a pesar de todo esto, Job nunca pecó con sus labios. Y, sin embargo, le hizo preguntas a Dios... muchas preguntas... preguntas en voz alta.

Si has leído los diecisiete puntos del capítulo anterior y todavía no sabes por qué has "caído al borde" financieramente, pregúntale a Dios si Satanás te está atacando. Si es algo que Satanás te está haciendo, no algo

por lo que eres responsable, puedes enfrentarlo fácilmente con la autoridad que Jesús te ha dado como creyente.

Ordena al diablo que se aparte de ti, según Santiago 4:7. Luego, pídele a Dios que te muestre cómo contrarrestar los ataques de Satanás actuando con el espíritu opuesto. Si Satanás ha actuado contra ti con avaricia, pregúntale a Dios a quién puedes dar y qué puedes dar. Si Satanás ha usado el miedo, mantente firme en la fe y el amor. Si te ha atacado con rechazo, actúa con perdón y aceptación de los demás.

¿QUÉ HACER HASTA QUE LLEGUE EL DINERO?

Existe otra posibilidad si te encuentras en una situación financiera difícil. Es posible que hayas hecho todo bien. Puede que Dios te haya hablado, que lo hayas obedecido al pie de la letra, y sin embargo no haya llegado el dinero. Puede ser que Dios mismo te esté poniendo a prueba para ver si le serás fiel en medio de las dificultades (ver Deuteronomio 8:2).

Las pruebas siempre requieren un elemento de tiempo. Tu provisión financiera puede parecer tardía, pero Dios puede tener un cronograma diferente. Espera en Él, sabiendo que la prueba de tu fe produce perseverancia

(Santiago 1:3). Decide que no te rendirás y que vencerás creyendo y confiando en Dios.

Mientras esperas que Dios provea, haz un recuento de su fidelidad hacia ti en el pasado. Esta es una de las mejores razones para llevar un diario. Si ya lo has hecho, vuelve a tu diario y lee todas las veces que has visto a Dios intervenir en tu favor. Si no has llevado un diario, habla con un amigo o con tu cónyuge y pídeles que te ayuden a contar todo lo que Dios ha hecho en el pasado: ¿Recuerdas cuando estábamos totalmente en bancarrota, necesitábamos pagar nuestras cuentas y ese ingreso inesperado llegó justo a tiempo? ¿Recuerdas cuando nuestra pequeña niña necesitaba una cirugía y no teníamos seguro médico, y la gente de nuestro vecindario decidió reunir dinero para ello?

Esto lo hacían en el Antiguo Testamento. Cuando se enfrentaba a una batalla u otra crisis, el líder recordaba al pueblo las acciones de Dios. En la Biblia hay mucho espacio para este tipo de relatos. ¿Te has preguntado alguna vez por qué Dios permitió tantas repeticiones? ¿Por qué tenemos que repetir los mismos acontecimientos del capítulo nueve de Nehemías que se relatan en el capítulo catorce de Éxodo? Dios nos está mostrando una manera

de vencer, una manera de enfrentar nuestras batallas y fortalecer nuestra fe mientras esperamos que Él intervenga en nuestro favor.

Agradezca a Dios por suplir sus necesidades pasadas. A menudo, solo nos damos cuenta de la provisión diaria de Dios cuando deja de existir.

Mientras esperas que Dios provea, no culpes a los demás por tus necesidades. Quienes culpan a los demás nunca obtienen las respuestas reales. También pierden la alegría de vivir para el Señor.

No caigas en la trampa de comparar tu suerte con la de los demás. Un líder de JUCUM contó de una ocasión en la que él y su familia estaban pasando por una verdadera prueba financiera. Estaban en un programa de capacitación de JUCUM en ese momento. Se dieron cuenta de que sus compañeros de estudio tenían mucho dinero, no solo para pagar sus cuotas, sino también para salir a comer y disfrutar de delicias que él y su familia no podían permitirse.

Mi amigo clamó a Dios: «¿Por qué, Señor? ¿Por qué ellos tienen tanto dinero y nosotros ni siquiera tenemos dinero para comprar pasta de dientes?» Dios le habló con mucha dulzura. Puedes usar sal para cepillarte los dientes.

Si caes en el hábito de comparar tu nivel de provisión con el de otra persona, podrías estar pasando por alto lo que Dios está tratando de hacer en tu vida en un momento determinado. Este amigo mío aprendió que Dios estaba satisfaciendo sus necesidades reales. Estaba atravesando un período determinado de su vida, un tiempo en el que estaba aprendiendo a confiar en Dios de una manera nueva. Hoy mi amigo está en una etapa diferente de su ministerio. Es uno de los pocos líderes que llevan la mayor responsabilidad en Juventud Con Una Misión en todo el mundo. Él y su familia han viajado por todo el mundo, viendo la generosa mano de provisión de Dios.

Lo que no vemos cuando nos comparamos con los demás es en qué etapa se encuentran ellos con Dios en ese momento, y en qué etapa nos encontramos nosotros. Puede que yo esté siendo probado en este momento, pero no debo esperar que todos los que me rodean sean probados al mismo tiempo o en la misma zona. Si a todos les va igual, no hay prueba. La prueba llega cuando vemos a otros conduciendo coches y nosotros solo tenemos una bicicleta, o tenemos que caminar.

Hay muchas bendiciones en tiempos de necesidad económica que no pueden llegar de ninguna otra manera

ni en ningún otro momento. Puedes aprender a ser fuerte en tiempos de necesidad. También aprendes a identificarte con los pobres como nunca antes.

Jean-Jacques Rousseau habló de una «gran princesa» justo antes de la Revolución Francesa. Cuando ella se enteró de que cientos de miles de personas se rebelaban en París, preguntó el motivo.

«Señora», le dijeron, «es porque no tienen pan».

«Bueno», respondió ella, «¡que coman pastel!»

Muchos, como esta princesa, están tan apartados de los necesitados que les cuesta entenderlos. No creo que esta princesa fuera arrogante. No tenía ni idea de que los pobres no tenían ni pastel ni nada para comer.

Dios puede usar los tiempos de necesidad temporal para agudizar nuestra preocupación, nuestra misericordia y nuestra empatía por los verdaderamente pobres del mundo, por todos los millones de personas que conocen la verdadera carencia cada día de sus miserables vidas.

Otra bendición en tiempos de necesidad es darnos cuenta de la diferencia entre nuestras necesidades reales y las percibidas. Como mi amigo que se quejaba porque no tenía pasta de dientes y aprendió que podía usar sal para

cepillarse los dientes. Cuando tenemos poco, podemos aprender a agradecer a Dios que todas nuestras necesidades reales estén satisfechas.

También aprendes durante un tiempo de escasez financiera la verdad de la Palabra de Dios en Lucas 12:15, donde dice que la vida de un hombre no consiste en lo que posee. Aprendes que Su gozo es mayor y no depende del dinero. Habacuc aprendió esta lección hace siglos:

Aunque todas las higueras sean destruidas, y no haya flor ni fruto, y falten todas las cosechas de los olivos, y los campos queden estériles, aunque mueran los rebaños en los campos, y los establos queden vacíos, con todo, yo me alegraré en Jehová, y me alegraré en el Dios de mi salvación (Hab. 3:17-18).

Cuando no tienes dinero, puedes tener la emoción de ver a Dios proveer tus necesidades de otras maneras.

Shirley Alman me contó un ejemplo dramático de lo bueno que puede ser Dios en tiempos difíciles. Ella y su esposo, Wedge, viven en Sudamérica, donde él es el Director del Ministerio Internacional de JUCUM en el mundo de habla hispana. El incidente que Shirley compartió ocurrió hace años, cuando recién habían salido

de la escuela bíblica y eran pioneros de una iglesia hispana en Alamogordo, Nuevo México.

Un día, dice Shirley, «los armarios estaban vacíos, vacíos, vacíos. ¡Sólo había unas cuantas especias... y no se cocinan muy bien!». Había estado todo muy limpio durante algún tiempo, pero ese día, cuando finalmente no había nada para comer, Shirley se sentó a la mesa de la cocina y clamó a Dios. ¿Qué harían? Sus hijos estaban en la escuela y Wedge estaba en el trabajo. Wedge volvería a casa con hambre después de trabajar en la construcción de su iglesia. Necesitaría comer algo antes de ir a cavar de nuevo en los cimientos esa noche. ¿Qué les daría de comer a él y a sus cuatro hijos?

Entonces recordó. Dios era su patrón mientras luchaban por construir esta iglesia en el lado pobre de la ciudad. ¿Qué tal si escribía una lista de compras para que Dios la completara?

Shirley hizo su lista, una lista muy larga. Incluyó los ingredientes para la cena de esa noche, y planeó preparar la comida favorita de su familia: una cena mexicana.

Esa tarde, Shirley fue a una reunión con las mujeres de su iglesia. Después, llevó a varias de ellas a sus casas. Una mujer invitó a Shirley a entrar un momento.

Cuando Shirley entró en la cocina de la mujer, el corazón le dio un vuelco. Allí, sobre la encimera, había varias bolsas de supermercado abultadas. ¡Para ella! Una rápida mirada a las bolsas confirmó que allí estaba todo lo que había en su lista, excepto la harina.

El corazón de Shirley rebosaba de alegría cuando regresó a su auto para dejar a las otras mujeres. Era difícil permanecer callada, pero sabía que debía hacerlo, no quería que su gente supiera lo desesperadas que habían estado. Siguió conduciendo, pero en su interior le preguntaba a Dios: «¿Pero qué pasa con la harina? ¡No puedo hacer tortillas sin harina!».

Justo cuando la última mujer se bajó del coche, dijo: «Señora Alman, mi madre me pidió que le dijera que tenía diez libras de harina para usted. ¿Quiere recogerlas ahora?»

«Sí», dijo Shirley. «¡Quiero recogerlo ahora!»

Cuando finalmente estuvo sola en el auto, Shirley comenzó a cantar y a alabar a Dios a todo pulmón. De repente, recordó algo.

«¡Frijoles! ¡Señor, olvidé poner frijoles en la lista!» Shirley intentó recordar el contenido de las bolsas; no creía que hubiera frijoles.

En casa, comenzó a guardar cuidadosamente sus preciados alimentos. Buscó en el fondo de una bolsa y allí estaban los frijoles pintos. Dios se había acordado de ellos, aunque ella los hubiera olvidado.

Este tipo de provisiones son tan personales de parte de Dios que significan aún más que si Él te diera el dinero para gastar en tus necesidades. Él sabe si a tu familia le gusta o no la comida mexicana. Él sabe que debes recordar los frijoles.

Dios no tiene límites en cuanto a la manera en que provee. Él proveyó para los hijos de Israel al hacer que sus zapatos y ropa duraran cuarenta años. ¡Imagínense si hubiera hecho lo mismo por nosotros! ¡Podríamos haber estado usando pantalones acampanados y trajes casuales durante cuarenta años!

Un momento de necesidad económica nos devuelve la confianza en Dios. Dios siempre quiere que nuestra experiencia no se base en lo que Él hizo por nosotros hace muchos años, sino que sea inmediata y fresca.

Por último, mientras esperamos que Dios nos dé la libertad económica, meditemos en el Salmo 3:7. Este salmo parece haber sido escrito especialmente para alguien que necesita dinero. Nos dice tres veces que no nos inquietemos y que confiemos en el Señor, descansemos en Él y esperemos pacientemente en Él. Nos recuerda que no debemos envidiar a los demás, y dice que la prosperidad de los malvados es temporal.

Según el Salmo 3:7, si haces tu parte, habitando en la tierra y haciendo el bien, cultivando la fidelidad, deleitándote en el Señor, encomendándole tu camino y guardando su ley en tu corazón, Dios promete:

Él te concederá los deseos de tu corazón.

Él hará lo que sea necesario en tu vida ahora.

Él sacará a la luz tu justicia.

Él hará un juicio por ti.

Heredarás la tierra.

Disfrutarás de abundante prosperidad.

Él juzgará a los malvados por ti.

Él te sostendrá.

Tu herencia será para siempre.

No serás avergonzado en los tiempos malos.

Incluso en la hambruna tendrás abundancia.

Serás amable y dadivoso; tendrás la capacidad de satisfacer las necesidades de los demás.

Tus pasos serán establecidos por Dios.

Cuando caigas, no caerás de bruces: Dios te tomará de la mano.

Tendrás suficiente dinero en tu vejez.

Tus descendientes serán cuidados y serán una bendición para otros.

Serás preservado por Dios para siempre.

Hablarás sabiduría y hablarás justicia. (Aprenderás de Dios y podrás transmitir eso a otros y ayudarlos.)

Estarás protegido del peligro y de la condenación.

Dios te exaltará.

Verás la destrucción de los malvados.

Dios te librará; Él será tu fortaleza, tu salvación y tu ayuda.

Es una lista bastante larga, ¿no? Sin embargo, son promesas específicas que Dios te hace mientras esperas que Él te las provea.

¿Vale la pena vivir una vida de fe? Si alguna vez la has experimentado, sabrás que te arruina para lo ordinario. Vivir una vida de fe es como caminar sobre una cuerda floja. Es una emoción increíble.

En el siglo XIX, un acróbata llamado Blondin (Jean-Francois Gravlet) se hizo famoso por cruzar las cataratas del Niágara en la cuerda floja muchas veces, generalmente sin red de seguridad.

Un día, una multitud se reunió en las cataratas para presenciar su intento más peligroso hasta el momento. Planeaba empujar una carretilla cargada con un pesado saco de cemento a través de la cuerda floja. Con ese peso adicional, el más mínimo error de cálculo podría hacer que la carretilla se volcara y él se cayera del cable, precipitándose hasta la muerte en las furiosas aguas a 50 metros de profundidad.

Miles de personas observaron sin aliento cómo se abría paso, colocando cuidadosamente un pie delante del otro, empujando silenciosamente la carretilla a través del

abismo lleno de rocío, ajeno al rugido del agua debajo de él.

Cuando llegó al otro lado, la multitud soltó un suspiro colectivo y vitoreó. ¡Qué hazaña! Después de cruzar, Blondin desafió a un reportero que estaba cerca: «¿Crees que puedo hacer algo en la cuerda floja?».

«Sí, señor Blondin», dijo el periodista, «después de lo que he visto hoy, lo creo. Usted puede hacer cualquier cosa».

«¿Cree usted entonces», dijo Blondin, «que en lugar de un saco de cemento, podría poner a un hombre en esta carretilla, a un hombre que nunca antes ha estado en la cuerda floja, y llevarlo, sin red, sano y salvo al otro lado?»

«Sí, señor Blondin», dijo el periodista, «lo creo».

—Bien —dijo Blondin—. Entra.

El reportero palideció y desapareció rápidamente entre la multitud. Una cosa es creer en algo, y otra muy distinta tener esa clase de fe en alguien.

Sin embargo, aquel día hubo una persona que sí tuvo esa clase de fe en Blondin. Este valiente voluntario aceptó subirse a la carretilla y cruzar las cataratas con el maestro acróbata.

Mientras Blondin vaciaba la bolsa de cemento y colocaba a su pasajero en la carretilla, los hombres de ambos lados de la catarata rápidamente hacían apuestas sobre el resultado. Luego, mientras la multitud vitoreaba, Blondin regresó a través de la catarata, esta vez empujando a un pasajero nervioso delante de él. Parecía otra conquista fácil para el temerario. Pero cuando estaban a mitad de camino de la cuerda de mil seiscientos pies, un hombre con una gran apuesta en su contra se acercó sigilosamente y cortó uno de los cables tensores.

De repente, la cuerda floja se balanceó de un lado a otro de forma alocada, y la fuerza del movimiento de látigo aumentó en intensidad. Mientras Blondin luchaba por mantener el equilibrio, supo que estaban a segundos de la muerte. Cuando el borde de la carretilla se desprendiera del alambre, ambos caerían de cabeza en las agitadas aguas.

Blondin habló, cortando el terror de su pasajero en la carretilla. «¡Levántate!», ordenó. «¡Levántate y agárrate de mis hombros!»

El hombre permaneció allí paralizado.

«¡Suelta la carretilla y levántate! ¡Suelta la carretilla! ¡Hazlo o muere!» De algún modo, el hombre logró ponerse de pie y salir de la carretilla que se balanceaba.

«¡Tus brazos... rodéame el cuello! ¡Ahora, tus piernas... rodéame la cintura!», dijo Blondin.

Una vez más, el hombre obedeció, aferrándose a Blondin. La carretilla vacía cayó y desapareció en el tumulto espumoso que se extendía muy por debajo. El acróbata se quedó allí, utilizando todos sus años de experiencia y todos sus músculos entrenados para mantenerse en el alambre hasta que el cabeceo se calmó un poco. Luego, centímetro a centímetro, se abrió paso hacia el otro lado, llevando al hombre como si fuera un niño. Finalmente, lo depositó en el otro lado.

Eso es lo que significa vivir una vida de fe. Tienes que tener confianza real en Aquel que te lleva al otro lado. Es bastante fácil decir que crees en Dios, pero ¿estás dispuesto a dejar que Él te lleve por la cuerda floja, muy por encima del rugido del agua? Puedes tener esa experiencia, ¿sabes? Puedes tener la emoción de confiar en Dios y ver que Él satisface tus necesidades.

En esto consiste la vida por fe. Es fe en Dios mismo. No hay ningún sistema ni ritual que la sustente. Es fe en una

persona viva, fe en que Él te ayudará a cumplir con el trabajo que te ha encomendado. Él tiene grandes desafíos, planeados sólo para ti. Él quiere que tengas un papel importante en la carrera más emocionante de la historia, la carrera para llevar el Evangelio a toda criatura. Él quiere verte ser lo mejor que puedas ser ante Él y para el mundo que te rodea. Acepta el desafío. Da un paso al frente por Él. Confía en Él. Atrévete a vivir al límite.